ANTARTICA



NUMERO 14 OCTUBRE 1945

Panorama de la Actividad Mundial

DIRECCION GENERAL
DE
INFORMACIONES Y CULTURA

Director General: ANIBAL JARA

Publica la revista mensual

ANTARTICA

Panorama de la Actividad Mundial



Subscripción:

Seis meses	*$ 54.—*
Un año	*$ 106.—*
Dos años	*$ 190.—*
El ejemplar	*$ 10.—*

Toda la correspondencia debe dirigirse a:

Jefe de Publicaciones de la

DIRECCION GENERAL DE INFORMACIONES Y CULTURA
Alameda Bernardo O'Higgins 1452
Santiago CHILE

Sumario en la página 2

VIDA NACIONAL

UN SENCILLO RECUERDO DE GABRIELA MISTRAL

Una conciencia unánime mueve hoy loas, alabanzas y entusiasmos ante el nombre de la hija del Norte, la profunda y llameante artista de "Desolación" y de "Tala", y este júbilo une a los trópicos con las regiones australes en la misma red diáfana de la sinceridad.

La ciudad de Vicuña, en donde naciera Gabriela Mistral, ha acrecentado el perfume de sus jardines, y en todos los hogares los niños y los ancianos han repetido con voz lenta y llorosa esas rondas de la maestra mojadas en la dulzura antigua, como si las manos de Ruth tocaran aún las leves espigas del sueño.

Hace treinta años, precisamente, recibí yo una carta de Gabriela Mistral y en ella, la atormentada, en frases ardorosas y ungidas por la fuerza de su alma, comentaba mi primera obra, "Las Manos Juntas", recién aparecida.

Ya Gabriela había escrito, para honra de la poesía española, sus "Sonetos de la Muerte", y frente a la montaña y al rumor de un río que suspiraba entre piedras, se sumergía en su temperamento abierto como un impetuoso delta al oído de la más alta luz.

Algún tiempo después, como un romero que ansía penetrar en un nuevo latido, llegué al hogar de Gabriela, y allí, cerca de la cordillera, que parece el pecho de Dios, oí la palabra de la Maestra que resonaba ya por todo el hemisferio con una tibieza de nido y una leve dulzura de ceniza.

El río desataba en la tarde su canción y el paisaje tenía matices azules hasta llegar a un morado de túnica sostenida en el cielo.

Ahora, la Maestra, que ha vivido en tantos climas, entra en la celebridad definitiva con el Premio Nóbel de Literatura, y hace nacer en mí esta evocación de una tarde lejana en que la luz se desvanecía en el rostro de la que ya era perfil de llanto y expresión de la patria universal.

Angel Cruchaga Santa María

ANTARTICA

Panorama de la Actividad Mundial

PUBLICADA POR LA DIRECCION GENERAL DE INFORMACIONES Y CULTURA

NUMERO 14 — Octubre 1945

Sumario

Vida Nacional

Angel Cruchaga Santa María: UN SENCILLO RECUERDO DE GABRIELA MISTRAL 1
Norberto Pinilla: PERFIL DE GABRIELA MISTRAL 3
EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA DESDE SU FUNDACION . . . 8
TALCA 9
Francisco Hederra: CRONICAS Y ANECDOTAS TALQUINAS 12
NOTICIARIO ARTISTICO NACIONAL 15
Julio Molina: BARROS ARANA Y LA GEOGRAFIA 21
Enrique Cordovez Madariaga: LA ANTARTIDA CHILENA.—El Cuadrante Americano 24

Política del Mundo

Jacques Maritain: FUNDAMENTOS DE LA DEMOCRACIA 29
André Breton: LUZ NEGRA 35
Harold J. Laski: LABORISMO SOCIALISTA 40
Luigi Sturzo: TENDENCIAS IDEOLOGICAS Y FILOSOFICAS EN ITALIA 44

La Marcha del Tiempo

CRONOLOGIA COLOMBINA 48
Michael T. Florinsky: ¿UNION SOVIETICA, TIERRA DE OPORTUNIDAD? 52

Filosofía y Ciencias

Friedrich Gundolf: INTERPRETACION DE GOETHE 58
Dr. Hans Horkheimer: APUNTES DE UN VIAJE AL CUZCO 67
Grete Mostny: LOS ANTIGUOS ATACAMEÑOS 74

Artes y Letras

Salvador Reyes: BAROJA, CON LA CHAQUETA AL HOMBRO 77
Pedro Salinas: NUEVE O DIEZ POETAS 83
Jean Duché: DONDE PICASSO ENCUENTRA A GOETHE 90
Hans Helfritz: MUSICA INDIGENA DEL ALTIPLANO 94

Los Libros - Noticiario Revistas - Bibliografía - Cifras y Datos

(97) (103) (104) (108)

Norberto Pinilla

PERFIL DE Gabriela MISTRAL

El poeta que se denomina Gabriela Mistral entra a la fama de una vez el día 22 de diciembre de 1914 (no el 12 de ese mes y año como dicen varios autores), cuando obtiene el primer premio en los Juegos Florales de la Sociedad de Artistas y Escritores, consistente en una flor natural, una corona de laurel y una medalla de oro, con *Los sonetos de la muerte*.

Los sonetos de la muerte galardonados son tres. Sin embargo, el poeta tiene con igual título otros dos que se pueden leer en *Selva lírica*, pp. 166-167 (1). Tal vez porque se refieren al mismo asunto de los tres premiados, la autora no los reproduce en *Desolación*. No obstante tan evidente subestimación, son piezas dignas por su hondo sentido humano y porque revelan un nuevo matiz en el proceso catártico del poeta.

II

Acaso ningún poeta chileno haya sido más estudiado que Gabriela Mistral. Con todo, su obra no tiene aún el libro crítico serio, que no sea panegírico ni diatriba. En centenares de artículos, comentarios, crónicas y entrevistas desperdigados en diarios y revistas se ha elogiado y censurado a la autora de *Desolación*. Pero no posee todavía el estudio sereno, sabio, sensitivo que penetre en su *corpus* lírico y lo entregue para el gozo y la meditación. La crítica en este caso debe ser examen de los problemas líricos que esta mujer singular plantea en la expresión de su mensaje desgarrado, ardiente, audaz, novedoso y desnudo. Víctor Hugo dice, creo que en el prólogo de *Cromwell*, que "el arte no busca la belleza, sino la vida". Y bien, en la poesía de Gabriela Mistral, más que las armonías artísticas, más que las eufonías verbales, más que el ritmo de los acentos, es preciso buscar el temblor de vida, el aliento de sinceridad que vibra en las palabras y que penetra al lector como el mistral cálido y violento de su apellido adoptivo.

III

No me propongo en estas breves páginas hacer el estudio que falta de la poesía de Gabriela Mistral, más que las armonías artísticas, puede intentar todavía. Es necesario esperar que el tiempo y el espacio den la adecuada perspectiva. El presente es transparente. No deja ver con precisión los bienes artísticos.

Por lo demás, hay tres ensayos excelentes sobre la obra lírica de Gabriela Mistral, el de Manuel de Montoliu, el de Julio Mercado, ambos sobre *Desolación*, y el mejor y más completo, de Julio Saavedra Molina, acerca de toda la poesía publicada hasta esa fecha por la autora (2).

El estudio de la obra completa del poeta le

(1) Santiago, Imp. y Lit. Universo, 1917.

(2) Sobre detalles bibliográficos puede verse mi **Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral**. Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1940.

Tala no se puede intentar aún por otra razón. La prosa de Gabriela Mistral, desparramada en diarios y revistas americanos y españoles, no se ha recogido en volumen. De modo que será muy difícil emprender esa tarea a esta altura del tiempo. Hay que esperar a que vengan estudios monográficos y bibliográficos que faciliten semejante labor.

Ahora sólo voy a examinar, pues, sus tres libros poéticos: *Desolación* (1922), *Ternura* (1924) y *Tala* (1938).

IV

Tres son los motivos del primer libro: el amor, la maternidad y la enseñanza.

Desolación viene a cimentar la fama bien ganada de su autora. Es un libro que está dividido en ocho porciones. No todo su contenido poemático se conforma con el título, sino la sección titulada *Dolor*. En esta parte del volumen se revela el poeta con toda la pujanza desolada de su estro a la par estoico y cristiano. De un estoicismo senequista, no griego; de un cristianismo del *Evangelio*, no de los doctores de la Iglesia.

Es, sin duda, su fuerte temperamento erótico de mujer sana el que hace el milagro de su poesía, milagro provocado por el violento choque de la muerte trágica del amado. La historia íntima —sublimada en el verso a veces dislocado, pero siempre hondo y sollozante— está cantada en *Dolor*. Empieza con *El encuentro* y termina en *Palabras serenas*.

Tal vez nunca en el idioma español se haya cantado con más desgarrada angustia un amor truncado; un amor que la llena con la primera mirada y la trasmina hasta la esencia de todo su ser, esto es, en lo espiritual y en lo corporal, si se admite semejante dualidad. El trémolo amoroso se expresa en angostos versos, cuando él la abandona y queda traducido en esa *Balada* tan llena de desgarradora unción, si se me permite semejante laya de paradoja. Y después la pasión vuelve al tono desolado en *Los sonetos de la muerte*, para alcanzar el módulo más angustioso en *Ruego*. Luego el amor roto se hace actitud estoica en *Serenidad*.

V

El segundo motivo de *Desolación* es, como está dicho, el de la maternidad. Acaso ninguna mujer madre haya sabido dar a su verbo los finos tonos al arrullo como esta mujer que no tiene la bendición del hijo carnal. Ella lo ha esperado con ansiedad y así lo expresa en el magnífico *Poema del hijo*, de *Dolor*. Pero en las prosas que alcanza verdadera sublimidad son las tituladas *Poemas de las madres* y *Poemas de la madre más triste*. En especial en el primero de los conjuntos mencionados.

Nunca en la poesía española, que yo sepa, se ha traducido en expresión más tierna el sentimiento e instinto de la maternidad que en estos *Poemas*. La delicia y angustia, la duda y alegría, la ternura y ansiedad están expresadas en una perfecta organización sentimental y vital.

El hombre, cuya paternidad le nace a posteriori, no puede sentir ni entender en todo su alcance estos poemas. El mundo femenino tiene para el hombre siempre un indescifrable misterio. De ahí que yo acaso sólo quede en la periferia de estas palabras sobre la maternidad de Gabriela Mistral. Con todo, puedo afirmar que son hondamente emocionantes y dejan con el espíritu tembloroso después de su lectura. La maternidad es, por cierto, un suceso asaz grave y valioso. Parejo acontecimiento en la vida femenina, merece, pues, estos cantos de profundo fervor que la autora de *Desolación* ha sabido componer.

VI

El tercer motivo del primer libro de Gabriela Mistral es la enseñanza. La enseñanza es la articulación armoniosa del conocimiento y el amor. Enseña únicamente quien sabe y ama. No hay pedagogía válida sin ambos elementos. El arte de enseñar, por lo tanto, es acto de amor. Sin amor no hay voluntad ni sentimiento de dar, voluntad y sentimiento que son la esencia de esta afectiva inclinación de dar y darse.

Sobre este motivo, tal vez ningún poema es tan ilustrativo como *La maestra rural*, donde se puede sentir la emotiva imagen de un espíritu magistral de excepción y exquisitez apostólica.

De igual linaje poético es el poema en prosa *La oración de la maestra*. Pocas veces se ha traducido en verbo con más exacta emoción el papel de la persona que enseña. Porque —como lo he dicho en otras palabras— enseñar es ejercicio de amor. Y este ejercicio lo sabe expresar de muy delicada manera Gabriela Mistral, sin duda, porque en gran porción de su

vida ha sido maestra. De ahí que traduzca sus experiencias vividas y vívidas. Alma artística, ha convertido sus impresiones en valiosas expresiones literarias que serán de larga resonancia en el mundo de la poesía en español.

VII

Ternura es un libro en gran parte desprendido de la primera edición de *Desolación*. En la tercera de este último libro, que puede considerarse definitiva, aparece la sección *Infantiles* con dos poemas que no figuran en la primera. Por lo demás, *Ternura* es un libro totalmente nuevo en la parte titulada *Canciones de cuna*. Además, en las secciones *Religiosas* y *Otras canciones* hay poemas no publicados en *Desolación*. Entre las piezas que sólo son de *Ternura* es preciso señalar, de la primera porción mencionada, *Romance del establo de Belén* y *Romance de Nochebuena;* de la segunda: *Caricia, Dulzura* y *Hombrecito*.

La anterior disgresión se justifica porque crítico tan esmerado y agudo como Enrique Diez-Canedo ha incurrido en error al considerar el libro *Ternura* cual "rama desgajada del mismo árbol" (3), esto es, de *Desolación*.

VIII

En *Ternura* vuelve a vibrar la cuerda del amor de la madre y de la maestra. El título mismo es un hallazgo de precisión y exactitud de su contenido. En efecto, sin ternura no es concebible pensar a una madre ni a una maestra.

El libro está dividido en seis partes. La primera contiene conocidas y hermosísimas *Rondas*, canciones en que un lato y sano sentimiento de solidaridad humana hace vibrar los corazones. Al leer estos cantos de gran sencillez formal se aniña el espíritu y se sueña en aquel día futuro en que los hombres se tenderán sus manos fraternas en busca de la fecunda paz y del gozo limpio sobre la buena tierra.

En cada una de las porciones de *Ternura* la dulce arcilla del verbo se modela en formas cabales. Y de la feliz unión de la letra y el espíritu nacen estas canciones de pureza y candor que integran este bello volumen compuesto de amor por los hijos, los discípulos y las madres.

El soplo creador de Gabriela Mistral ha conseguido, pues, sus más finas expresiones en estos poemas hechos con las frágiles palabras cotidianas de las madres y las maestras.

La creación artística es un placer de alta categoría. Pero un placer que limita con la angustia. De allí que rara vez dé la plenitud en satisfacción integral. Siempre queda en el alma creadora un jirón esquivo que no se consigue verter en formas inteligibles para el prójimo. Es por ello por lo que los poetas muchas veces son como misterios insondables. El espíritu humano es un mundo de zonas obscuras y desconocidas. En la poesía, pues, no gobierna la organizada razón, sino el intermitente flujo del sentimiento.

IX

Tala expresa, de modo cierto, la quietud en el ánimo de la autora, quietud que se refleja en las formas métricas del poeta. El tiempo ha tamizado la pasión. El estro lírico de Gabriela Mistral se traduce hoy en tranquilas ondas sonoras. El poeta ha llegado a la cumbre. Al forcejeo de la subida, sucede la tranquilidad del descanso. Desde la gallarda cima la mirada puede contemplar los amplios panoramas dibujados con suaves y dulces líneas.

Gabriela Mistral está en la altura. Su espíritu puede soñar, sentir, pensar en paz. En efecto, su poesía limita con una honda filosofía de la vida; porque no en balde la poesía nació como una concepción intuitivo-sentimental de la existencia, vale decir, como una forma de filosofía, esto es, de consuelo ante el misterio cósmico. Es bien sabido, por lo demás, que de todo poeta verdadero se puede inferir una filosofía, filosofía asistemática, pero filosofía legítima.

X

De las diversas motivaciones que se destacan en *Tala*, acaso las más valiosas sean las que llevan el título *América*.

En esa parte del libro la autora toma como motivo de su canto los temas de la tierra de su continente. Saca de la esencia telúrica los móviles para su verbo poético con una destreza taumatúrgica.

Los dos himnos, *Sol del trópico* y *Cordillera*, poseen una fuerza poco común en poesía. El ímpetu lírico alcanza toques de voz épica en su

(3) Ver **Letras de América**, p. 301. México, El Colegio de México, 1944.

expresión objetiva. El *Sol* y la *Cordillera* se humanizan, pues adquieren significación casi antropomórfica en la corriente de simpatía simbólica del yo creador. Ese proceso denominado en Estética *empatía* (la comunión de la vida sentimental entre la persona creadora y el objeto creado (4) se cumple con feliz plenitud en estos dos himnos de singular valía literaria. Quien, en la expresión de su obra, llega a semejante calidad, es, sin duda, un gran maestro. Gabriela Mistral, pues, ha conseguido la difícil maestría en el lirismo.

XI

En la plasmación de *Tala* hay, por así decirlo, muchos como residuos amargo-dulces de la experiencia vivida en la intensidad del dolor y el placer. Tal vez el acento de lo doloroso sea más abundante en la entraña lírica. Las notas de alegría, empero, no faltan.

La ufanía, tan del poeta cuando canta a las creaturas, vuelve a encontrar adecuada expresión en su lirismo, al componer la serie titulada *Canciones de cuna*. Es el mismo tono menor de los cantos de *Ternura*. Pero hay en la voz una mayor tranquilidad. Es la canción serena que se vierte como cristalina corriente, casi sin rumor pero no por recatada es menos bella. Al contrario, el tono suave le da una especial dulzura que seduce al lector.

Gabriela Mistral, sin embargo, no es un poeta sereno. Desde el título de su último libro advierte que se trata de una tala, de un corte en la almunia interior. En su huerto íntimo no reina, pues, la indiferencia insensible de los soberbios ni la prudencia cobarde de los satisfechos. El fuego del inconformismo fecundo le tala su alma creadora y aun se siente el aire desolado en los poemas que integran la sección denominada *Saudade*.

Tala es un libro cimero en el panorama lírico chileno. Tal vez no fuese excesivo afirmar que también es un libro de gran valor en el conjunto de la producción poética de la lengua española.

XII

Los *recados* de Gabriela Mistral son numerosos. La primera acepción de la palabra recado que da el diccionario es la de mensaje oral. Pues bien, el poeta chileno ha cambiado ese sentido porque sus mensajes son sólo escritos.

De los recados de la autora de *Ternura* es preciso destacar los que se refieren a personas. En esos estudios —esencialmente subjetivos— su espíritu creador adquiere originales combinaciones estilísticas. Su verbo resulta muchas veces bizarro y su observación tiene la heterodoxia del rebelde.

Recuerdo al azar los recados, deliciosos en el decir y en la composición literaria, dedicados a Carlos R. Mondaca, Máximo Gorki, Manuel Magallanes Moure, Teresa de la Parra, Arturo Torres Rioseco. Pablo Neruda, Renato Almeida, Julio Barrenechea, Carolina Nabuco.

El que se titula *Recado sobre el maestro Juan Francisco González* posee, según mi gusto, valor excepcional (5). Dibuja al pintor con estas expresivas palabras:

"Se parecía al espino devorado en las tierras calenturientas, en la talla y también en la vaina de garfios y olor, pues era a una vez punzante y tierno". De su amor a la pintura dice: "La flor fué, más que la mujer, la persecución de su oficio y el hormigueo de sus sentidos". De su faena docente se expresa con estas bravas y buenas frases: "Su pedagogía repugnaba todas las menudas demagogias escolares: la adulación socarrona de los profesores; el aceptarlo todo diz que por alentar; el complacer al estado llano de la clase, sacrificando al mejor y al óptimo por adulación de la mayoría; toda esta política de las aulas irritaba al pintor, porque corrompe al maestro que la exhala y al muchacho que la absorbe día a día".

Repetir estas verdades resulta hoy obligación más que nunca, porque la demagogia pedagógica ha llegado a límites de vergüenza. Además, re-

(4) El estetista francés Victor Basch dice a este propósito: "Animar, personificar, vivificar cosas desprovistas de vida, es simpatizar con ellas, porque la simpatía consiste precisamente en salir de sí mismo, en prestarse y darse a otro. Cuando nos encapotamos con la tempestad, cuando gemimos con el viento, cuando lloramos con el sauce, cuando nos deslizamos con el arroyuelo, es porque simpatizamos con todas estas cosas tan fuertemente, que durante la contemplación estética nos convertimos en verdad en tales cosas". **Essai critique sur l'esthetique de Kant**, p. 298. París, Vrin, 1927.

(5) Véase en **Verano**, revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, 1945.

sulta saludable repetirlo ahora que se comercia con las sacras especies de la enseñanza.

XIII

La prosa de Gabriela Mistral, con elementos lexicales arcaicos, barrocos y campesinos, merece un estudio atento; pero es preciso tener a la vista y la mano sus numerosos artículos y *recados*. De lo contrario, las consideraciones que se puedan hacer sobre tal segmento de su producción serán más o menos incompletas y, por lo tanto, arbitrarias.

En lo tocante a sus artículos, dice Julio Saavedra Molina: "Hay en ellos finas observaciones de detalle, y el lenguaje está cuajado de hallazgos verbales" (6). La afirmación anterior, no cabe duda, es verdadera. Sin embargo, conviene agregar que la obra *prosática* (valga el neologismo, pues la palabra *prosaica* tiene un subido tono peyorativo) de Gabriela Mistral posee, a mi ver, dos valores: marca un notable cambio en la construcción literaria y en los giros sintáxicos y enriquece el caudal idiomático con voces provincianas, que recuerdan a pulidos escritores como Alonso de Ovalle, autor de la *Histórica relación del reino de Chile*.

Por otra parte, su prosa resulta siempre original, y, para decirlo con sus propias palabras, causa "primero sorpresa y después gozo" (7). Su labor prosática, como lo he dicho, solamente se podrá juzgar en conjunto cuando ella misma o manos amigas y autorizadas entreguen al público el volumen pulcro y correcto.

(6) Gabriela Mistral. Vida y obra. Bibliografía. Antología, p. 13. Nueva York, Instituto de las Españas, 1936.

(7) Sobre el chileno Torres Rioseco. El Mercurio. Santiago, 2 abril, 1945.

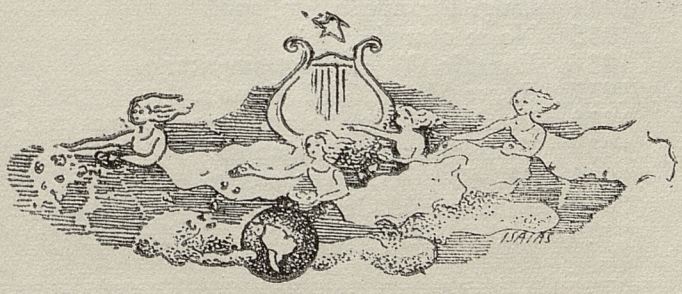
En una ficha escrita en 1932, digo: "Gabriela Mistral pide —en un artículo titulado: *Una voz magistral*, publicado en *El Mercurio* de Santiago, a 19 de diciembre, glosando una encuesta de Amanda Labarca Hubertson— para los chilenos *camaradas cordiales y trabajadores regulares*. ¡Exacta petición! Chile necesita sobrios y laboriosos habitantes. De lo contrario, seguirá como a la deriva. Esta profunda reforma moral no es sólo labor de la enseñanza, sino de la prensa, la política, el sindicato, el teatro, las iglesias. En otros términos, de todas las agencias culturales, profesionales y gremiales de la nación. Chile, pues, necesita una fuerte renovación ética para salir del marasmo en que se encuentra. Para ello, sin duda, son indispensables, como dice la autora de *Tala*, "camaradas cordiales y trabajadores regulares".

Gabriela Mistral, más que una escritora de alta calidad artística, es en sus artículos periodísticos un ser vigilante de la ética presente y venidera de su patria. Tarea difícil es ésta que se ha propuesto desde hace tiempo. Día llegará en que se le va a reconocer en toda su indudable valía moral

El ideario de Gabriela Mistral es de la mejor jerarquía conceptiva y literaria. Ojalá algún estudioso lo compagine en espicilegio para feraz acción y lúcida meditación.

XIV

En conclusión, la obra de Gabriela Mistral viene a ser una especie de milagro literario: posee la limpia desnudez de la estatuaria griega y el acento desolado ante los arcanos de la vida y del mundo.



El Premio Nóbel de Literatura desde su fundación

El Premio Nóbel de Literatura fué otorgado por primera vez en 1901, fecha en que lo obtuvo el escritor francés R. F. A. Sully Prudhomme. En 1902 lo obtuvo Th. Mommsen, alemán, y en los años siguientes se distribuyó así:

1903 Björnstjerne Björnson, noruego.
1904 Federico Mistral, francés.
José Echegaray, español.
1905 H. Sienkiewicz, polaco.
1906 Giuseppe Carducci, italiano.
1907 Rudyard Kipling, inglés.
1908 R. Eucken, alemán.
1909 Selma Lagerlöf, sueca.
1910 P. Heyse, alemán.
1911 Maurice Maeterlinck, belga.
1912 G. Hauptmann, alemán.
1913 Rabindranath Tagore, hindú.
1914 No se otorgó.
1915 Romain Rolland, francés.
1916 Verner von Heidenstam, sueco.
1917 K. Gjellerup, danés, H. Pontoppidan, danés.
1918 No se otorgó.
1919 Carl Spitteler, suizo.
1920 Knut Hamsun, noruego.
1921 Anatole France, francés.
1922 Jacinto Benavente, español.
1923 W. B. Yeats, inglés.
1924 Wladislaw Reymont, polaco.
1925 George B. Shaw, inglés.
1926 Grazia Deledda, italiana.
1927 Henri Bergson, francés.
1928 Sigrid Undset, noruega.
1929 Thomas Mann, alemán.
1930 Sinclair Lewis, norteamericano.
1931 Erik A. Karlfeldt, sueco.
1932 John Galsworthy, inglés.
1933 Ivan Bunin, francés, nacido en Rusia.
1934 Luigi Firandello, italiano.
1935 No se otorgó.
1936 Eugenio O'Neil, norteamericano.
1937 Roger M. du Gard, francés.
1938 Pearl Buck, norteamericana, nacida en China.
1939 Emil Sillampaa, finlandés.
1940 41, 42 y 43, no se otorgó.
1944 Johannes V. Jensen, danés.
1945 GABRIELA MISTRAL, chilena.

TALCA

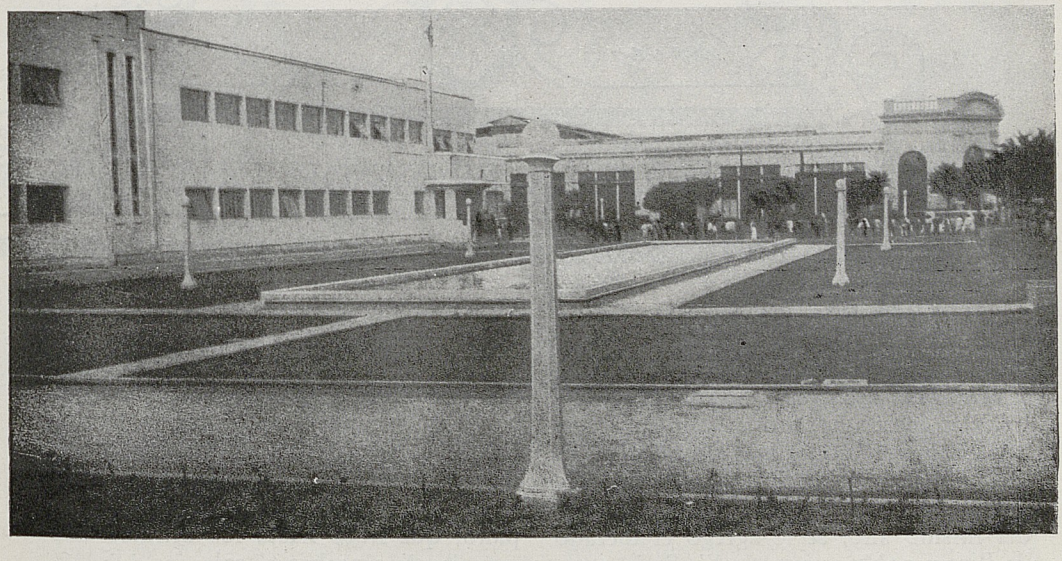
La provincia de Talca comprende 9,527 kilómetros de superficie, casi plana en el llano central, pero quebrada y selvosa en la sección occidental y en los primeros faldeos de la cordillera de los Andes. Limita con regiones de progresista perspectiva agrícola: al Norte, con la provincia de Curicó; al Sur, con las de Linares y Maule, colindante entre ambas el río de este nombre; al Este, con la cordillera de los Andes, en la que descuella la gallarda silueta del Descabezado; y al Oeste, con el Pacífico.

Se divide en tres departamentos: Talca, Lontué y Curepto. Es una de las provincias más prósperas de la zona central del país. Abunda en cereales, legumbres y frutas, vinos, ganado mayor y menor. En los últimos años ha alcanzado en sus campos magníficos resultados el cultivo de arroz. Produce, asimismo, tabacos y contiene minas de yeso y azufre. Cuenta también con aguas termales.

Bajo el gobierno colonial, Talca constituyó el corregimiento del Maule y fué erigida en provincia por Ley de 5 de agosto de 1833, con un solo departamento —el de Talca—, pasando en 1836 a constar de dos al crearse el de Lontué; y de tres, en 1882, con el de Curepto.

La capital de la provincia es Talca. Fué fundada en su primitiva base por don Tomás Marín de Poveda, el año 1692, y repoblada por el gobernador de Chile y más tarde virrey del Perú don José Antonio Manso de Velasco. El nuevo caserío fué asentado con el nombre de Villa de San Agustín de Talca, en terrenos que para el efecto dos años antes había donado a la Junta de Poblaciones la Orden de Ermitaños de San Agustín.

En esta oportunidad concurrió mayor número de pobladores, de modo que tres años después de su fundación contaba con 124 casas, con cabildo,



Escuela Vocacional de Talca.



MAPA DE LA PROV. DE TALCA



portales de arquería, iglesia parroquial y casas de comercio. Tales progresos iniciales fueron pronto en aumento. Fué así como por cédula real de 6 de junio de 1796 le fué otorgado el título de ciudad, y por cédula de 6 de diciembre del mismo año, se le agregó el dictado de "muy noble y muy leal". Se le otorgó, además, escudo de armas, que representa un león rampante, atravesando un río, con la bandera y la cruz de Borgoña. El escudo, en su base superior, ostenta el lema "Provehit soli leo", cuya tradición alude simbólicamente al español que llegó hasta los últimos confines donde alumbra el sol.

En la época de la Independencia, Talca fué asiento de la Junta de Gobierno patrio, desde el 22 de octubre de 1813 hasta el 1.° de marzo de 1814, y teatro de diversos episodios guerreros.

La ciudad ha sufrido en el transcurso de su historia dos grandes terremotos que casi la han destruído totalmente: el del 20 de febrero de 1835, y el de diciembre de 1928, desastres de los que ha sabido reponerse acrecentando en forma rápida y notable su progreso.

Francisco Hederra.

CRONICAS Y ANECDOTAS TALQUINAS

El autor de las líneas escogidas que damos a continuación es un entusiasta cronista talquino, cuya obra, de sobra varia —pues va desde los consejos de puericultura hasta el drama y la novela—, nos apunta simpáticamente a partir de los primeros años de este siglo desde la orgullosa capital del Piduco.

LAS DOS FUNDACIONES DE TALCA

El día 5 de enero de 1692 llegó a Santiago el Gobernador del Reino de Chile don Tomás Marín de Poveda, y poco tiempo después se dirigió a Concepción, donde iba a recibirse del mando del ejército y a contraer matrimonio. Se le recibió allí con grandes y variados festejos, entre otros representaciones teatrales, que han sido tal vez las primeras de Chile.

Recorriendo el territorio de su mando y gobierno, encontró que en Talca había "no menos de cuatrocientos hombres de tomar armas" y decidió fundar aquí una villa o caserío y lo hizo más o menos en el sitio que ocupa hoy la antigua Placilla o Plaza Ignacio Serrano.

El caserío éste no prosperó. El terreno elegido era de pobre calidad, formado por tosca dura, impropia para plantaciones y cultivos. Posiblemente se le eligió por la proximidad de agua corriente, pues estaba entre dos esteros: al Norte, el estero Retamal, que se llamó después de Baeza en honor del Corregidor don Juan Cornelio de Baeza, que vivió en Talca desde la segunda fundación, fué dueño de casa y hacienda y falleció aquí; y al Sur, el estero de Piduco, que en araucano significa "agua sin fuerza".

El caserío no prosperó, vino a menos y tanto, que el año 1720 cuando se hizo un censo general de población, no se mencionó este de Talca.

Desde 1541 hasta 1664 la guerra contra los araucanos había costado a la Corona de España treinta y tres millones novecientos setenta y tres mil pesos de ocho reales de plata y había ocupado más de veinticinco mil hombres y





no obstante el formidable esfuerzo, la conquista y pacificación de Chile era aún un problema muy difícil de ser resuelto a favor de España . . .

Entonces el Gobernador y Capitán General del Reino, don José Manso de Velasco, pensó que uno de los mejores medios para mantener lo conquistado y evitar las continuas sorpresas de los indios, era fundar ciudades "a proporcionadas distancias unas de otras, para que puedan sostenerse con mutuo socorro, y que el arraigo de su vecindad les haga subsistir con permanencia, porque, para retener a los hombres, sirve de atractivo la casa que se construye y la heredad que se fundó".

El rey aceptó el proyecto de Manso, quien se apresuró a ponerlo en práctica muy confiado en su eficacia y a esto se debió la segunda fundación de Talca, el año 1742, en los terrenos que le cedieron para tal objeto los padres del Convento de San Agustín, que tenían iglesia y estancia algunas cuadras más al Occidente, cerca del río Claro.

Aceptada en nombre del rey la donación de terrenos hecha por los Agustinos, el gobernador Manso de Velasco ordenó la delineación de la futura villa. nombrando para que la ejecutara al corregidor don Juan Cornelio de Baeza, repartiera los solares, dejara otros sin distribuir, "poniendo moxones y lindes fixos para que en todo tiempo conste de las tierras que pertenecen a dicha población y donar los solares a los pobladores, según la esfera, mérito y calidad de cada uno, su familia y estado, dando eficaces prudencias para que con la mayor brevedad hagan todas sus casas y asignándoles para ello cierto término, con apercibimiento de decaer de la merced y de incurrir en las penas que el rey impone por su Real Cédula a los que rehusan vivir en sociabilidad y poblado no teniendo justo motivo de escusa".

Fundada la villa, en aquel terreno que según don Nicolás de la Cruz Bahamondes "era campo erial y monte espeso", fué adquiriendo rápido desarrollo. Acudieron vecinos de los campos y allí se establecieron; se hicieron construcciones y muy luego hubo ciento veinticuatro casas, una iglesia parroquial, otra de Santo Domingo, de San Agustín, que fué levantada donde está actualmente, en terrenos dados con tal objeto por un señor Vilches.

Don Francisco de Silva hizo edificar por su cuenta la casa para el Cabildo

y para la Cárcel, haciendo en seguida donación de ambos edificios en favor de la villa.

Diez y ocho años después, el año 1760, don Manuel de Amat, Gobernador y Capitán General del Reino de Chile, concedió escudo de armas a la Villa de San Agustín de Talca.

Dicho escudo está coronado con los motes *Talca Truens. Provehit soli leo*, y aparece en él un río cuya corriente está marcada con flechas. Un león amarillo coronado va pasando las aguas, llevando el estandarte y la cruz de Borgoña. El león representa el monarca católico cuyas banderas pasaron dicho río y el mote *Provehit soli leo* dice que donde no propagó su idolatría el inca, dilató el rey de España la fe del Evangelio. . .

¿Cuál es el origen del nombre de la ciudad? En araucano Thalca, pillán significa trueno, erupción de volcán; Thalca, fusil, cañón, boca de fuego; y pillán, el ser superior que produce el trueno.

Thalca tun significa disparar; Petu Thalca tuy pillán, está tronando; Thalca tu mechi, voy a cazar; Thalca tu vichi, disparar con fusil.

En todo caso, Talca significa algo ruidoso y espantable. Posiblemente las grandes erupciones del volcán El Descabezado, así es de suponerlo por la forma actual del volcán, habían dado el tenebroso calificativo a la región y de aquí el nombre de la ciudad. Pocas veces un nombre menos apropiado a la índole y carácter, porque Talca ha sido más bien ciudad pacífica, tranquila, que no ha hecho bulla ni política, ni social ni intelectual, ni tampoco está tronada. . . Mejor le hubiera venido el nombre de su segundo fundador Manso, porque es ciudad mansa, paciente, reposada, dormilona, que no le agrada ser interrumpida ni en su digestión ni en su siesta, que le place arrellanarse en sillones blandos y seguir con el comentario el dinamismo ajeno.

ORIGENES DEL ACTUAL LICEO DE TALCA

Hay razones fundadas para creer que la idea primitiva y el propósito inicial de crear en Talca un establecimiento de educación haya sido del Abate Molina, sabio eminente, personalidad superior, verdadera lumbrera intelectual en aquella época de formación moral y material.

El Abate Molina, hijo de Talca, vecino de la ciudad, vivió en la casa que es hoy del Obispado, donó el terreno para la construcción de la Parroquia actual, probando con esto su interés y propósito en el desarrollo y progreso locales y no contando con el dinero suficiente para la fundación y sostenimiento futuro de un colegio, logró interesar y ganar para su proyecto al doctor en teología don José Ig. Cienfuegos, que poseía fortuna considerable.

De acuerdo con el Abate, el doctor Cienfuegos se apresuró a solicitar del Gobierno la autorización y el permiso necesarios, que le fueron otorgados por decreto de 5 de junio de 1827.

LA SOMBRERERIA BEDINEAU O TALCA, PARIS Y LONDRES

La ventana de aquélla era como un tropezón puesto a la curiosidad, como un aviso de luz al transeúnte, y, precisamente, eran los viajeros quienes mejor lo sentían y lo aprovechaban, acudiendo a aquella ventana con la esperanza de llenar, de entretener algún rato en la larga y aburrida espera del día siguiente en que tendrían tren para salir de viaje. Y fué en aquella ventana amplísima, novedosa, bien surtida, donde muchos viajeros leyeron con sonrisa irónica: *Talca, París y Londres*, y apuntaron en su memoria el ingenuo y petulante aviso de un comerciante francés. Tantos lo leyeron y repitieron, que al fin llegó a ser una frase popular. En más de alguna memoria sólo quedó de la corta y molesta estadía en Talca la impresión de aquellas tres palabras y el vivo contraste de sus valores.

NOTICIARIO ARTISTICO NACIONAL

CONFERENCIAS

Antonio Aparicio, el joven y talentoso literato español, huésped desde hace algunos años de nuestra capital, fué invitado por la Academia Jurídica de la Facultad de Derecho a dictar una conferencia que tuvo lugar, el 5 de septiembre, en el Aula Magna de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. El tema versó sobre "Poesía y Guerra de España" y fué desarrollado por el conferenciante con sensibilidad poética y profundo sentido de observación espiritual. El interés del tema y el prestigio del escritor congregaron un numeroso público de literatos y de artistas que aplaudieron su disertación. Aparicio exaltó el eco de la epopeya del pueblo que inspirara a la poesía de España a través de los siglos, haciendo recuerdos de obras, de personajes y de poetas de diferentes épocas. Evocó a los Caballeros del Cid, a Isabel la Católica, a Agustina de Aragón, a los Milicianos de la República, a Antonio Machado, Federico García Lorca, Rafael Alberti y a otros. Se refirió al Romancero Histórico, al Romancero de la Revolución, a los poetas del Mundo con España, y la Poesía y Libertad de España y su significación para América.

* *

Invitado por el Centro de Castellano del Instituto Pedagógico, el prestigioso escritor Augusto D'Halmar cerró su ciclo de conferencias de la temporada, en la capital, disertando ante una entusiasta y numerosa concurrencia sobre el tema "La generación de 1900". Contribuyó al éxito de este acto el hecho de que este elocuente escritor nos regalara con las primicias de sus impresiones personales recogidas en su convivencia literaria con los personajes de aquella generación y su participación en los acontecimientos artísticos de esa época. Esta conferencia se desarrolló el 6 de septiembre, recién pasado. con el siguiente sumario:

1.º—"Los maestros". El escultor Nicanor Plaza. El pintor Juan Francisco González.

2.º—"Las Actividades". El Ateneo. El Machitún. La Colonia Tolstoyana.

3.º—"Los Artesanos". Carlos Pezoa Véliz. Baldomero Lillo. Manuel Magallanes Moure.

* *

En la Casa Central Universitaria y bajo el auspicio del Instituto Chileno-Francés de Cultura, ha realizado un ciclo de conferencias el destacado intelectual chileno Hernán Fabres. Los atrayentes temas de sus disertaciones sobre "Aspecto de París" congregaron a un numeroso público de gentes de letras, poetas y artistas, que aplaudieron calurosamente al conferenciante. La personalidad de este escritor se formó en el ambiente artístico y culto de la capital francesa, en donde se educó y vivió por largos años. El valioso contenido de sus charlas se desarrolló bajo el siguiente sumario:

Día 24 de septiembre: "Tradición intelectual de los salones y cafés literarios de París".



"ESCENA".

Oleo de José Venturelli.

"MUJER DEL PUEBLO".

Oleo de Exequiel Plaza. - Museo Nac. de Bellas Artes. Foto D. I. C.





"EL ENCUENTRO".

Dibujo de José Venturelli.



"RETRATO DE HERMINIA RACCAGNI".

Oleo de José Venturelli.

Día 25 de septiembre: "El aporte femenino en la literatura francesa".

Día 1.º de octubre: "Francis Jammes, poeta de la Naturaleza".

* *

Nos place hacer especial mención del éxito inusitado obtenido por nuestro renombrado poeta Roberto Meza Fuentes en su gira literaria por las repúblicas hermanas del Perú y Ecuador, en cuyas capitales ha dictado charlas y conferencias sobre literatura y poesía hispanoamericanas. El viaje de Meza Fuentes, iniciado hace más o menos un año, debido a invitación expresa de los gobiernos de aquellas naciones, ha constituído un reforzamiento de vínculos culturales y espirituales entre los pueblos sudamericanos del Pacífico. Así lo confirman los juicios entusiastas y concienzudos que hemos podido leer en la prensa peruana y ecuatoriana, ensalzando la personalidad de este artista y aquilatando el fructífero resultado de sus cursos, los cuales, a juicio de "El Comercio" de Puito, han constituído un éxito y han contribuído al mejoramiento cultural de los estudiantes y del magisterio y de todos cuantos han querido aprovechar de estas lecciones.

* *

Después de haber ofrecido en Buenos Aires un ciclo de importantes conferencias, ha sido nuestro huésped, por breves días, el eminente catedrático y escritor peruano don Aurelio Miró-Quesada. Aprovechando su corta estada, el señor Miró-Quesada desarrolló el 9 del mes en curso, en el Salón de Honor de nuestra Universidad, una conferencia titulada "El Inca Garcilaso; una nueva interpretación a través de hallazgos documentales". Los antecedentes literarios de la personalidad del conferenciante, conocidos por la divulgación de sus diferentes estudios sobre crítica e investigaciones históricas, atrajeron a un nutrido auditorio que lo aplaudió sin reservas. El tema de su brillante disertación estuvo sujeto al siguiente sumario: Los primeros escritores del Perú colonial. Poetas y cronistas. El Inca Garcilaso de la Vega. Breves datos biográficos. Lo que hay que decir y lo que desdecir de Garcilaso. Nuevos hallazgos documentales. Garcilaso, indio y español. La tercera dimensión de Garcilaso. El renacentismo y la influencia de Garcilaso el toledano. El paisaje y el hombre peruanos a través de los "Comentarios Reales". El Inca Garcilaso como símbolo de integración en el Perú.

* *

En la última semana del mes de septiembre el profesor italiano Camilo Viterbo, invitado de la Universidad de Chile, dictó un ciclo de conferencias social-económicas cuyo destacado éxito vale mencionar. El profesor Viterbo se graduó en la Universidad de Padua, en donde inició su labor docente, continuando posteriormente esta tarea en las universidades de Milán y de Cagliari. Sus convicciones democráticas lo impulsaron al repudio del régimen fascista de su país, y en 1938 vino a nuestro continente a desempeñar la cátedra de Economía en la Universidad de Sao Paulo, en el Brasil. Posteriormente fué invitado por varias universidades argentinas. Es autor de obras destacadas que sirven hoy de guía de la doctrina sobre la materia, entre las cuales anotamos: "Mercato Libero di Borsa", "Contrato d'Assicurazione" y "L'Assicurazione della reponsabilita civile". En nuestra Universidad Central desarrolló los siguientes temas: "La Escuela italiana de Derecho", "Método de enseñanza de Seminarios", "La Inflación y su diferencia a la Carestía", y en el Aula Magna de la Escuela de Derecho, trató sobre "El Nuevo Derecho Comercial y su Crisis"

* *

El Centro Ecuatoriano anuncia un ciclo de conferencias sobre

los países latinoamericanos, que auspicia la Orden Bolivariana. El 26 de septiembre tuvo lugar la primera disertación de este ciclo, la cual versó sobre el Paraguay. Su desarrollo estuvo a cargo del doctor Jorge del Valle Donoso, bajo el tema de "Introducción a un estudio histórico económico y político del Paraguay". El señor del Valle hizo un breve y substancial análisis de la historia de esa nación hispanoguaraní, de su actual situación política y cultural y de su resurgimiento actual.

* *

ARTE FOLKLORICO

Triunfo del poeta Juvencio Valle.

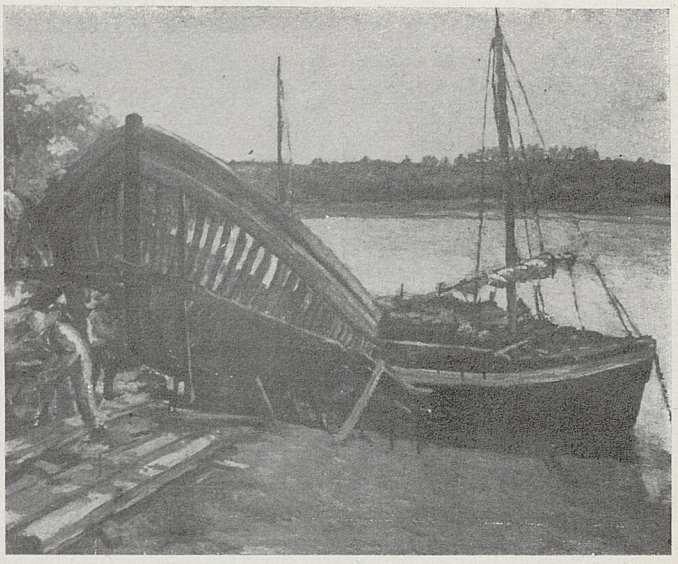
En el Concurso Nacional de Letras para canciones que realizó el 17 de septiembre la Dirección General de Informaciones y Cultura, participaron más de 600 poetas, entre escritores populares e intelectuales. Ha sido, pues, este concurso uno de los más interesantes que se hayan realizado en el país. El jurado, compuesto por Angel Cruchaga, Tomás Lago y Fernando Lecaros, después de examinar 600 composiciones poéticas con temas de cantos a las provincias y regiones; temas de las bellezas naturales del país, de escenas y faenas campesinas, de mitos y leyendas, de tonadas y canciones, otorgó el Premio de Honor a la obra "Canto a Cautín", del conocido y laureado poeta Juvencio Valle.

* *

ARTES PLASTICAS

Exposición José Caracci.

En la primera semana del mes de septiembre expuso el maestro Caracci cincuenta óleos en la Sala del Banco de Chile, con temas diversos de Constitución, desnudos y composiciones, toda una demostración de su conocida labor, caracterizada por un dominio acabado de la técnica. No cabe duda de que este artista ha llegado a una madurez pictórica que significa para su futuro mayores responsabilidades de dinamismo plástico. Sin ahondarnos en estas reflexiones continuamos alabando su temperamento lleno de serenidad objetiva en lo formal de sus obras y de inquietud muy personal en sus coloridos. El éxito artístico de esta muestra ha sido indiscutible y la crítica elevada y constructiva ha reconocido los méritos de la obra de este pintor, quien en su larga y fecunda carrera ha conquistado triunfos y muchas recompensas en los Salones Oficiales del país y en el extranjero.



"ASTILLEROS DEL MAULE". Oleo de José Caracci.



"PAISAJE DE CONSTITUCION". Oleo de José Caracci.

Exposición de óleos y grabados de José Venturelli.

En la primera quincena del mes de septiembre y bajo el auspicio del Departamento de Extensión Universitaria, llevóse a cabo esta interesante muestra, compuesta de más de treinta telas, grabados y dibujos, de Venturelli, con temas nacionales y del Brasil, país en donde estuvo hace poco en gira de estudios artísticos.

No hay duda de que la presentación de las obras de este joven pintor constituyó un acontecimiento dentro de nuestro medio, en donde poco se disfruta de la pintura interpretativa y de ensayo plástico. La crítica ha considerado que la fuerza expresiva del arte de Venturelli no reside sólo en el dramatismo de su temática, sino que también en la manera analítica de resolver su visión plástica, por medio de líneas y

colores que nos sorprenden. Su tendencia muralista, agrega, demuestra que este artista se forma dentro de una orientación hacia una pintura de más adecuada función social. El aporte de Venturelli en favor del movimiento renovador de nuestro arte es considerable y contribuirá, sin duda, a determinar la fisonomía de la pintura nacional.

Exequiel Plaza en la Sala del Banco de Chile.

En esta muestra, efectuada a fines del mes de septiembre, se agruparon numerosas telas de este pintor, representando paisajes, retratos y composiciones. Acudió mucho público para ver a este famoso pintor, que hacía años no exponía y que forma parte de una generación de la otra postguerra. Contemporáneo de Arturo Gordon, Pachín Bustamante, Ricardo Gilbert, Pedro Luna, Lucares y otros no menos famosos. La tendencia de nuestra pintura en aquella época, que el pintor Plaza conserva todavía, se caracterizó por su aspecto, que se podría definir como español-naturalista, lo cual se debió a la enseñanza y orientación de la fuerte personalidad de don Fernando de Sotomayor, director entonces de nuestra Academia de Bellas Artes. La labor de Exequiel Plaza ha sido justipreciada con el otorgamiento de las más altas recompensas. A pesar de la enfermedad que lo aqueja, se encuentra, en la actualidad, en pleno dominio de sus brillantes facultades. Lo ha hecho notable su especialidad de retratista, en donde ha hecho gala de maestría. Su actual exposición, realizada muy a su pesar, debido a su carácter retraído, ha constituído un éxito muy señalado. La crítica ha reconocido en él todo lo expuesto y al referirse a otro tema de sus obras, dice: "En algunos de sus paisajes, el artista obtiene notas de muy justo equilibrio tonal, dentro de una tendencia que oscila entre un postcourbetismo hasta las lindes del impresionismo. Conservando todos ellos un sello de suma chilenidad en los temas".

Acuarelas de Eliana Banderet.

El 2 de octubre se verificó la apertura de la Exposición de Acuarelas de esta joven y ya destacada artista, en la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación. Exhibe por primera vez y sus obras revelan temperamento y una preparación técnica muy bien dirigida por sus profesores Eguiluz y Roa, de la Academia de Bellas Artes de esta capital. Entre sus temas, presenta algunos de Río de Janeiro, Ouro Preto y Sao Paulo, traídos de su reciente viaje de estudio al Brasil.



"EL HOMBRE DEL GALLO".

Exequiel Plaza.

Otras exposiciones de Arte.

El 5 de septiembre abrieron una muestra de óleos y acuarelas, en el Palacio de la Soc. Nacional de Bellas Artes, "La Alhambra", un grupo de conocidos pintores porteños, compuestos por: Carlos Lundsted, Chela Lira, René Tornero, Manuel del Giudice y Carlos Cordero, con escogidos temas de Valparaíso.

* *

A mediados del mismo mes expuso acuarelas en la Sala del Banco de Chile el pintor Mueller Oliphant, con temas de Bolivia y de nuestra región austral.

Nueva Galería de Arte.

En la Avenida Portugal N.º 22, los artistas ceramistas Guzmán y Jara han instalado una hermosa sala de ventas y exposiciones, ornamentada con propiedad y buen gusto. Esta sala exhibirá permanentemente exposiciones colectivas e individuales de obras de artistas que lo deseen.

MUSICA

Los jóvenes y talentosos pianistas Herminia Racagni y Germán Berner ejecutaron el día 10 de septiembre, en el Teatro Municipal, un novedoso concierto a dos pianos. Vale aplaudir la iniciativa de estos dos artistas que nos han brindado la oportunidad de poder escuchar música escrita para tan interesante combinación instrumental. El programa, ejecutado con acabado espíritu interpretativo, estilo y acertada sonoridad, fué el siguiente: Mozart, "Sonata en Re Mayor"; Rachmaninoff, "Suite N.º 2", op. 17, primera audición. Darius Milhaud, "Scaramouch", suite de tema folklórico brasileño, primera audición. René Amengual, "Introducción y Allegro". Este concierto fué organizado por la Sección música de Cámara del Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile.

* *

El día 12 del mes precitado tuvo lugar en el Teatro Municipal un gran concierto coral de 1.200 voces, organizado por la Asociación Nacional de Profesores Secundarios, en el cual tomaron parte profesores de música y alumnos de los Liceos de la capital. Se ejecutaron corales para dos, cuatro, seis y ocho voces mixtas, de Mozart, Bach, Beethoven, Pergolessi, y de autores chilenos como Soro, Acevedo, Melo Cruz y otros, y fueron cantados con disciplina y gran sentido interpretativo.

* *

Gratísima impresión ha dejado la actuación de las hermanas Leschin, en el único concierto a dos pianos, que ofrecieron a fines de septiembre en nuestra capital a su paso para los Estados Unidos. Estas célebres artistas, conocidas y aplaudidas de los principales públicos europeos y americanos, fueron invitadas por la Sociedad Musical Daniel. Ejecutaron brillantemente en dicho concierto obras de Zipoli, Bach, Godowsky, Mozart-Busoni, Brahms. Chopin, Arensky, Milhaud, Rachmaninoff, Michallow y Liszt. Adolfo Allende en su crítica de "La Nación", dice: "Se hermanan en sangre y en espíritu artístico con rara concomitancia técnica y expresiva. Ninguna sobresale sobre la otra y pueden cautivar a la concurrencia interpretando agradable música moderna de salón".

En la tarde del 29 de septiembre se despidió de nuestro público el prestigioso maestro norteamericano David Van Vactor, ofreciéndonos un concierto sinfónico con el siguiente programa: Van Vactor, "Obertura a una Comedia"; Ricardo Strauss, "Dos Canciones para mezzo-soprano y orquesta", haciendo de solista la cantante chilena Teresa Orrego; Domingo Santa Cruz, "Sinfonía Concertante". Dirigió esta obra el maestro Víctor Tevah, y ejecutó Van Vactor la parte de flauta solista. La segunda parte del programa la constituyó la "Primera Sinfonía", de Brahms, dirigida por Van Vactor. El maestro David Van Vactor, fuera de su triunfo artístico, cumple entre nosotros con halagador éxito una misión de alto significado cultural que fortifica nuestros vínculos espirituales con la gran nación norteamericana. Han auspiciado este concierto el Departamento de Cultura del Ministerio de Educación y el Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile.

* *

El Ballet de la Escuela de Danza del Instituto de Extensión Musical, y con la colaboración de la Orquesta Sinfónica, realizó el 18 de septiembre, con motivo de la celebración de las Fiestas Patrias, una función de gala en el Teatro Municipal. Pusiéronse en escena, en forma magistral, los siguientes ballets: Próspero Bisquert, "Sueño", de la opera "Sayeda", del mismo autor; Johann Strauss, "Capricho Vienés", un acto; Léo Delibes, "Coppelia", dos actos. Dirigió la coreografía Ernst Uthof, director de la Escuela de Danza, y colaboraron los conocidos artistas coreográficos Yerka Luksic, Malucha Solari, Lillian y Ana Blum, Patricio Bunster y Rudolf Pescht. Condujo la Orquesta Sinfónica el maestro Víctor Tevah.

* *

Nos hemos complacido anteriormente en destacar la eximia personalidad artística del afamado arpista Nicanor Zabaleta; hoy cábenos celebrar su participación en el concierto que se efectuó el 1.º de octubre último, en nuestro primer teatro, en co-



"REPOSO". Acuarela de José Venturelli.

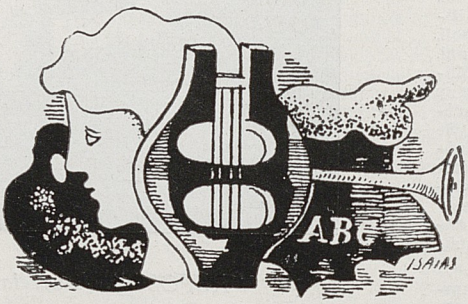
(Fotos D.I.C.—Luis Robles.)

★



GOETHE: Mármol de Jean-David D'Angers. El escultor francés pasó a Weimar en 1829, con la intención expresa de modelar la cabeza de Goethe a los 80 años, todo lo cual se realizó desde el 26 de agosto hasta el 5 de septiembre. En julio de 1831, llegó la cabeza en mármol, como un obsequio del escultor, a las manos de Goethe. En agosto del mismo año, al cumplir Goethe su último natalicio, después de una breve ceremonia, el busto fué colocado en la Biblioteca de Weimar.

laboración con la Orquesta Sinfónica, actuando él como solista. El programa se compuso como sigue: Bach-Vivaldi, "Concierto en Do Mayor", para arpa y cuerdas; Tournier, "Preludio y Danza", para arpa y cuerdas; Debussy, "Sonata y Trío", interpretada por Zabaleta, Zoltan Fischer, violinista, y Julio Vacca, flautista; Debussy, "Danza Sagrada" y "Danza Profana"; Ravel, "Introducción y Allegro", para arpa, clarinete y cuerdas. Contribuyó al éxito sin precedentes de esta actuación la conducción de la orquesta realizada por el maestro Tevah.





Alameda de Talca. Monumento a La Victoria.

Julio Molina

BARROS ARANA y la *Geografía*

Notas para un discurso en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, durante la primera sesión de la Academia de su nombre.

Nacido en 1830, don Diego Barros Arana va a formar, juntamente con ese polimorfo talento que siempre se acostumbra a ponerle frente a frente, don Benjamín Vicuña Mackenna, en la llamada generación del treinta, digna y liberal sucesora de la promoción anterior, la del año 1817, y en la que descuella don José Victorino Lastarria. Al mismo tiempo que estos "pioneers" de la intelectualidad chilena contribuyen a formar y electrizar el ambiente en que el talento precoz de Barros Arana iba a desarrollarse, algunos intelectuales hispanoamericanos emigrados como Domingo F. Sarmiento, Vicente Fidel López, Juan Carlos Gómez, y Antonio José de Irisarri. Da a estampa su primer ensayo, "Vicente Benavides y las Campañas del Sur", a los diecinueve años de edad. Muy luego, en un renovado empeño de toda su vida, será un activo fundador o colaborador de periódicos literario-histórico-científicos (El Museo, El País, La Actualidad, La Semana, y tras un intervalo, Revista de Ciencias y Letras, Revista de Santiago, Revista del Pacífico, Revista Chilena y otras con nombres por el estilo). Esta actividad, al par que ilustrar su nombre, lo va a hacer acreedor al destierro. En este obligado peregrinaje por tierras de América y de Europa el historiador ensancha su mundo, y ya principia a concebir obras que podríamos designar de notable sabor geográfico, como su "Vida y Viajes de Hernando de Magallanes", muy prontamente traducida al portugués en su época.

Vuelto al país, será nombrado en 1863 Rector del Instituto Nacional, en donde, comprendiendo la enorme falta que hacían las obras de texto en retórica, poética, literatura y geografía, emprende el trabajo de la composición de ellas. Entre las de la última especialidad (recordemos de paso que su amplio humanismo le hacía capaz de desempeñar la cátedra de historia de la literatura), debemos mencionar sus "Elementos de Geografía Física". Esta obra didáctica, temblamos de pensar en lo que se acostumbra a tener por tales obras entre nosotros, trasmonta la modesta dimensión de su propósito. Constituye un compendio del saber geográfico de su tiempo, bien escrito en el lenguaje preciso de la ciencia descriptiva y prodigiosamente bien informado. A todo echó mano Barros Arana: autores, revistas, observaciones personales del medio físico americano y chileno. Arago, Cuvier, Herschel, Humboldt, Quatrefages, Ritter, todos los talentos naturalistas, etnográficos, geógrafos de las tres ramas clásicas de la ciencia de la tierra —

matemática, física y humana—, las revistas de geografía del doctor Petermann y de Vivien de Saint-Martin, sirven a su labor, son su fundamental arquitectura, la que bajo su mano y su inteligencia de humanista liberal y positivo, adquirirá estilo, será luego substanciosamente enriquecida, ejemplarizada con los datos vírgenes, con el rocío del primer día de la creación que da nuestra América al que la sabe requerir, y que él bebe, agradecido y orgulloso, en Codazzi, Paz Soldán, Villavicencio, Burmeister, o que sintetiza de los trabajos chilenos de sus amigos Domeyko, Pissis, Phillippi, Gay, Moesta, Astaburuaga, Cuadra.

El contenido de sus "Elementos de Geografía Física" es vasto, ocupándose de la Tierra y su estructura, de la distribución de los continentes y los mares, de los volcanes y terremotos, de las aguas continentales, y de las del océano. Luego estudia la atmósfera y los climas, el hombre, la zoología y la botánica, elementos constitutivos del paisaje. Se ocupa extensamente de la geografía de Chile. Un rasgo simpático, muy siglo XIX, es el que se refiere a la electricidad y al magnetismo terrestre, misteriosas fuerzas que los físicos del tiempo, embriagados de ansias infinitas de exactitudes físico-químicas y matemáticas pretendían captar y medir en esas inquietantes máquinas que, muy clasificadas en vitrinas de añejas molduras aun podemos observar en la sala de experimentos del viejo y querido "Instituto". Contrariamente a ello, sin dejar de recordar los inefables "fuegos de San Telmo", hay un aspecto que él trata, el de la clasificación y distribución especial de los minerales, y que hoy ha sido lamentablemente proscrito de las ocupaciones del estudio geográfico, en este país de montañas.

Otras obras, de la historia de la geografía, que interesan son la "Introducción a las exploraciones de José Moraleda" y "La posesión del Estrecho de Magallanes por el Gobierno de Chile". Biografías que también son un pretexto para la ciencia de la tierra, son las del doctor Rodulfo A. Phillippi y del doctor Claudio Gay. Esta última es de particular riqueza en cuanto al rastreamiento de los orígenes de la topografía y de la cartografía en Chile. Relata Barros Arana los esfuerzos hechos: "Desde los primeros días de la República —dice— los gobernantes de Chile manifestaron el más entusiasta empeño por dar a conocer nuestro país por medio de estudios geográficos y descriptivos. A juicio de ellos, estos estudios, que debían servir en el interior para facilitar los trabajos administrativos, revelarían en el extranjero las riquezas de nuestro suelo y atraerían hacia él la emigración que tanto necesitaba la industria nacional."

Cita a Ovalle y a Molina, a los botánicos Ruiz y Pavón, que realizan en esta parte de América un trabajo parecido, aunque mucho menor al que hiciera en la Nueva Granada el gran Celestino Mutis, y las Memorias de la activa gobernación de don Ambrosio O'Higgins.

Es el 26 de junio de 1823 el día en que se inicia ostensiblemente una renovación del interés por la geografía del país, pues el Presidente Freire comisiona a Juan José Lavaysse, hombre de ingenio y aventura, para que realice la Carta. Este nada hace, sucediéndole otro ex oficial de los ejércitos napoleónicos, el ingeniero militar José Alberto Backler d'Albe, amigo que fué de don José Miguel Carrera desde su convivencia en los Estados Unidos de Norteamérica. Backler vuelve a su Francia en 1824, en busca del descanso burgués que le brinda una herencia, quedando el trabajo encargado a ese raro personaje, francés también, llamado Carlos Ambrosio Lozier. Poco hizo este hombre, que se las daba de profesor y topógrafo, y que iría a terminar su existencia —rousseauniano y mesmeriano convencido al cabo— entre los libres habitantes de Arauco.

Don Claudio Gay es el cuarto francés que tienta el trabajo de la descripción geográfica y naturalista de nuestro país. Y desde 1830 va a seguir durante más de tres decenios el trabajo de la exploración —era un hombre de complexión muy robusta, al par que un estudioso de mérito— y de la descripción de la naturaleza de nuestro país. Sus conclusiones van a ser escuchadas con respeto en la "Academia Francesa". Gay era discípulo de Cuvier y de Jussieu, y fueron sus maestros los que le asignaron —valioso destino de la juventud intelectual del XIX— el estudio de esta parte del mundo. Era un hombre de caminatas, un tesonero de la inteligencia práctica, de la búsqueda directa. La obra de Gay no puede mencionarse sin aludir a don Amadeo Pissis, el autor de la "Geografía Física de Chile".

Ya en el campo de la política, Barros Arana, felizmente vinculado por su estirpe a la sociedad bonaerense, va a prestar señalados servicios a

nuestro país en Argentina como diplomático. Más adelante, su preparación geográfica brilló en la dilucidación de la cuestión de límites, amplio y detallado asunto al que va a dedicar hasta sus últimas actuaciones. Su "Exposición de los derechos de Chile en el litigio de límites sometido al fallo arbitral de S. M. B.", publicado a fines del siglo XIX, revela este constante aporte del geógrafo, siempre atento a la aplicación de su saber en el servicio superior del Estado. Esta exposición (recordamos sus frases al hablar de la línea divisoria, "pasando por entre los manantiales de las vertientes que se desprenden a uno y al otro lado", y que dicen mucho de las ideas de derecho internacional de don Andrés Bello) constituye una aclaración de primer orden de las teorías de soberanía basadas en el "uti possidetis", y de la demarcación de límites partiendo de los principios de las altas cumbres y del "divortium aquarum". Se refiere, en los capítulos finales, al protocolo del 1.º de mayo de 1893, que confirmaba lo que desde 1881 se venía pactando entre los dos países limítrofes.

Lo que interesa mirar en la línea de su vida es el hecho de que, humanista liberal, librepensador, protonacionalista, Barros Arana supo proyectar sus capacidades en campos de periodismo, docencia, administración, diplomacia. No una vida fué la suya solamente entregada a la contemplación de una ciencia hecha, sino que encarnó el maravilloso destino del que sabe que en su patria había que darlo todo para hacer algo donde nada había.



Enrique Cordovez Madariaga

La ANTARTIDA CHILENA

III

El Cuadrante Americano

El autor de este artículo, Capitán de Navío señor Enrique Cordovez Madariaga, es Asesor Naval del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

Ha querido nuestro destino, como un don providencial, que sea el cuadrante americano del continente antártico el que contenga esta península espléndida —la Tierra de Graham— que decididamente avanza hacia nuestras tierras fueguinas. Con ella parece que este territorio chileno antártico nos invitara a extender sin tardanza y de una manera efectiva nuestros dominios sobre esas tierras que les señalara soberanía chilena la cuna misma de la Historia Antártica, desde las Cédulas Reales dadas por el emperador Carlos V el 24 de enero de 1539 a Pedro Sancho de Hoz y que fueron después —como si no fuera suficiente— reafirmadas por otra Cédula Real otorgada a don Jerónimo de Alderete el 17 de octubre de 1554.

Creemos también que nos asiste razón al denominar a la Tierra de Graham y sus archipiélagos que la festonean como las antesalas de la Antártida. En efecto, no se requieren grandes conocimientos náuticos o de aviación para comprender fácilmente que esta vasta y

TERRITORIO CHILENO ANTARTICO

PROYECCION ORTOGRAFICA



Las precisiones geográficas de este grabado fueron tomadas del mapa del INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR.

Escala: 1:7,500,000

alargada península ofrece al marino, al aviador y, en suma, a todo explorador amplio refugio en todo sentido. Desde luego, sus grandes y pequeñas bahías y surgideros, que se ubican a elegir según el tiempo reinante, cuentan con fondos apropiados para las anclas de sus buques. Sus aguas, aquietadas por las costas altas y montañosas, poseen, sin embargo, corrientes de marea y dan paso a los vientos moderados, que ambos, conjugadamente, arrastran a los témpanos mar afuera y se defienden de un pack-ice que en forma gruesa y sólida tiene sólo breve formación en lo más crudo del invierno antártico. Cuando a bordo del transporte de guerra argentino "1.° de Mayo" nos tocó en suerte recorrer toda esta región, en el verano de 1943, nos fué dado, en esos estrechos, canales y bahías, admirar las maravillosas estructuras del hielo, como las describimos en nuestro libro "La Antártida Sudamericana" —al relatar el viaje—, pero sin que jamás se nos interpusiera la masa helada como una barrera infranqueable. El retiro de los hielos, la "regresión glaciológica", como la denominan los cientistas, es en esta parte de la Antártida donde se aprecia mejor y donde el hombre hace su penetración con las menores dificultades.

De otra parte, las tierras bañadas por esas aguas disponen de innumerables islas que se abordan sin dificultad, y tanto en ellas como en los faldeos de las montañas se aprecian terrenos bajos y lomajes suaves, cuando no superficies prácticamente horizontales —con hielo y sin él—, que son prolongaciones de los acantilados de la cadena cordillerana que se están ofreciendo como futuros poblados del mundo del mañana y que en cualquier momento pueden utilizarse como aeródromos y bases de aprovisionamiento.

Volviendo a las aguas y al relieve costanero de la península de Graham, en dichas zonas bañadas por los mares de Weddell y de Bellingshaussen se encuentra la riqueza más inmediata de la Antártida chilena, porque es allí donde merodean la ballena, la foca, el elefante marino, el lobo de dos pelos, el chungungo y otras escogidas especies marinas, en cardúmenes inmensos, increíbles para el profano. Esta fauna riquísima, que proporciona hoy día desde la carne desdorada como un filete de vacuno hasta los huesos, el ámbar gris, barbas y los fertilizantes de sus subproductos, llega a aquellos parajes a ampararse en sus aguas a veces tranquilas o, por lo menos, tranquilizadas por las altas costas que las defienden. Allí también encuentra la ballena y se da opíparo festín con los pequeños pero gordos peces alimentados con el "plankton". Este conjunto de microorganismos marinos, muy rico en vitaminas, se presenta como corpúsculos amarillentos que también ella aprovecha al encontrarlo en suspensión y abundantemente en esas aguas. Este alimento vitamínico por excelencia restaura los cuerpos exhaustos de los cetáceos enormes que, realizando travesías transoceánicas, llegan a los mares glaciales a través de las grandes superficies de agua del planeta después de sumergirse en las corrientes cálidas del Ecuador.

La escasez de espacio no nos permite extendernos sobre las riquezas, principalmente de peletería y de aquellas emanadas de los aceites y grasas, como los productos más nobles. El tema exige un desarrollo especial, pero no escatimaremos a nuestros lectores el dato que una "ballena azul" —el animal que en la actualidad es el más grande del plane-

ta—, con su sorprendente longitud de 30 a 35 metros, rinde sólo en aceite la increíble cantidad de 15 a 20 toneladas: vale decir, un efectivo en dinero de 90 a 120 mil pesos chilenos.

Queremos terminar estas líneas incitando a nuestros lectores a que nos acompañen con las alas de la imaginación a ubicarnos en plena Tierra de Graham, territorio que, como se sabe, por razones históricas y derechos naturales y jurídicos, como también administrativos y políticos, corresponde a Chile. Allí, si llegamos en un día despejado y de calma completa, nos sentiremos saturados por el suave y resplandeciente sudario blanco que deslumbra nuestra vista; seremos cautivados por la belleza indescriptible que provocan los hielos en sus tonalidades de los más delicados matices; quedaremos subyugados por la grandiosidad del paisaje antártico, de una grandeza tal que lo "pequeño en él no tiene cabida"; nuestros sentimientos quedarán atónitos ante esa majestad del silencio, que cuando invade los ámbitos antárticos es de una influencia realmente atemorizadora.

Pues bien, en estas regiones en que el exotismo reina por doquier, vemos destacarse, entre el conjunto del grupo Shetlands del Sur, las islas Elefante y Decepción; no son ellas ni las más grandes ni las más altas del gran archipiélago, pero sí ambas tienen una gran conexión con el pasado de nuestra patria. En efecto, a la primera, en el año 1916, en plena crudeza del invierno antártico, desafiando sus terribles tempestades —las más furiosas de todos los mares—, llegó en viaje feliz y temerario el piloto 1.° chileno don Luis A. Pardo a rescatar a los hombres de la infortunada expedición de Sir Ernest Shackleton. Esta proeza, justamente valorada por el hecho que Pardo consiguió lo que días y aún meses antes intentara en vano Shackleton, o sea, rescatar a todos los hombres de la expedición inglesa de la isla de Elefante, será motivo —como no podía serlo de otra manera— de una crónica especial que narre de un modo particular para los lectores de "Antártica" esta hazaña de un marino chileno en un barco chileno y con toda su tripulación también chilena.

La otra isla, Decepción, innegable maravilla de la naturaleza, que podríamos llamar verdadera joya de fuego vivo, es en sí misma el cráter de un volcán que emerge sobre la superficie del agua con todas las características de la vida plutónica, que desarrolla su último período con fumarolas y arenas calientes y que con violencia contrastan dentro del gélido medio de ese ambiente antártico. Las bellezas y cautivantes peculiaridades geológicas de Decepción serían motivo de varias páginas que reservamos para otra ocasión. Por ahora nos bastará con decir que esta isla en forma de un anillo con una breve abertura encierra, dentro de sus altos cerros, la bahía de Fóster, constituyendo sus aguas interiores, cerradas en un sorprendente espacio circular, el refugio conocido como el más seguro contra los vientos, hielos y marejadas de todo el cuadrante antártico sudamericano.

Cuando estuvimos allí en el verano de 1943, recorrimos, por tierra y por mar, Caleta Balleneros y otro surgidero de emergencia. El primero, que fué base o sitio de refugio de nuestros famosos cazadores de lobos y ballenas a fines del siglo pasado y a principios del actual, vino a ser al poco tiempo (1906) la base ballenera de la Compañía Chilena Ballenera Magallanes. Fué en ese sitio donde Charcot y Shackleton encontraron

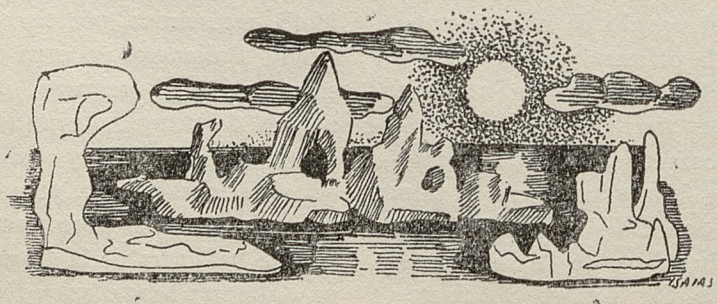
a los balleneros chilenos, y fué de ellos que recibieron la acogida cordial, la asistencia de carbón y el encargo de la correspondencia que los célebres exploradores consignan en sus viajes. Es por esto, y con sobrada razón, que el "Derrotero Británico Antártico" —el más serio documento relativo a la navegación de esos parajes y guías del navegante— dice que en la isla Decepción los balleneros chilenos poseen su base de fondeo y de recursos en general. . .

Este antecedente de nuestro pasado de ayer, que es prueba fehaciente de que Chile ha tenido ocupación permanente en determinada época en la Antártida con actividades de pesca e industriales, no sólo refuerza sus decretos administrativos de concesiones comerciales otorgadas por nuestro Gobierno, sino que además justifica sus derechos naturales, políticos, jurídicos y diplomáticos, todo lo cual afirma su soberanía en esas regiones en una época ya lejana en que ninguna potencia hubiera proclamado señorío en esas comarcas polares.

No existe, pues, acto de unilateralidad cuando se dictó el Decreto N.° 1747, de 6 de noviembre de 1940; únicamente se entró a delimitar el sector chileno antártico; y al darse a conocer el citado decreto en el mismo día tanto al país como a las naciones extranjeras, no se hizo más que fijar de una vez y de manera concluyente los límites que aún estaban indeterminados de la Antártida chilena.

Si ahora espaciamos nuestra mirada hacia el Sur, rectamente en dirección al polo, que dista, desde donde imaginariamente nos hemos ubicado, la menuda cifra no inferior a 3,200 kilómetros, se nos abre prepotente el ancho, el montañoso y deslumbrador panorama de todo nuestro territorio antártico.

Si hacemos, pues, un resumen de esos vastos espacios antárticos, podemos, y creo que debemos, todos los chilenos poner nuestras más serias reflexiones sobre su porvenir magnífico; en este predicamento no podríamos dejar de reconocer, sin ningún género de dudas, que el mundo actual, hambriento, enfermo y sangrante, por lo mismo que está náufrago del más grande cataclismo bélico que registra la historia, también se encuentra anheloso de paz y, con ella, de obtener espacio y medios de vida, apareciendo como obvio entonces que le conviene recurrir a la Antártida, que ofrece sus riquezas en tierras que, si bien son frías y ásperas, no serán de ningún modo inhabitables cuando el hombre rompa allí el cerco de hielo con el ariete de su empuje creador y el nervio triunfante de la ciencia y del progreso.



POLITICA DEL MUNDO

Jacques Maritain

Fundamentos DE LA DEMOCRACIA

Hace algunos meses "The Nation" publicó un artículo de Sidney Hook que trataba de un problema capital para la democracia y el mundo de mañana (1). Analizando un reciente ensayo de T. S. Eliot, Mr. Hook llegaba, valiéndose de argumentos teóricos discutibles, a una solución práctica que, por razones diametralmente diversas, me parece hallarse en el verdadero camino. Aun cuando coincidamos en general en la solución, hay puntos particulares importantes en que disentimos. Procuraré dilucidarlos.

No he leído el ensayo de T. S. Eliot a que alude Mr. Hook. Sin embargo, si la manera como entiende el significado de las aseveraciones en él contenidas es correcta, temo que disentiría también con T. S. Eliot, a lo menos en lo referente al modo en que deberían aplicarse a nuestra actual situación histórica las concepciones teóricas que ambos tenemos por verdaderas. Es ésta una situación más bien paradojal, que puede ser aclarada por el hecho de que

(1) "The Dilemma of T. S. Eliot" (en "The Nation", del 20-I-45).

las conclusiones no dependen sólo de las premisas mayores, sino también de las menores. Puesto que desde hace muchos años y en muchos libros me he esforzado por dilucidar las materias en cuestión, me tomaré la libertad de sintetizar mi posición al respecto.

1. En la era religiosa de la Edad Media se realizó una gran tentativa de construir la vida de la comunidad y la civilización profanas sobre la unidad de la fe teológica y de la creencia. Esta tentativa tuvo éxito durante cierto número de siglos, pero falló con el correr de los tiempos, después de la Reforma y el Renacimiento. Y ya no se concibe un retorno al sistema religioso de la Edad Media. En la medida en que la comunidad civil se ha venido separando y distinguiendo más nítidamente del reino espiritual de la Iglesia —proceso que en sí mismo no fué sino el desarrollo de la distinción evangélica entre las cosas que son de Dios y las cosas que son del César—, dicha comunidad civil se ha venido cimentando en un bien común y en una tarea común que son de un orden "temporal" o "secular", y en el cual los ciudadanos pertenecientes a diversos grupos o familias espirituales participan por igual. La división religiosa entre los hombres es en sí misma una desgracia. Pero constituye un hecho que debemos reconocer, querámoslo o no.

2. En los tiempos modernos se realizó otro intento de asentar la vida de la civilización y la comunidad terrena sobre los fundamentos de la pura razón —de la razón separada de la religión y del Evangelio—. Esta tentativa alimentó inmensas esperanzas en los dos últimos siglos, pero fracasó rápidamente. La mera razón apareció más incapaz que la fe de asegurar la unidad espiritual del género humano, y el sueño de un credo "científico" que uniera a los hombres en la paz y en convicciones comunes relativas a los fines y los principios básicos de la sociedad y la vida humana, se desvaneció al fulgor de las catástrofes contemporáneas. En la medida en que los trágicos acontecimientos de las últimas décadas han dado un mentís al racionalismo burgués de los siglos dieciocho y diecinueve, nos hemos encarado con el hecho de que la religión y la metafísica constituyen parte esencial de la cultura humana e incentivos primarios e indispensables en la vida misma de la sociedad.

3. En lo que mira, por lo tanto, a la sociedad de mañana y a la democracia revitalizada que esperamos, la única solución es del tipo *pluralista*. Los hombres pertenecientes a los credos y grupos religiosos y filosóficos más diferentes pueden y deben cooperar en la tarea común y en pro del bienestar común de la comunidad terrena, con tal de que suscriban por igual a los postulados básicos de una sociedad de hombres libres.

Porque una sociedad de hombres libres implica postulados básicos enlazados con la médula misma de su existencia y que ella tiene el deber de defender y patrocinar. Uno de los errores del optimismo burgués fué el de creer que en una sociedad libre la "verdad" y las determinaciones concordantes con la libertad y la dignidad humanas emergerían automáticamente de los conflictos de las fuerzas y opiniones. El error estaba en concebir la sociedad libre como un mero ring para el boxeo de todas las ideas en mutua competencia.

De este modo la sociedad democrática, en su comportamiento concreto, no tenía una concepción de sí misma y la libertad quedaba expuesta, inerme y paralizada, a las acometidas de todos los que la aborrecían y que procuraban por todos los medios despertar en los hombres el deseo morboso de liberarse de la libertad.

Si ha de dominar las tendencias totalitarias y responder a la esperanza de los pueblos del mundo, la democracia de mañana deberá tener su propio concepto del hombre y de la sociedad, y su propia filosofía, su propia fe, que la capaciten para educar a los individuos para la libertad y para defenderse contra los que quisieran utilizar las libertades democráticas para destruir la libertad y los derechos humanos. Ninguna sociedad puede vivir sin una inspiración fundamental y sin una fe fundamental comunes.

Pero el punto de mayor importancia que es preciso notar aquí es el de que esta fe e inspiración, esta filosofía y el concepto de sí propia que la democracia necesita, no pertenecen en lo esencial al orden de la creencia religiosa y de la vida eterna, sino al orden temporal y secular de la vida terrena, de la cultura y la civilización. Más aún, son materia de asentimiento práctico antes que teórico y dogmático; quiero decir que miran a conclusiones prácticas que el espíritu humano, con razón o sin ella, puede intentar justificar en nombre de concepciones filosóficas totalmente diversas, probablemente porque dependen en lo fundamental de percepciones "naturales", de las cuales llega a ser capaz el corazón humano mediante el progreso de la conciencia moral. Ocurre así que individuos poseedores de concepciones metafísicas o religiosas perfectamente diferentes, aun opuestas —materialistas, idealistas, agnósticos, cristianos y judíos, mahometanos y budistas—, pueden converger, no en virtud de alguna identidad doctrinal, sino en virtud de una similitud analógica de sus principios prácticos, hacia unas mismas conclusiones prácticas, y pueden compartir la misma filosofía democrática práctica, con tal de que rindan el mismo culto, tal vez por razones muy diferentes, a la verdad y la inteligencia, a la dignidad humana, la libertad, el amor fraternal y el valor absoluto del bien moral. Como lo dice Mr. Hook, "las premisas básicas, bien metafísicas, teológicas o naturalistas, en que los diversos grupos justifican sus creencias y prácticas democráticas comunes, no deben estar sujetas a un proceso de integración" —digamos, de integración social o políticamente impuesta—. "Basta, por decirlo así, que los seres humanos vivan de acuerdo con las leyes democráticas" —y, añadamos, compartan la inspiración y fe común democrática (humana, terrena, temporal)—. "Es una necia intolerancia el otorgar legalidad a una sola fundamentación del derecho."

Si queremos ser sinceros en nuestro pensamiento y no asustarnos de las palabras, aquí deberemos advertir que donde existe la fe, humana o divina, también hay herejes que amenazan la unidad de la comunidad, sea religiosa o civil. En la sociedad religiosa medieval, el hereje era el que rompía la unidad religiosa. En una sociedad laica, de hombres libres, el hereje será el que rompa "las creencias y prácticas democráticas comunes", el totalitario, el que niegue la libertad —la de su vecino—, la dignidad de la persona humana y el poder

moral del derecho. No queremos que se lo queme ni expulse de la ciudad, que se lo coloque fuera de la ley o en un campo de concentración. Pero la sociedad democrática debe defenderse contra él, sea materialista, idealista, agnóstico, cristiano o judío, musulmán o budista, manteniéndolo al margen de sus directivas, mediante el poder de una opinión pública fuerte e informada, y aun poniéndolo en manos de la justicia si sus actividades hacen peligrar la seguridad del Estado; pero, sobre todo, vigorizando por doquiera una filosofía de la vida, unas convicciones intelectuales y un trabajo constructivo que resten todo poder a su influencia.

Por otro lado, habrá que emprender una seria tarea de revisión intelectual de los principios de la filosofía democrática. Y sería particularmente de desear el desarrollar la comprensión o inteligencia del principio pluralista y de la técnica de cooperación pluralista. Paréceme que las libres tradiciones de este país han de proporcionar oportunidades especiales para ello.

4. Las consideraciones expuestas explican por qué, al escribir yo sobre asuntos franceses, a menudo ponía de relieve mi esperanza de que la nueva democracia francesa surgiría de la cooperación de socialistas y cristianos. En una tal democracia, sin embargo, ¿encontraría la "fe común universal", de que hablo, su más elevada fuente de autoridad en el método científico? ¿Sería bastante la "planificación social inteligente" para asegurar la integración de la cultura? En la cultura democrática del futuro —si tiene un futuro—, ¿será "el profesor consagrado al espíritu científico", "y no el sacerdote", "el que lleve la principal responsabilidad de alimentar, fortificar y enriquecer una fe común"?

He aquí los puntos principales respecto de los cuales quisiera expresar mi disentimiento con las ideas de Mr. Hook. Temo que él se haya inspirado en esos pasajes en la tendencia racionalista cuyo carácter ilusorio yo señalaba más arriba (N.° 2).

La misma expresión de "fe común" que emplea Mr. Hook debería hacernos comprender que la inspiración democrática no puede encontrar en el método científico su más alta fuente de autoridad. Esta "fe" es de "un carácter secular y no sobrenatural"; sin embargo, aun una fe secular envuelve al hombre entero y sus más íntimas energías espirituales, y saca su fuerza, por lo tanto, de creencias que trascienden con mucho el método científico. En otros términos, la justificación de las conclusiones prácticas que hacen que esa "fe común" sea, en realidad, común a todos, es en cada cual parte integrante de esta misma fe. En cuanto a la planificación social, aun si es inteligente, temo que una cultura organizada únicamente por esa planificación ofrecería escasas posibilidades a las facultades creadoras de la personalidad humana o al entusiasmo y felicidad del pueblo.

El espíritu científico es de incalculable valor para la cultura en cuanto que, de un modo general, desarrolla en los espíritus el respeto y el amor a la verdad y los hábitos de la acuciosidad intelectual. (He aquí por qué, digámoslo entre paréntesis, el espíritu científico de los escolásticos del siglo XIII desempeñó un papel tan fundamental en el surgimiento de la cultura occidental.)

Con todo, ni la ciencia ni la democracia viven únicamente de la cultura. La ciencia, particularmente la ciencia moderna, se ocupa de los medios, en especial de los medios materiales, de la vida humana. La sabiduría, que se ocupa de los fines, es también, y antes que todo lo demás, necesaria. Y sigue siendo un hecho el que la fe democrática —que implica fe en la justicia, en la libertad, en la fraternidad y en la dignidad de la persona humana, en sus derechos tanto como en sus responsabilidades, en esa cualidad de las leyes justas que las hace obligatorias en conciencia, en las hondamente arraigadas aspiraciones a la emancipación política y social del pueblo— no puede justificarse, alimentarse, robustecerse ni enriquecerse sin las convicciones filosóficas o religiosas —"teológicas, metafísicas o naturalistas"— que miran a la misma substancia y significado de la vida humana. Aquí se trasparenta la verdad de la importancia otorgada por T. S. Eliot al carácter orgánico de la cultura, así como la injusticia de imputarle propósitos que, de ser llevados a cumplimiento, darían por resultado una especie de "fascismo eclesiástico". Porque podemos tener la seguridad de que él vincula el esfuerzo por la integración de la cultura no al poder coercitivo de alguna autoridad eclesiástica, sino a la eficacia persuasiva de la verdad. El esfuerzo por la integración no sólo debe ser realizado en el plano de la personalidad y la vida privada; es esencial a la cultura misma y a la vida de la comunidad como un todo, integración que no depende de disposiciones legales, sino de una inspiración espiritual y libremente aceptada.

En consecuencia, no es sino algo normal el que en una sociedad y en una cultura democráticas, las diversas escuelas filosóficas o religiosas que en sus conclusiones prácticas coinciden respecto del régimen democrático, y que pretenden justificarlas, entren en una libre competencia. ¡Que cada escuela defina y afirme su credo con integridad y plenitud! ¡Pero que ninguna intente imponerlo por la fuerza a las demás! La tensión recíproca consecuente enriquecerá antes que perjudicará a la tarea común.

5. En cuanto a mí mismo, que creo que la idea del hombre sostenida por las metafísicas de Aristóteles y Tomás de Aquino constituye el fundamento racional de la filosofía democrática, y que la inspiración del Evangelio es su verdadero soplo vital, confío en que en esa libre competencia de que hablaba hace un momento la levadura cristiana desarrollará una acción cada vez más importante. En todo caso, la responsabilidad de fortificar, alimentar y enriquecer una fe democrática común no pertenecería menos al sacerdote, dedicado a la predicación del Evangelio, que al profesor, consagrado al espíritu científico, si ambos llegan a una nítida comprensión de las necesidades de nuestros tiempos y se liberan de prejuicios heredados del pasado. Si buscáis la *principal* responsabilidad, yo diría que, de hecho, le pertenecería, probablemente, a una directiva integrada por laicos cristianos y los elementos más ilustrados de las clases trabajadoras.

Finalmente, si yo afirmo que sin una reconciliación vital y sincera entre las inspiraciones cristiana y democrática nuestras esperanzas en la cultura democrática del futuro se frustrarán, no requiero la fuerza policial para obtener esa reconciliación; sólo sostengo lo que estimo verdadero. Sería necia into-

lerancia el motejar de intolerancia cualquier afirmación de la verdad hecha sin la vacilación de la duda, aun si no agrada a algunos de nuestros conciudadanos democráticos. Insisto con la misma energía que T. S. Eliot en que la levadura cristiana es necesaria a la vida y a la integración de nuestra cultura. Desde el punto de vista religioso, quisiera que todos los hombres creyeran en la totalidad de la verdad cristiana. Desde el punto de vista social-temporal, me sentiría satisfecho si las energías cristianas que trabajan en la comunidad confieren la plenitud de la fe sobrenatural a un cierto número de individuos y a lo menos les conservan su impulso moral a aquellos en quienes estas energías aun perduran, acaso inadvertidas, pero que han sido más o menos secularizadas.

Es cierto, por lo demás, que la fe sobrenatural no nos provee de ningún sistema social o político particular. En tales materias la fe sobrenatural debe ser complementada por una filosofía práctica sana, por la información histórica y la experiencia social y política. Sin embargo, la fe sobrenatural, si es vivida de verdad —en otras palabras, si los cristianos saben "a qué espíritu pertenecen"—, les proporciona la inspiración básica y las verdades vitales que informan sus sistemas políticos y sociales y salvaguardan la dignidad humana contra toda clase de opresión totalitaria.

Permítaseme añadir que considerar la fe religiosa de un poeta como T. S. Eliot como "el objeto de una deliberada voluntad de creer, gozosa de un difícil triunfo sobre los escrúpulos de la inteligencia", es tal vez el único modo en que un incrédulo puede explicarse a sí mismo tan extraño fenómeno, pero en sí mismo ello no prueba ni explica nada. Ni explica más el pretender que los neotomistas miran como "desorden" "el espíritu de investigación e innovación" —no aludo al escepticismo— y "el avance de la libertad de pensamiento y de conducta", si esta libertad se inspira en el amor a lo verdadero y a lo bueno.

Me complazco en terminar diciendo que me he sentido particularmente feliz de encontrarme esta vez de acuerdo, siquiera limitado, con Sidney Hook, salvo en cuanto a los puntos a que me he referido, que no son de poca monta. Tal consenso de las conclusiones prácticas entre filósofos, cuyas concepciones teóricas fundamentales divergen considerablemente, ofrece un ejemplo de la cooperación pluralista de que hablaba.



André Breton.

LUZ *negra*

De "L'Arche" N.º 7

¡Perdón por regatearte mi ofrenda, divinidad insaciable de la guerra! Sé todo lo que hoy día se te obsequia y que ni siquiera necesitas inclinarte para cogerlo. ¿Y si, no obstante, me atreviera a hablar de lo que se te rehusa? Ahí estás, una vez más, fosca, inmunda, reduciendo a la nada tus propios instrumentos que se renuevan y vuelven sin cesar, cada vez más numerosos y perfeccionados. Te aprovechas para hacer decir que, habiendo existido siempre, siempre existirás, y concedo que nada te es tan favorable como esta filosofía del "eterno retorno", cuya última palabra no podría ser otra que la de "¡no vale la pena!" Sin embargo, no me impresionas por tu presencia ni por tu virulencia, ni siquiera hasta el punto de hacerme dudar de que el secreto de tu supresión definitiva esté al alcance del hombre, que ha sabido conjurar la peste o la rabia. Por el momento las circunstancias disponen que no se nos permita más que soñar con ese ideal: el mal es demasiado grande, nos asedia desde demasiado cerca y no podemos menos que hacerle frente ya que toda esperanza de cura preventiva se ha disipado.

Volverá un tiempo en que, habiendo quedado otra vez la guerra a espaldas del hombre, éste deberá convencerse a cualquier precio de que aquélla no debe por necesidad forzosa erguirse nuevamente en su presencia. Entonces no se acertará a reprimir con bastante energía las amenazas del fatalismo y del escepticismo, valga decir, del cinismo. Y todavía habrá sido necesario arrebatar, a los que se escudan con tales actitudes, el provecho monetario, u otros, que obtienen de las mismas, sin lo cual no se llegaría, entiéndase bien, a nada positivo. Tarea histórica digna de los mejores, pero también cuya iniciativa y modalidades dependen de las condiciones de evolución ulterior de la guerra actual y no pueden más que ser conjeturadas.

Sin anticipación alguna de este plan, podemos decir que la guerra, en

cuanto fenómeno del que somos testigos, se presta a observaciones diversas que con el tiempo pueden llegar a ser de gran interés. Si ella tiende a hacerse pasar por forma suprema de solución que exigen ciertos conflictos entre los pueblos, es innegable que abarca un conjunto muy complejo de impulsos individuales más o menos análogos que buscan en ella su consumación. Siempre que ha pretendido darle su merecido a la guerra, la conciencia humana se ha encontrado en dificultades para hacerlo.

Para concluir con ella no basta anular su razón de ser. Aun tomando a la humanidad entera como un todo orgánico, ¿quién sostendría que puede esperarse de la generalización de una "sangría" arcaica un alivio de sus males? ¿Y quién no siente cómo la guerra deforma la noción misma del derecho — que no es sino demasiado fácil subjetivar y exaltar contradictoriamente en cada bando—, toda vez que, amenazado por la fuerza bruta, aquél debe a su turno acudir a la fuerza bruta y, en consecuencia, eclipsarse parcialmente en su presencia? A priori, estas consideraciones le quitan por sí solas a la idea de la guerra toda complacencia para el espíritu. Para haberse perpetuado hasta nosotros, si no con la aprobación, a lo menos con la resignación del hombre, es preciso que ella oculte semejantes obscuros recursos de seducción.

No podrá abordarse seriamente el problema de la supresión de la guerra mientras no nos tomemos la molestia de considerarla, no en sus finalidades más o menos manifiestas, sino en los medios que pone por obra; no en su razón de ser inconcebible, sino en su *estructura.*

No oculto que eso expone a reflexiones amargas, pero creo que se puede afrontar el peso de las mismas si nos procuran una mayor clarividencia; y mucho más todavía si nos persuadimos de que el remedio no puede surgir sino de una apreciación menos superficial del mal.

Habrá que comenzar por quitar a la guerra sus títulos de nobleza. Y que se me entienda bien en este punto: se ha desplegado mucha grandeza en el cuadro abominable de la guerra. Cuando esta grandeza es *verdadera,* no hace sino proporcionar la medida de ciertos hombres, hablando en lenguaje teatral. En tiempos menos inclementes, su derroche de generosidad podría ser legítimo y menos vano. El heroísmo militar presenta por lo menos el reverso de que, en el curso de la batalla, es preciso concederlo también al adversario, lo que lleva a estimar diversos sectores, y los más activos, indudablemente los más responsables, de un *todo* que se hace profesión de aborrecer. (1).

(1) Desconfiemos de las simplificaciones exageradas de que se beneficia la guerra y que pueden crear los más graves contratiempos para cuando ella termina. De nada sirve, por ejemplo. el disimularse que una comunidad de esperanzas e intereses no basta ni con mucho en el plano psicológico y moral, para unificar plenamente el espíritu del frente y de la retaguardia; en términos más generales, el de las zonas puestas a prueba y el de las zonas intactas. Entre ellas se extiende, a pesar de todo, la fosa que separa la percepción más aguda, la más dramáticamente absorbente, de la representación mental que, aun con la ayuda de los reportajes fotográficos y otros, sigue siendo más o menos débil y deja un enorme margen a la indiferencia y la distracción. Es preferible ver esta fosa si queremos evitar que se ahonde, todavía más, con segundas intenciones. Después de 1918 se tuvo a veces la sorpresa de asistir a comienzos de efusiones entre antiguos soldados enemigos, reconciliados, a falta de otro motivo mejor, por un cierto desprecio de los demás hombres y por la nostalgia de los días en que se despedazaban.

Las divergencias de ideal que excitan a una nación contra otra, a un grupo de naciones contra otro, si son bastante poderosas para provocar o hacer llevadero el sacrificio de millones de seres, no por motivar teóricamente las guerras dejan de pertenecer a la *superestructura*. Más acá funciona un sistema que pone en juego no sólo el "yo" y el "ello", como lo ha querido Freud, sino también, en los límites de las razas, de los Estados, de los regímenes, de las castas, de las creencias, un "nosotros" (¿orgánico o puramente convencional?) que se comporta como el híbrido de los otros dos. Este *nosotros* restrictivo, erizado con todas las espinas del "superyo" (o *ideal del yo*), complica y desnaturaliza a tal punto la vida, que es preciso emprenderlo todo para disolverlo en el *todos*, con el hombre como único término incondicional de convergencia.

Uno de los aspectos más nuevos de esta guerra es que en ella se expresa al descubierto, en el bando opuesto al nuestro, el gusto de la guerra por la guerra misma. El fascismo no ha temido convertirla en la suprema higiene mental. Eso fué, por allá por 1910, un descubrimiento del futurismo italiano, aparentemente producto del más grosero afán de publicidad, pero que no por ello debía dejar de proporcionar una base ideológica a los teorizantes del nacionalismo, cuyo prototipo sigue siendo Ernst Jünger: "En las discordias y en la guerra en que el hombre rompe todas las convenciones y todos los tratados, que no son sino los harapos remendados de un mendigo, la animalidad sube desde el fondo del alma, cual monstruo misterioso... La voluptuosidad de la sangre se cierne por encima de la guerra cual un velo rojo sobre una obscura galera"... (1) Mística atroz que, sin embargo, debemos analizar, si es verdad que luchamos en la actualidad para librar de ella al mundo. ¿Podría ser tan lírica la forma en Jünger, aun al servicio de un concepto erróneo, criminal por añadidura, si no captara uno de los grandes momentos de la desesperación humana? Es el *error*, el gusano vencedor, el que tenemos que descubrir en el centro del hermoso fruto.

¿Es verdad, o, más bien dicho, será evidente mañana que este error es específica, exclusivamente alemán? Convengo en que se puede ver en él la supervivencia de mitos tales como el de los Jóvenes Bestias de la antigua Germania. Pero, sin embargo... La tarde en que debía producirse la declaración de guerra en Francia yo observaba los movimientos de abajo desde una ventana que daba al patio interior del Fuerte de Nogent.

La radio acababa de anunciar que las hostilidades comenzarían a las cinco. Imposible reconocer al través de los grupos la emoción que uno imaginaría pudiera suscitar una noticia semejante. Descartada, para decir la verdad, toda reacción sensible que estuviera a la altura del acontecimiento. Al principio no había sido más que una onda de alegría que tomaba cuerpo a medida que pasaban los instantes. El rumor creciente, la exuberancia de las contorsiones evocaban un recreo de escolares. En las esquinas, los más antiguos entre los recién llegados, los que se habían puesto el uniforme la víspera, se entregaban a su fiebre bélica, a la que se abrían perspectivas de satisfacción interminable. Ante

(1) Ernst Jünger: "La Guerra, Nuestra Madre".

el espectáculo de una inconsecuencia tan completa, el médico con el cual yo estaba allí, hombre bastante duro, sin embargo, se echó a llorar. Pero no basta deplorar la euforia de los otros, abismante a primera vista; es preciso, además, descubrir sus causas, y, por mi parte, no vacilo en encontrarlas en la vulgaridad y las restricciones de la vida social en tiempos de paz. Para la mayoría, esta vida se ve limitada más o menos inconscientemente por la necesidad de un trabajo que ellos no han elegido, por las molestias de una tutela rutinaria o los cuidados de un hogar sin gran fuego en el corazón, que les quitan la libre disposición de sí mismos; pero con mucho mayor frecuencia, por el *aburrimiento* de tener que realizar hoy más o menos las mismas cosas realizadas ayer. El enorme partido práctico que saca la guerra de esta forma tan corriente de insatisfacción da a pensar que, para prevenir nuevas guerras, será preciso atender primero, y en forma radical y universal, a todo aquello que engendra tal insatisfacción.

No es cuestión de formular aquí los medios de lograr que muchos dejen de encontrar en la guerra la compensación a cuanto encierra de monótono y abrumador su existencia individual. Y, por lo demás, la divulgación de estos medios podría ser reputada prematura. Sin embargo, se nos permitirá decir que desde ahora deberían trazarse planes en este sentido, con la seria resolución de cumplirlos llegada la oportunidad. La primera cualidad de los mismos debería ser una extrema audacia.

Y, antes que nada, una terrible necesidad de infancia persistente exige ser satisfecha en el hombre. Recordad este episodio tan patético del film "Victoria en el Desierto". Durante una hora se ha estado contemplando lo que ha sido el infierno de Libia. Ahora prisioneros italianos, aniquilados por la fatiga, física y moralmente destrozados, desfilan en columna interminable. Pero uno de ellos acaba de sorprender la cámara filmadora y todos los que lo rodean se vuelven. *¡Se los va a ver en la pantalla!* ¿Quiénes? ¿Amigos o enemigos? Ni siquiera se lo preguntan, y *sonríen*. En otra parte, indudablemente, otros prisioneros colocados en situación análoga han sonreído también.

Ahí se capta a lo vivo el mecanismo de compensación que, en el colmo del sufrimiento, puede hacer buscar el placer más inocente, más vano. Estamos en el camino de esas reacciones afectivas paradojales, descritas en la demencia precoz. Lo patológico a un lado, y naturalmente sin perjuicio de los actos brillantes, que abundan en las guerras para sobrecogernos, la miseria moral de esta época es infinita.

Es preciso conferirle a la vida humana un valor nuevo, una pasión nueva; si es preciso, desde el ángulo de eso que, muy verosímilmente para cada cual, no se otorga más que una vez. Tal vez será necesario, en consecuencia, dejarle una amplitud muy diferente. ¡Ojalá que los narradores árabes de cuentos al aire libre, que disfrutan actualmente de un público desacostumbrado, puedan crearse en un futuro próximo émulos en nuestras plazas de América y Europa! ¡Y que la imaginación, tan vergonzosamente canalizada, siga por todas partes su vuelo! ¡Ojalá que se inventen fiestas, en que todos tomen parte activa, de naturaleza tal que agoten periódicamente toda la potencia fosfórica contenida

en el hombre! En nuestra juventud la espontaneidad todavía se daba libre curso en París en ciertas noches del 14 de julio o ciertas mañanas del 1.° de mayo, en que, a pesar de la vigilancia creciente de los cerradores de ventanas, pasaba por intermitencias el soplo de la libertad.

Cualquier reajuste económico del mundo, por muy primordial que sea a nuestros ojos, se verá tarde o temprano tocado de esterilidad si no es tomado en cuenta este apetito de curiosidad, de fausto y sobre todo de mayores oportunidades personales cuyo riesgo corre en la propia existencia. Un amigo pintor me escribe desde México que no ha podido resistir a la tentación de ir a ver un volcán surgido la semana anterior en los alrededores de Uruapán. El nacimiento de dicho volcán se anunció por unos trescientos temblores. Arroja desde un cráter que ahora tiene ciento cincuenta metros de altura, bloques de roca del tamaño de una casa, envueltos en llamaradas soberbias. "Hay —añade mi amigo— una explosión cada siete segundos más o menos, con el acompañamiento de un temblor". Pero lo que trae de más interesante su comunicación es que él se ha sentido impresionado por la satisfacción, con fondo de orgullo, de los que encontraba en su camino. ¡Un nuevo volcán, y tan bien dotado, en las vecindades de su propia casa! Es verdad que los labriegos indígenas de esta aldea de Ajuno y de las otras se han visto enteramente defraudados. ¿Qué no será preciso devolverles, y darles por añadidura, para que se alejen sin pesar de su volcán?

Por ahora no querría sino invitar a una meditación sobre esta fase la más descuidada del problema de la infraestructura. Sigo fiel, por mi parte, al convencimiento de que la acción, aun bajo la forma rigurosa e indiscutida que hoy toma para los que luchan en nombre de la libertad, no tendrá valor sino en tanto que la interpretación del mundo no sea simultáneamente cohibida; es decir, en tanto que se seguirá buscando, sin ilusiones absurdas, con qué habrá que llenar esa libertad.

Todo lo demás es obscurantismo y, quiérase o no, pro fascismo (1). Frente a las soluciones que a todos se nos piden, la rutina, enteramente cubierta de terciopelo, es más amenazadora: oculta y engendra más blandura y más muerte que la utopía aparente. Ante la carencia total de ideas estereotipadas, habría ventaja en que se le dejara a esta última toda la licencia posible para expresarse, públicamente o no. Una mujer joven y bella, perdida en uno de esos ensueños de tipo profético que me son caros, me decía el otro día: "¿Lo ves? En estos momentos no se puede decir nada de duro. Todo lo que tenemos derecho a escribir, y todavía de tiempo en tiempo, es un poema. Hoy día tenemos que ser niños nublados. ¿Comprendes?, no niños sobre las nubes, sino niños con jirones de nubes, sí: "niños nublados".

---

(1) Es aun ésa la sola defensa eficaz que cabe intentar oponer a este peligro suplementario, y tal vez el más grave de todos: llevados por necesidad y de mala gana a realizar día tras día una serie de actos exactamente iguales a los del enemigo, ¿cómo evitaremos el tender con él hacia un límite común? Tengamos cuidado: por el mismo hecho de vernos obligados a adoptar sus procedimientos, corremos el peligro de contaminarnos con esto mismo que creemos un triunfo para nosotros.

Harold J. Laski

Laborismo SOCIALISTA

El Partido Laborista británico se halla construído sobre la fe en el socialismo democrático. En consecuencia, procura transformar a Gran Bretaña en una comunidad socialista por medios constitucionales. Con ese fin, desde su fundación en 1900, y más especialmente desde su reorganización en 1918, ha procurado obtener la mayoría del electorado para formar un gobierno que pueda utilizar la maquinaria de la Constitución británica en la transformación económica y social que el socialismo requiere.

Cree, por lo tanto, que en todas las circunstancias normales el poder ha de basarse en el consentimiento popular. Salvo allí donde una comunidad nacional es gobernada, cual la Alemania de Hitler, por una tiranía bárbara e implacable, o cual la Rusia zarista, por una dictadura corrompida e incapaz, el Partido Laborista británico ha insistido siempre en que la discusión racional de los ciudadanos libres debe conducir a la elección de representantes que realicen la voluntad del pueblo. Cree en la libertad de palabra y asociación. Cree en el derecho a la oposición constitucional. Acepta, en consecuencia, la teoría clásica de que el Gobierno, mediante los partidos, es un principio vital del régimen representativo, y que, tal como el partido tory puede buscar los votos del electorado, a fin de mantener la propiedad privada de los medios de producción: lo que es el capitalismo; del propio modo, el Partido Laborista tiene derecho a procurarse esos mismos votos con el objeto de realizar, mediante los correspondientes procesos legales, la colectivización de los medios de producción: lo que es el socialismo. Pero siempre ha aceptado sinceramente la idea de que no está capacitado para realizar esos cambios hasta que una mayoría electoral en la Cámara de los Comunes no lo autorice para ello.

* * *

Conviene también el Partido Laborista en que a intervalos, que en Gran Bretaña no deben exceder los cinco años, el Gobierno debe someter su gestión al juicio del pueblo en una elección general, con la obligación de obedecer su veredicto. Eso es lo que Mr. Churchill y sus colegas hicieron el 26 de julio de 1945. Eso es lo que el Partido Laborista ha propuesto hacer en alguna fecha anterior a 1950.

No cree el Partido Laborista que Gran Bretaña pueda convertirse en una comunidad socialista de la noche a la mañana. Por esto, en la reciente elección

solicitó de los electores que suscribieran un programa que lo ha autorizado para nacionalizar el Banco de Inglaterra, las minas de carbón, la energía eléctrica, los medios de transportes interiores y la industria del acero.

Puesto que Gran Bretaña se ve frente a otras enormes tareas —por ejemplo, el deber de ayudar a reconstruir el destrozado andamiaje de la civilización europea, de llevar adelante un gran plan de edificación, grandes reformas en los sistemas de salubridad y educación y los principios fundamentales del informe Beveridge—, el Partido Laborista ha circunscrito su programa de colectivización a un sector de la industria. En una etapa posterior, si el electorado le renueva sus poderes, el Gobierno laborista pasará a nacionalizar otras industrias y a establecer la propiedad pública de la tierra.

Todos sus proyectos serán discutidos en el Parlamento, y deberán ser aceptados por la Cámara de los Comunes. En cada etapa habrá una amplia discusión pública a cuya luz los miembros de la Cámara de los Comunes se formarán su criterio. Esto es, sin duda alguna, una democracia política fundada en la plena aceptación del espíritu de nuestra Constitución.

El Partido Laborista se opone a la confiscación. Se propone pagar los valores del mercado por la propiedad industrial adquirida por el Estado con sus facultades parlamentarias. Se opone a todo intento de tocar los ahorros del hombre de la calle. No busca la nacionalización por razón de sí misma. Su propósito consiste en conferirle a la nación, por intermedio del Parlamento, la propiedad y el control de aquellos factores de la producción que son vitales y en compensar a los propietarios expropiados.

No va a imponer un solo tipo de organización industrial. Cree que la estructura debe amoldarse a la función, y variar según la naturaleza particular de esta última.

Los comunistas, igual que los socialistas, miran al establecimiento de una comunidad en que los medios de producción sean de propiedad pública. Pero parten de la premisa de que cualquier intento de realizarlo democráticamente encontrará la oposición violenta de la clase poseedora, y consiguientemente sólo puede ser logrado mediante una lucha en que ambas partes recurran a la fuerza. Pretenden, por lo tanto, que es de la incumbencia de los comunistas el prepararse para tal conflicto, y estar prontos a tomarse revolucionariamente el poder cuando se presente el instante propicio. El socialismo sólo puede venir después de una fuerte contienda, en la cual la clase poseedora utilizará todos los medios a su disposición para dividir y aplastar a la clase trabajadora y sus aliados. Cuando se aproxime el momento favorable, la clase poseedora tratará de oprimir a sus adversarios, los que deben estar preparados para la defensa subterránea.

* * *

Ya que los partidos comunistas no pueden hacer una revolución a la manera de los dictadores sudamericanos que intentan un "putsch", pueden hacer mucho por educar, agitar y organizar a los trabajadores, de modo que cuando las grandes fuerzas históricas de una época converjan hacia el instante favorable, la opinión de la masa pueda ser rápidamente ganada a la causa de los trabajadores.

El momento favorable es, en opinión de Lenin, aquel en que: 1.°, hace crisis la máquina gubernativa; 2.°, es dudosa la lealtad de las fuerzas armadas y de la opinión pública; 3.°, existe una profunda hostilidad contra el Gobierno entre las masas, evidenciada por huelgas, demostraciones y desprecio de la

ley; y 4.°, es evidente que el Gobierno ha perdido la confianza en sí mismo, y no sabe, a punto fijo, cómo proceder para asegurar el orden.

La revolución de octubre de 1917 constituyó en Rusia un tal momento, que el partido bolchevique (comunista) aprovechó para tomar con éxito el poder. Alemania estaba en parecida situación después del 11 de noviembre de 1918, pero el Partido Comunista no era lo bastante fuerte para repetir la audaz estrategia de Lenin. En consecuencia, aunque en Alemania se cambió una monarquía por una república, los poderes del Estado quedaron en las mismas manos que antes.

La toma del poder por los comunistas en Rusia fué seguida por cinco años de guerra civil. Fueron expropiados los dueños de todas las propiedades grandes. La oposición a la revolución se convirtió en traición. El ejercicio del poder fué confiado a los comunistas y a quienes disfrutaban de la confianza de éstos. Al cabo de un breve intervalo no se permitió tener existencia legal a ningún partido, salvo al Comunista. No había libertad de asociación ni de palabra para los que no simpatizaban con el régimen, y los instrumentos normales de comunicación, tales como la prensa y la radio, fueron entregados al Partido Comunista.

* * *

No es más que justicia expresar que el nuevo Estado ruso surgió de un caos tan espantoso, que no es probable que hubiera sobrevivido a no ser por esa dictadura; y que los largos años de hostilidad organizada contra la Unión Soviética de parte de otros Estados —sólo ahora acaba Suiza de reconocer al Gobierno Soviético— parecen haber justificado aquella dictadura, ya que no es probable que otros métodos hubieran hecho posible la industrialización rápida del país, o bien la transformación de un campesinado rústico y analfabeto en una clase trabajadora eficiente y disciplinada, capacitada para emplear, en el campo y en la fábrica, los descubrimientos más modernos de la ciencia y la tecnología.

Las grandes victorias rusas de esta guerra fueron preparadas por el mariscal Stalin y sus colegas sobre la base de los fundamentos revolucionarios asentados por Lenin. De otra manera no habrían sido ganadas. Esa es la gloria de la realización comunista. Extirpó el zarismo ruso y la propiedad privada. Lo reemplazó por un sistema que no es democrático, en el sentido socialista, pero que hizo posible una revolución industrial inmensa y benéfica, que tuvo la intuición anticipada del hitlerismo y se preparó con indomable coraje para reducirlo a pavesas.

* * *

Dentro de la concepción del Partido Laborista británico, la experiencia rusa no es una fórmula según la cual puedan operar otros pueblos. Un país como Gran Bretaña, acostumbrado por largos años a la democracia política, con una clase trabajadora fuertemente organizada, culta y consciente de sus derechos, llena de fe activa en la libertad, bien puede esperar realizar su revolución mediante el consenso general. He ahí por qué se aferra a su fe en la democracia y, consecuentemente, en los procedimientos constitucionales. He ahí también por qué, durante veinte años, ha excluído de sus filas a los miembros del Partido Comunista, como quiera que está convencido de que, en primer lugar, la verdadera lealtad de éste se orienta hacia las ideas de Moscú y no a las

de Westminster; y, en segundo lugar, de que el comunismo obliga a sus adeptos a trabajar en dos planos diversos de moralidad: uno reservado a las relaciones de los comunistas mismos y el otro a las que mantienen con los ciudadanos que no comparten su fe.

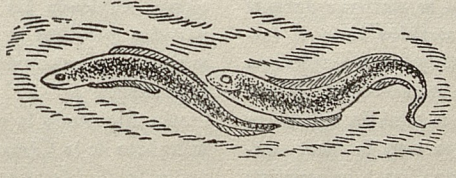
Cree el Partido Laborista que esta intensa lucha entre las clases torna mucho más difícil la tarea del Gobierno democrático y alienta, como ocurrió con Mussolini en Italia y con Hitler en Alemania, una contrarrevolución en la que un grupo de aventureros se apodera del poder con el apoyo de intereses privilegiados que creen que el desarrollo del comunismo es una amenaza de tales privilegios, lo que ellos deben evitar destruyendo el Gobierno democrático. Cree el Partido Laborista que una sabia política de transformación socialista, introducida con el consentimiento de una mayoría y aplicada gradualmente según un plan bien ordenado, puede arrastrar consigo una masa tal de consentimiento popular, que resulte imposible para sus adversarios el pensar siquiera en alguna tentativa de contrarrevolución como una jugada legítima.

La victoria laborista es, a no dudarlo, un experimento difícil en un mundo devastado por la guerra total. El pueblo británico ha adoptado la mira de que es más verosímil que se acepten los grandes experimentos en los períodos en que es inevitable una gran transformación que en los otros en que hombres y mujeres se han asentado en alguna rutina firmemente establecida.

* * *

El método que ha adoptado no perjudica a nadie. Les abre a muchos nuevas y grandes oportunidades. Sólo puede lograr éxito como método en cuanto mantenga su derecho a la aprobación pública. Si tiene éxito, señalará una época en la historia del mundo, pues habrá realizado un cambio fundamental en la base vital de la existencia civilizada, sin recurrir a la violencia.

Todos los que aceptan las Cuatro Libertades deben, en consecuencia, mirarlo con simpatía, y no podrán hacerle a la humanidad un servicio mayor que el de contribuir en cuanto esté de su parte para secundar aquel gran propósito.



Luigi Sturzo

TENDENCIAS *Ideológicas y Filosóficas en* ITALIA

EL PROFESOR H. Kantorowicz, antes de exilarse en Inglaterra, enseñó durante tres años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Florencia. Kantorowicz me dijo que nunca se había encontrado con un estudiante abiertamente fascista, mientras que muchos eran neutrales, escépticos o contrarios al régimen fascista. Este testimonio de un observador culto e inteligente confirmó mi propia información personal. Con esto no quiero decir que muchos jóvenes pertenecientes a las clases medias no se sintieran durante sus épocas de bachillerato atraídos hacia el fascismo y hasta llegaran a participar con entusiasmo en las actividades de las organizaciones de juventudes fascistas. Algunos eran también miembros del partido. Muchos de ellos eran fascistas convencidos en el sentido nacionalista e imperialista de la palabra. Pero era un hecho bien conocido que a medida que estos jóvenes avanzaban en sus estudios, disminuían su entusiasmo y su fe en el fascismo. En este período pasaban a un estado de silencio crítico que les conducía a un escepticismo, debido a su inmadurez intelectual, o a una reacción negativa e incoherente, que rayaba con el anarquismo. Por otro lado, en un régimen totalitario cualquier reacción contra el fascismo conduce a una huída de la política hacia un idealismo superior. Este idealismo encontró calor en la filosofía idealista de Croce o en las especulaciones tomísticas de los grupos católicos.

Sólo una minoría de estudiantes e intelectuales se lanzó a una política activa de resistencia al fascismo, siguiendo las líneas tradicionales de los partidos políticos y grupos social-políticos. El movimiento subterráneo data de hace 25 años, comenzando en 1925, al nacer la dictadura totalitaria. Siguiendo la oposición presentada por los miembros de la Cámara de Diputados después del asesinato de Matteotti, se formó el movimiento clandestino, al principio en forma incierta, poco coordinada y sin ningún objetivo común. Como es natural, la generación joven constituía un elemento muy importante en este movimiento. La última fase de la clandestinidad italiana comenzó

a principios de 1942, cuando se unieron cierto número de partidos que más tarde habían de formar los Comités de Liberación Nacional: el Comunista, el Socialista, el Demócrata-Cristiano, el de Acción, el Liberal y la Democracia de Partidos Obreros. Estos partidos se apoyaban en ideologías políticas ligadas con tradiciones filosóficas y sociales que remontan al período del Resorgimento Italiano.

* * *

Quienes se oponen a las tradiciones multipartidistas de Europa no se dan cuenta de que en Italia, Francia y Alemania los partidos no son sólo portavoces de intereses económicos y de clase a incorporar en el Estado, sino que tienen también principios y objetivos ideológicos y extrapolíticos. Al principio Europa conoció el sistema de los dos partidos, ambos formados por la burguesía: la derecha conservadora y la izquierda liberal. Pero inmediatamente surgieron nuevos factores que dividieron a la burguesía en grupos monárquicos y antimonárquicos, clericales y anticlericales democráticos y antidemocráticos. Poco después las masas trabajadoras, con sufragio universal o sin él, se libertaron del tutelaje político de la burguesía capitalista y desarrollaron movimientos políticos propios, como socialistas, demócratas-cristianos o comunistas, a menudo con una organización de partido y varias ramificaciones.

En Italia, la tradición principal de la burguesía es liberal, monárquica y secular: secular en el sentido de ser opuesta al poder temporal de los papas y a la influencia política de la Iglesia. También hay entre los grupos más avanzados un laicismo más agresivo, de derivaciones anticatólicas y masónicas. Los republicanos mantienen viva la tradición mazziniana, aunque han abandonado la primera parte del slogan mazziniano *Dios y Pueblo*. La democracia de los liberales italianos está concebida como el desarrollo natural del liberalismo, siguiendo el método de libertad y Parlamento en cuanto a la realización de la voluntad popular y la ejecución de reformas. Las premisas teóricas del liberalismo italiano han cambiado en un siglo, pasando del racionalismo al positivismo, del que Mosca fué el intérprete político, y al idealismo hegeliano de los dos grandes antagonistas, Croce y Gentile, y del historiador más reputado, el profesor Guido de Ruggiero. La base común de estas corrientes filosóficas ha sido un naturalismo absoluto, y esto a pesar de que muchos liberales eran religiosos y católicos en sus convicciones, si no en la práctica. Su formación intelectual estaba basada en las mencionadas corrientes filosóficas, que a menudo, en la enseñanza y en la política, se fundían en un eclecticismo crítico o degeneraban en un agnosticismo decadente.

Los radicales y los demócratas, en el fondo antiliberales, habían pertenecido en el pasado a la escuela positivista: su filósofo fué Ardigó; su sociólogo, Pareto; su criminólogo, Lombroso; y su pedagogo, Credaro. En cuanto a los socialistas, sus inspiradores fueron primeramente Marx y más tarde Sorel, mientras que los comunistas, últimos en llegar a la escena política, se basaban en Marx a través de Lenin. En esencia, la base teórica de ambos movimientos (y no hablo de partidos) es la concepción materialista de la historia y la inevitabilidad de la lucha de clases que conduce en último término a la dictadura del proletariado.

Los cristianos-demócratas tienen como precursores intelectuales a dos franceses de principios del siglo XIX, Lacordaire y Ozanam, y a un siciliano, Gioacchino Ventura. Pero el movimiento no llegó a desarrollarse plenamente hasta fines de siglo, con León XIII, y su líder moral en Italia fué el ecónomo y sociólogo Giuseppe Toniolo. La Democracia-Cristiana tiene su propio concepto político que no debe ser confundido con el Catolicismo, que es una religión, ni tampoco se limita a una mera defensa de los valores religiosos. Su concepto filosófico subraya los valores de la personalidad humana, el organicismo de la sociedad, tanto nacional como internacional, la igualdad de derechos políticos y jurídicos sin discriminación de raza, fe o clase social, y la solidaridad humana y cristiana entre los hombres como individuos o grupos organizados. El punto de vista cristiano responde a la necesidad de una moral en la política que histórica y filosóficamente, para una civilización de pueblos cristianos, no puede ser más que cristiana.

* * *

Estas corrientes han influído en la formación de los partidos políticos. El lazo histórico e ideológico con los partidos prefascistas no se ha roto. En realidad, todos los partidos de la actualidad vuelven a la política, puntos de vista y hombres del pasado, aun cuando actualmente no se

acepte todo el pasado, como en el caso de los liberales. Bajo este aspecto el fascismo no es más que un incidente que ya pasó. Desgraciadamente, no desaparecerán todos los efectos de la aventura fascista más que después de mucho tiempo y después que se lleve a cabo una larga y dolorosa lucha contra su veneno.

Por esta razón no son satisfactorias todas las orientaciones del pasado y tenemos que buscar otras nuevas con las que podamos dirigir a nuestra juventud. El nacionalismo, como sentimiento genérico de amor para con una patria oprimida, humillada y arruinada, una patria que ha de ser reconstruída totalmente, tal nacionalismo no puede ser suprimido ni desvalorizado. El nacionalismo, en este sentido, surgió de nuevo el día en que Italia se rindió incondicionalmente y firmó el armisticio secreto. La cuestión colonial tiene su influencia en este problema, aun cuando las colonias italianas prefascistas fueran de poca importancia. Pero la pérdida de las colonias impuesta desde el exterior será causa de resentimiento popular. Otra fuente aun más importante de resentimiento nacionalista sería la pérdida de Trieste y otras partes italianas de Istria. Sin duda el pueblo italiano está preparado para recibir cualquier golpe, pero no se puede negar que el desarrollo educativo de la nueva generación ha de estar muy influenciado por el trato que reciba Italia de manos de aquellos países que pidieron que los puertos de Italia fueran abiertos, pues venían como liberadores y no como conquistadores.

En esencia, uno de los elementos necesarios para el renacimiento espiritual de los pueblos civilizados es la reciprocidad de ideales, la solidaridad de intereses y la completa pacificación moral. Si esto es verdad en el caso de Francia, Bélgica, Holanda y otros países aliados, es aún más verdad hoy en el caso de Italia y, mañana, en el caso de Alemania.

El que escribe estas líneas ha sido y es contrario al nacionalismo concebido como teoría egoísta que coloca a la nación de uno por encima de las otras, que está con su país con razón o sin ella, que considera a la nación superior al individuo o a los grupos, el nuevo ídolo por el que hay que sacrificar todo. Pero quisiera señalar que el nacionalismo, así como el patriotismo, en su significado humano se encuentra a la base de la defensa de los derechos de todo país civilizado. Por esta razón, su valor educacional e ideológico, contenido en el cuadro de la ley moral y de la solidaridad internacional, no puede ser ignorado, especialmente en los países que salen de esta guerra destrozados y debilitados.

* * *

Es creencia muy general que las ideologías y filosofías capaces de atraer al hombre y que le dividen en todos los países en una gran variedad de partidos y movimientos son muchas. Pero, en realidad, encontramos enfrentadas sólo dos filosofías: la monística y la dualística; y sólo dos métodos pedagógicos: el positivista y el espiritual; dos sistemas políticos: el absolutista o totalitario y el democrático; dos métodos: el de la libertad y el autoritario. Todas las combinaciones —entre estos polos— son hechos históricos con los que se cubren la filosofía, la pedagogía, la política y la sociología a medida que los hombres concretizan sus ideas en el contraste de la ideología y los intereses. La esencia nunca cambia.

Hoy, después de una guerra tan destructiva, todos los pueblos, en su lucha por una vida nueva, no pueden renunciar a una ideología en la que basar su triste realidad. Es inútil decir: "trata de seguir viviendo", "tenemos tiempo de sobra para pensar" o "los generales y los aliados se encargarán de todo". Todo hombre quiere razonar sobre el origen de su desgracia y quiere mirar hacia adelante, hacia el camino que debe seguir, consciente de que un impulso le mueve en su lucha por la existencia. Así repetirá las formas del pasado, dándoles nuevos nombres y colores, o se imaginará que ha encontrado nuevas formas de vida social, esperando desarrollar nuevas realidades políticas que corregirán un pasado destinado a desaparecer.

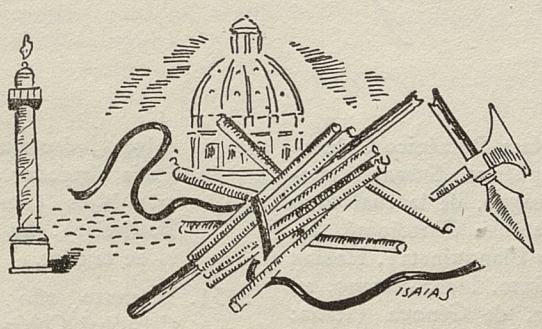
Hoy, la atracción ideológica más fuerte de Europa proviene del comunismo, no porque los europeos crean en un paraíso comunista, sino como reacción contra el tipo de capitalismo que creen se encuentra a la raíz del desastre actual, y también como resultado de la simpatía hacia Rusia, cuyas hazañas y valor militar dan un matiz romántico al más prosaico de todos los sistemas sociales. Desgraciadamente, el comunismo es monístico y trata de suprimir todas las dualidades naturales: la del individuo y la sociedad; la de libertad y autoridad; la del trabajo y el capital; la del espíritu y la materia; la de la religión, o Iglesia, y el Estado. El monismo no es una característica exclusiva del comunismo, sino que

pertenece también a ese tipo de capitalismo considerado como una degeneración del uso del capital, basado en la preponderancia de los intereses materiales de una clase, que mediante la explotación de las formas democráticas de la sociedad alcanza un monopolio casi completo del poder político y económico. Es cierto que en un régimen capitalista todavía existe cierto margen tolerable de libertad, de manera que el dinamismo social puede aún desarrollarse. Pero, en realidad, la tendencia monopolista mencionada puede llegar a comprimir este margen de modo que el dinamismo social se haga ineficaz.

Todos los esfuerzos modernos tienden hacia la conciliación entre la eficacia monística (comunismo y capitalismo) y las libertades fundamentales de la personalidad humana (las Cuatro Libertades). El nazismo y el fascismo pretendían ser sistemas eficaces basados en la extrema concepción monística, llamada totalitarismo. Pero la eficacia, sin limitaciones morales y al margen del armazón de la libertad y solidaridad humanas, no conduce más que a la agresión, la dictadura y la guerra.

La peculiaridad de las posiciones ideológicas actuales es la que mientras todas las filosofías modernas favorecen la concepción monística contra la dualista, en la realidad social el monismo se revela como antihumano y tiende a conferir todo el poder a aquellos que, bien sean fascistas, nazis, comunistas o capitalistas, quieren hacerse dueños del Estado. Por el contrario, en los países donde las gentes son todavía libres, donde la democracia funciona, donde el dualismo de las fuerzas sociales se expresa no sólo en el plano de los intereses, sino también en los de la moralidad, de la justicia, de la solidaridad humana, a pesar de ciertas faltas, desde el punto de vista de la eficacia material se goza de las ventajas de una vida individual y colectiva digna de hombres libres, y se pueden adquirir todos los valores humanos que conducirán a la gran realización de una verdadera civilización cristiana.

Este es el camino marcado hoy no sólo para Italia y Europa, sino para todos los países que, surgiendo de este largo período de oscuridad, tienen que revisar sus orientaciones prácticas e ideológicas de forma que puedan reanudar el curso normal de sus vidas en una atmósfera de verdadera paz y libertad.



La Marcha del TIEMPO

Cronología Colombina

1429. Febrero 21: Nace Doménico Colombo, casado después con Susana Fontanarossa de Bisagno, de la cual tuvo 5 hijos (Cristóbal, Bartolomé, Jacobo, Diego y Blanquineta). Habían vivido en Quinto, lugar cercano, en dirección Este, de Génova (Italia; puerto en el Mar Ligúrico). Fueron tejedores-porteros (Torre del Cabo del Faro). Después se irán a la ciudad de Savona, y volverán a Génova, con igual mala suerte.

1444. Muere Giovanni Colombo, abuelo de Cristóbal Colón, de quien se supone perteneciera a una familia de origen judeo-mallorquín, emigrada a Italia alrededor del año 1390. Dejó tres hijos (Antonio, Doménico y Battistina). Su oficio conocido fué el de tejedor.

1451. Presunto año del nacimiento de Cristóbal Colón en Génova. El primitivo Christóforo Colombo, de Génova, va transformando sucesivamente su apellido al par que va dejando sus patrias provisionales. Así será Colombo, Colomo, Colom, Colón.

1461. Probable año del nacimiento de su hermano Bartolomé, compañero de aventuras.

1474. Junio 25: El sabio Toscanelli, florentino, manda al canónigo portugués Fernao Martins su famoso Mapa para llegar al "País de las Especias".

1476. Agosto 13: Entra Colón al Portugal, donde habrá de encontrarse con su hermano Bartolomé en medio de astrolabios, brújulas, relojes de arena y cartografías. Ya había estado en el Mediterráneo oriental (Quíos), y a los mares del Norte partirá desde allí.

1479. Colón conoce el Mapa de Toscanelli, por una copia, conjuntamente con una carta en la que, en lo fundamental, se afirma: 1. La Tierra es redonda; 2. El continente conocido, desde Lisboa a la costa índica (por tierra, en dirección al Oriente), cuenta 230 grados de la circunferencia de la Tierra; 3. Por consiguiente, quedan sólo 130° de mar para ir a las Indias navegando rumbo a Poniente; 4. La Longitud del grado terrestre es de 62.5 millas, con lo cual la distancia de costa a costa por el Atlántico es de 8,125 millas; 5. De Cabo Verde a la costa del Asia la distancia viene a ser un tercio de la esfera, o sea 116° y 6'. En el camino están Antilia y Cipango, separadas por 50°. Todos estos papeles quedaron sepultados en los archivos reales portugueses. Otra fuente favorita suya será el "Ymago Mundi", del Cardenal d'Ailly.
Tiene lugar, probablemente en Lisboa, el matrimonio de Colón con Filipa Moniz de Perestrello, hija del famoso Almirante Perestrello.

1480. Nace en esa ciudad su hijo don Diego, el futuro heredero del título de Almirante Mayor, etc.

1484. Desanimado, marcha a Castilla. Llega al Monasterio franciscano de La Rábida, a media legua del puerto de Palos, donde es atendido por Fray Juan Pérez y por el médico García Fernández. Allí escucha con avidez los relatos del piloto castellano Pedro de Velasco.
Recurre a los duques de Medina Sidonia, y luego a los de Medinaceli, graduando habilidosamente su aproximación a la Corte.

1486. Ve por primera vez, en Córdoba, a los Reyes Católicos.
Mayo: Se nombra una comisión presidida por el confesor de la Reina, Fray Hernando de Talavera, la cual trabaja en Salamanca. Su labor consiste en examinar las proposiciones del gran navegante.

1487. Agosto 18: Cae Málaga en poder de los cristianos. Para que llegue a la ciudad se dan à Colón diez mil maravedíes. Es acompañado por Fray Diego de Deza, su amigo.

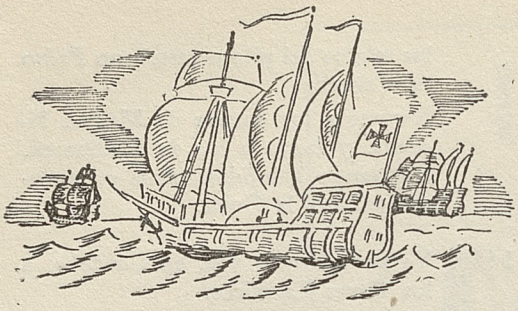
1488. Epoca de pobreza, en Córdoba.
Agosto 15: Nace su hijo Fernando (uno de sus futuros biógrafos), habido en una cordobesa: Beatriz Enríquez, con la cual no se casó.

1489. Es ayudado en la Corte por Gabriel Sánchez, Luis de Santángel y Juan Cabrero, altos funcionarios. Santángel será el que ayude después a encontrar parte del dinero. La otra corresponderá a los Pinzón.

1490. Sus esfuerzos en Castilla aparecen estériles. Se va a la Rábida, encontrando allí al astrólogo o "estrellero" Fray Antonio de Marchena. Está cerca de su hijo Diego, y es ayudado por los frailes.

1491. Abril 11: Los Reyes se ponen en camino para Sevilla para comenzar la campaña final contra los moros.

1492. Abril 17: Se concluyen las famosas Capitulaciones de Santa Fe, entre Colón y los Reyes (condiciones: Almirante Mayor del Mar Océano, de las Indias y de Tierra Firme; Virrey de lo descubierto; hereditabilidad de



esos títulos y derecho a un diez por ciento de lo que se ganara).
Abril 30: Se redacta el Acta jurídica correspondiente.

Mayo 23: Convoca a los vecinos de Palos para leerles la carta real en que se les obliga a poner dos carabelas armadas a disposición de Colón.

Junio 20: Va Juan de Peñalosa a insistir y hacer cumplir la orden (por tres carabelas). "Las leyes se acatan, pero no se cumplen".

Agosto 3: Después de recibir la inapreciable ayuda de los hermanos Pinzón, se hace a la mar con tres carabelas: La Santa María, ex Marigalante (233 tons.), La Pinta (140 tons. m/m.) y La Niña (140 tons. m/m.). Sale a las ocho de la mañana de ese día, trasponiendo la barra de Saltes, con cerca de 120 tripulantes.

Agosto 9: Hay que arreglar La Pinta en la Gran Canaria.

Septiembre 2: Se reúnen en La Gomera. Hacen provisiones.

Septiembre 6: Ponen definitivamente proa a Occidente.

Septiembre 17: Se comprueba la desviación de la aguja magnética, hecho que desconcierta a los marinos. Usan de las estrellas.

Octubre 7: Se orientan, de acuerdo con Pinzón, por el vuelo de los pájaros, y tuercen en dirección S. W.

Octubre 11: El Almirante divisa luces que corren por el horizonte, pero espera la mañana siguiente para confirmar su sospecha.

Octubre 12: Rodrigo de Triana anuncia, desde su puesto de vigía, que la tierra estaba a la vista. Llegan a uno de los islotes de las Bahamas, que los naturales llamaban Guanahani, y que Colón bautiza San Salvador (muy verosímilmente la actual isla de Watling).
Octubre 28: Encaminándose hacia el S. descubren la isla de Cuba (Juana), siempre en busca del país del oro. Más hacia el E. descubrirán la de Haití (Hispaniola), dejando allí 39 hombres.
Noviembre 5: Exploradores al centro de Cuba llegan con la novedad del tabaco.
Diciembre 25: Funda Villa de la Navidad, dejando allí a Diego de Arana.

1493. Enero 16: Emprende el regreso, tomando sabiamente la altura de las Azores.
Marzo 4: Llega a vista de la Roca de Cintra, en dirección a Lisboa.
Marzo 15: Recala en la barra de Saltes, en Palos, terminando así el primer viaje.
Marzo 20: Martín Alonso Pinzón muere y es enterrado en La Rábida.
Mayo 3: Bula de Alejandro VI, atribuyendo lo descubierto a los Reyes Católicos.
Mayo 4: Otra Bula divide el mundo por descubrir entre Castilla-Aragón y Portugal, trazando una línea a 100 leguas al W. de las Azores.
Septiembre 25: Parte en su segundo viaje, con 17 navíos y 1,500 hombres.
Noviembre 3: Da con la isla antillana de Dominica, y luego descubre Marigalante, Guadalupe y Puerto Rico (San Juan Bautista). Funda en Cuba, La Isabela, colonia que reemplaza a la destruída Navidad.

1494. Descubre a Jamaica.
Junio 5: Acuerdo de Tordesillas, que fija los límites, ampliando la anterior línea en 270 leguas al W.

1496. Junio 11: Debe volver a España para defenderse y justificar su conducta

ante la Corte, conjuntamente con las actuaciones de Bartolomé y Diego. Es declarado inocente y se autoriza su tercer viaje.

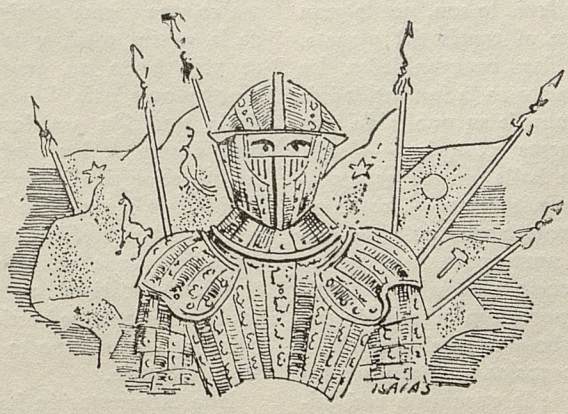
1498. Mayo 30: Parte de San Lúcar de Barrameda la tercera expedición, con seis navíos.
Julio 31: Toca en la isla de Trinidad.
Agosto 1.º: Costa firme de la América del Sur, en la desembocadura del Orinoco. Continúa, siguiendo el golfo de Paria, hasta descubrir la isla Margarita y Cubagua, y dirigiéndose otra vez al N. W., pasa a la Española, donde su hermano Bartolomé había fundado la ciudad de Santo Domingo. Dificultades con el alcalde mayor de la isla, Francisco Roldán.

1500. Agosto: Francisco de Bobadilla llega allí con grandes poderes. Manda a Colón y su hermano a España, cargados de cadenas. Los Reyes devuelven su gracia a Colón.

1502. Mayo 9: Sale de Cádiz, con cuatro pequeños navíos y 150 tripulantes. Esta vez mantuvo el rumbo un poco al N., y arribó a la isla Martinica, dirigiéndose luego a la Española. Esperaba encontrar (siempre con la idea de haber llegado al Asia) un estrecho para pasar al mar Caribe, y al propio mar Indico. Llega a las costas de Honduras, que siguió hacia el E. Corre por la costa de Mosquitos hasta Veragua y el istmo de Panamá. Pasa muchos padecimientos a la vuelta.

1504. Noviembre 7: Desembarca en San Lúcar de Barrameda. Ya no había de navegar más en su vida.
Noviembre 26: Fallece la Reina Católica, en Medina del Campo.

1506. Abril 28: Llegan Juana de Castilla y Felipe el Hermoso a La Coruña. Colón les dirige la última carta que escribiera, alegando sus derechos amenazados.
Mayo 19. Dicta su testamento. Heredero universal, su hijo don Diego.
Mayo 20: Día de la Ascensión del Señor, muere en Valladolid el Almirante Mayor del Mar Océano, don Cristóbal Colón.



Michael T. Florinsky

¿Unión Soviética *Tierra de Oportunidad?*

El autor del presente artículo, Michael T. Florinsky: Profesor de Economía Política de la Universidad de Columbia.

Los Estados Unidos han sido tradicionalmente mirados, y todavía lo son, por la gran mayoría de la gente al través del planeta, como la tierra de las oportunidades. La creencia se basa no tanto en la inmensidad de su territorio, el monto de su población y la riqueza de sus recursos naturales —Rusia, por ejemplo, no se halla menos generosamente dotada por la naturaleza—, como en el carácter de las instituciones políticas, sociales y económicas norteamericanas, las que le han dado libre vuelo a la iniciativa privada, y, hasta hace poco, han mantenido circunscrito a un estrecho margen el control del Gobierno sobre los negocios. Las instituciones libres hicieron posible la expansión casi milagrosa de la industria y la agricultura norteamericanas, la creación de una maquinaria de producción que se ha adaptado por sí misma en una forma admirable a las exigencias de la guerra total, y la elevación del nivel de vida hasta un grado no alcanzado en ningún otro país. Un elemento importante de la tradición americana es la noción de que, dentro de los límites de la razón, un yanqui tiene por lo menos una buena oportunidad de recoger los frutos de su ingenio y de su labor. Refiérese que Napoleón habría dicho que cada soldado francés llevaba el bastón de mariscal en su mochila: de un modo semejante se sostiene que cada trabajador norteamericano es virtualmente un jefe de industria.

Esta interpretación halagadora y esencialmente verdadera, bien que un tanto romántica, se ve discutida desde muchos sectores.

Un grupo pequeño, pero obstinado y gritón, de hombres y mujeres, que van desde los comunistas y los intelectuales descontentos hasta las damas de sociedad y los banqueros arrepentidos o asustados de la Wall Street, está anunciando el fin del capitalismo y de la empresa particular. La caída del liberalismo económico, pretenden algunos críticos, será provocada por la sobreproducción, la inestabilidad de los precios y la desocupación, los acompañamientos familiares de las depresiones periódicas. Se dice que la democracia política, en el significado tradicional del término, constituye una vergüenza, a menos que sea complementada por una "democracia económica": el hombre corriente ha de esperar la recompensa y la seguridad financiera de las generosidades dispensadas por el Estado antes que de su propio esfuerzo. Los Estados Unidos son descritos no como la tierra de las oportunidades de la leyenda, sino como un país duro y cruel regido por los trust, los intereses creados y los políticos venales. Según esta concepción, en una sociedad dominada por los desalmados, grandes negocios y la maquinaria política a ellos sujeta, las oportunidades del hombre común para mejorar su situación económica y social y obtener un sitio debajo del sol son prácticamente nulas.

Lejos de mí el subestimar las fallas del sistema capitalista o el negar la existencia de abusos del poder económico, aun cuando la historia de los países avanzados de Europa y de los Estados Unidos demuestra que la legislación social progresiva no es en manera alguna incompatible con la empresa privada. Tampoco pretendo discutir los méritos comparativos del capitalismo y el socialismo o examinar la cuestión precisa de si la democracia política, tal como la conocemos, es compatible con la regimentación económica. Mi propósito es menos ambicioso. La última justificación de cualquier sociedad humana es su capacidad de proveer al bienestar de sus miembros; un buen porcentaje de su éxito radica en la oportunidad que brinda a cada ciudadano de organizar su vida según su propio gusto, de avanzar hasta una ubicación en la comunidad adecuada a su capacidad y a sus esfuerzos, y de gozar sin temor de los frutos de su trabajo. La Unión Soviética, el único país que hasta ahora haya abolido la empresa privada, proclama que el bienestar del hombre común constituye el primordial objetivo de su política. Los resultados conseguidos son exhibidos por los admiradores de Moscú como ejemplos dignos de ser imitados: la Rusia de Stalin, no los Estados Unidos, es la tierra prometida. Un estudio de la validez de estas afirmaciones es el tema del presente artículo.

La "oportunidad" es un término engañoso, que a las diferentes personas les dice cosas diferentes. Para aquèllos, sin embargo, que dependen de sus ganancias para el sostén propio y de sus familias, o sea, la mayoría de la población en cualquier país, y prácticamente la totalidad en la Unión Soviética, la oportunidad sugiere una seguridad razonable de ocupación adecuada con buenas expectativas de progreso y mayor ganancia; el derecho a elegir libremente la propia ocupación; el acceso a las escuelas, y, al través de ellas, a profesiones más lucrativas e interesantes; la seguridad del empleo; y, lo último, aunque no lo de menor importancia, la posibilidad de partir de nuevo en caso de fracaso del primer trabajo.

DERECHOS ECONOMICOS

La Constitución soviética de 1936, recapitulando principios que habían estado vigentes mucho antes de su publicación, provee lo que puede denominarse una Ley de Derechos Económicos. Con una fraseología que recuerda curiosamente las disposiciones correspondientes del programa de Hitler (1920), y de la Carta del Trabajo de Mussolini (1927), la Constitución proclama que, en la Unión de las Repúblicas Socialistas de los Soviets, el trabajo "es un deber y una cosa que honra" para toda persona físicamente apta. A los ciudadanos soviéticos se les garantizan cuatro "derechos", que encuentran un inmediato apoyo en su régimen económico:

1.— "Derecho al trabajo", asegurado por "la organización socialista de la economía nacional. . ., la eliminación de la posibilidad de crisis económicas y la abolición de la desocupación"; 2) "Derecho al descanso", las oportunidades para el cual son ofrecidas por la jornada de siete horas, "para la enorme

mayoría de los trabajadores", por las vacaciones anuales pagadas y las facilidades de diversión, tales como clubes, hogares de reposo y sanatorios; 3) "Derecho a la seguridad material", en caso de enfermedad, invalidez y vejez; y 4) "Derecho a la educación", o sea, educación primaria obligatoria para todos y acceso gratuito a la instrucción secundaria o superior, así como al aprendizaje mecánico y agrícola para los obreros industriales y los miembros de las granjas colectivas.

Si estas declaraciones son aceptadas en su significado literal y obvio, la Unión Soviética es, a la verdad, la tierra de las oportunidades. Desgraciadamente, las disposiciones de los documentos constitucionales no siempre significan lo que parecen decir. La Constitución soviética, por ejemplo, garantiza la libertad de palabra, de prensa y de reunión. Ninguna persona razonable, sin embargo, sostendría que estas "libertades" han sido jamás practicadas en los reinos de Stalin. Surge la cuestión de hasta dónde los "derechos económicos" garantizados por la Constitución son convertidos en política práctica.

DESOCUPACION

Contrariamente a la idea más generalizada, la supresión de la desocupación en Rusia no fué "planificada", sino que fué una resultante inesperada, y, en cierto sentido, no deseada, del primer Plan Quinquenal. Este disponía un aumento del número de trabajadores industriales de once millones y trescientos mil, de los años 1927-8, a quince millones ochocientos mil, para el año 1932. Revisiones posteriores del plan, sin embargo, y en particular el fracaso de la industria para llenar su gigantesca tarea asignada de aumentar la productividad del trabajo en un 110 por ciento, exigieron un completo reajuste del sector del trabajo. Por el año de 1932 el número de trabajadores industriales subió a 22.800.000, es decir, a una cifra superior en siete millones a la prevista y calculada. De ese modo desapareció la desocupación, y se generó, en realidad, una disminución del trabajo, situación análoga a la que existió en Alemania aproximadamente desde 1936. En consecuencia, el "Derecho al trabajo", en la Unión de las Repúblicas Socialistas de los Soviets, no es una promesa vacía; pero los beneficios otorgados a los trabajadores tuvieron su precio. Una disminución creciente del trabajo, espantosas condiciones de vida en muchos centros industriales y la desigualdad en los salarios, condujeron a un incesante traslado de obreros de una fábrica a otra. La rotativa en el trabajo alcanzó en muchos casos proporciones verdaderamente fantásticas. Los efectos sobre la productividad de aquél, uno de los lados flacos de la economía soviética, fueron, a la verdad, desastrosos y urgieron al Gobierno a desaconsejar la movilidad del trabajo, y, por fin, a suspenderla del todo, aboliendo el derecho a cambiar de ocupación, derecho otorgado taxativamente por el artículo 46 del Código del Trabajo, esa Carta Magna de los trabajadores soviéticos. El seguro contra la desocupación fué suspendido en octubre de 1930, dándose así un significado concreto al dicho de Lenin (desde entonces consagrado en la Constitución): "El que no trabaja no come". Se introdujeron libretas de trabajo que determinaban para cada individuo, entre otras cosas, las razones para cualquier cambio de ocupación. El derecho a los beneficios sociales y a vacaciones pagadas fué subordinado a la larga permanencia en un establecimiento dado. Medidas mucho más drásticas habían de seguir. Un decreto del 26 de junio de 1940 les prohibió a trabajadores y empleados (término aplicado en la Unión Soviética exclusivamente a los trabajadores de cuello blanco), el abandonar su trabajo sin permiso del director de la fábrica. Los violadores de esta norma quedaban sujetos a severas penas. El mismo decreto volvió a introducir la jornada de ocho horas, salvo para las ocupaciones particularmente insalubres o peligrosas. Un decreto del 2 de octubre de 1940 dispuso que entre ochocientos mil y un millón de niños, de catorce a diecisiete años, fueran cada año adiestrados en los oficios y en las máquinas. Después de completar un curso de estudios de una duración de seis meses a dos años, según el tipo de escuela, los titulados son inscritos en la Reserva del Trabajo del Estado y contraen la obligación de servir durante cuatro años en cualquier sitio a que se los destine. La aristocracia del trabajo no escapó a la regi-

mentación. Un decreto del 19 de octubre de 1940 abrogó los contratos de trabajo individuales de ingenieros, técnicos, capataces y obreros especializados, pues el Gobierno ejercía el derecho de asignarles una ocupación en cualquier empresa, por distante que estuviera, sin consideración alguna a sus deseos.

La legislación de 1940 ha sido interpretada como de preparación para la guerra. Se advierte que la mayoría de las naciones beligerantes han estimado necesario reducir la libertad de ocupación en tiempo de guerra. En mi opinión, esta interpretación no es del todo convincente. Las consideraciones militares pudieron haber influído sobre el Gobierno soviético, aun cuando Rusia no fué atacada por Alemania hasta un año después de la "congelación" de los obreros en sus trabajos. Los decretos de 1940 parecen ser el desarrollo lógico de directivas anteriores orientadas contra la movilidad del trabajo e inspiradas en el deseo de aumentar su eficiencia.

Valga lo dicho respecto del "Derecho al trabajo" y a la libertad de elección de ocupación.

SALARIOS

Las oportunidades de mayor ganancia no escasean en la Unión de las Repúblicas Socialistas de los Soviets, pues la estructura de los salarios en la industria como en la agricultura se basa en el trabajo por pieza —aun cuando oficialmente no se pagan salarios a los miembros de las granjas colectivas—. Ningún otro país tiene nada ni aun remotamente parecido al complicado sistema soviético de estipendios, salarios diferenciales y otros recursos calculados para estimular el esfuerzo. Se ha dado gran publicidad a los enormes salarios de los "stajanovistas" y trabajadores "de choque"; los detentadores de records en todos los campos de la actividad, desde las lecheras hasta los danzarines del ballet y los eruditos profesores, son condecorados con medallas, y, como la más alta recompensa, agraciados con el título —algo molesto, se nos ocurre— de "héroe del trabajo". El principio fundamental de la política de salarios inscrito en la Constitución —"a cada uno según su trabajo"— es esencialmente sano, aunque, desde el punto de vista socialista, desoladoramente semejante a la teoría y la práctica del despreciado capitalismo. No es el principio, sin embargo, sino la manera como es aplicado, lo que realmente importa.

El objetivo principal del Gobierno soviético es el incremento de la eficiencia del trabajo, de acuerdo con el dicho de Lenin: "La productividad del trabajo es, en último término, la condición más importante, más esencial para el triunfo del orden nuevo". Los intereses inmediatos de los trabajadores son sacrificados a la obtención de esta finalidad superior. El derecho a un salario standard está subordinado al cumplimiento de determinados rendimientos, y la superación de éstos determina un fuerte aumento en la paga del trabajo efectuado en exceso del normal. A la inversa, el rendimiento inferior al de la norma opera una igualmente fuerte disminución del salario standard. En los últimos años esas normas han sido constantemente alzadas, hasta ser dejadas a nivel con los rendimientos de las plantas más eficientes y mejor equipadas. Esto significa, naturalmente, que la masa de los trabajadores ha encontrado cada vez más difícil ganar el salario standard. En una planta moderna, además, el rendimiento de un obrero depende a menudo de condiciones sobre las cuales él carece de control, tales como el tipo de maquinaria, eficiencia de la administración, abundancia de la materia prima, y otros factores que sería prolijo mencionar aquí. Sería fácil citar, de fuentes oficiales, ejemplos de plantas que han permanecido inactivas durante largos períodos, sin culpa de ellas mismas. Sin embargo, el principio "el que no trabaja no come" es aplicado, por lo general, en una forma rígida.

EDUCACION

La educación gratuita y accesible a todo el mundo es, probablemente, la mayor fuerza niveladora de la sociedad moderna. Ofrece la oportunidad de mejorar la condición económica y social de cada cual, y de habilitar a sus hijos para ser ciudadanos útiles, lo que constituye la legítima ambición de la mayoría de hombres y mujeres. El derecho a la educación gratuita desde la Escuela Primaria hasta la Universidad, garantido por

el Art. 121 de la Constitución soviética, ha sido mirado justamente como una efectiva conquista del régimen. Sin embargo, un decreto del 2 de octubre de 1940 suprimió la instrucción gratuita en los tres últimos años de la etapa secundaria y en todos los colegios y universidades, e introdujo pagas que van desde 150 a 200 rublos en la enseñanza secundaria, y desde 300 a 500 en la enseñanza superior. En el futuro, las becas sólo serán otorgadas a los estudiantes de condiciones sobresalientes. Puesto que el salario medio mensual de los trabajadores industriales en 1938 (no hay disponibles datos posteriores) era de 289 rublos, y el salario mínimo de 110, en tanto que las rentas de la mayoría de los campesinos estaban por debajo de este modesto nivel, el costo de la educación superior se halla fuera del alcance de la mayoría de los ciudadanos soviéticos. Posteriormente se dispuso que los alumnos que no pudieran cancelar sus pensiones el 1.º de noviembre de 1940, serían dados de baja. La razón oficial de esta legislación extraña fué "el nivel superior de renta de los trabajadores" y la pesada carga de los gastos educacionales. Acaso es demasiado pronto para hablar, como algunos lo hacen, de la formación de un rígido sistema de clases en la Unión Soviética, pero no se puede eludir la conclusión de que la educación superior se halla, principalmente, reservada para los hijos de aquéllos, lo bastante afortunados para contarse entre los que perciben mejores remuneraciones, es decir, principalmente los funcionarios del Estado o del Partido.

Incidentalmente, la abolición de la enseñanza gratuita arroja considerable luz sobre el procedimiento constitucional soviético. El decreto del 2 de octubre fué claramente una enmienda de la Constitución, la que, según la ley, sólo puede ser modificada por una votación por los dos tercios en el Soviet Supremo. Sin embargo, el decreto fué expedido por el Consejo de los Comisarios del Pueblo, que, legalmente, sólo tiene carácter ejecutivo. No es menos característico de las condiciones soviéticas el que el importante edicto del 2 de octubre, con sus implicaciones constitucionales, pasara del todo inadvertido para la prensa soviética. No se alzó una sola voz en defensa de los derechos del hombre común.

EL PARTIDO COMUNISTA

En su lucha por un sitio debajo del sol, los ciudadanos soviéticos deben encarar otros dos obstáculos formidables: la dictadura política del Partido Comunista y la posición monopolizadora del Estado como empleador único. La extrema inseguridad de la carrera política en Rusia es algo del dominio de todos. Los nombres de aquellos que perdieron la vida en las purgas o desaparecieron en las llanuras de Siberia se asemejan a un Who's Who de la Unión Soviética. Es menos, generalmente, conocido el hecho de que, entre 1934 y marzo de 1939, unos 466 mil miembros y más de medio millón de candidatos (miembros a prueba) fueron expulsados del Partido Comunista. Para un miembro del Partido, según Stalin, el "permanecer en el redil o ser echado fuera es cuestión de vida o muerte". El significado preciso de esta afirmación bien puede no ser claro para nosotros, pero Stalin sabía ciertamente de qué hablaba. Se reconoció oficialmente después de las purgas que muchas expulsiones habían sido injustificadas y algunas de las víctimas fueron reincorporadas.

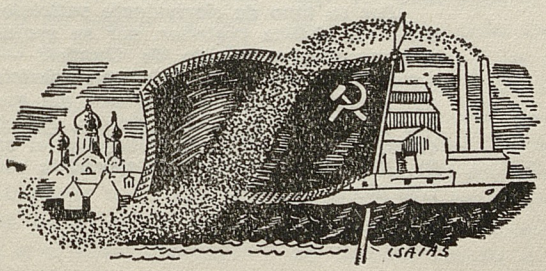
La más irreprochable ortodoxia comunista no brinda seguridad contra un repentino cambio de fortuna, pues la misma plana mayor del Partido está sujeta a mudanzas imprevistas y dramáticas. Ilya Ehrenburg, el tan conocido periodista soviético, ha adquirido notoriedad mundial por su odio maníaco contra Alemania. Sus artículos han aparecido regularmente en los principales diarios soviéticos, y fueron reunidos en un libro por la editorial del Estado. Sin embargo, en abril de 1945 se vió abrupta y duramente desautorizado por "Pravda", en cuyas columnas sus virulentos artículos figuraban hasta hacía muy poco en sitios de honor. Probablemente este incidente cierra una de las carreras periodísticas más brillantes de la Rusia soviética, a menos que se permita a Ehrenburg, y él acepte hacer penitencia, repudiar sus ideas anteriores y cantar sumisamente la nueva salmodia oficial, como muchos antes que él se han visto obligados a hacerlo.

EL ESTADO COMO EMPLEADOR

El alejamiento de la política no es una protección contra la intervención arbitraria de las autoridades. Ingenieros, directores de fábricas, presidentes de granjas colectivas, contadores, capataces y cuantos figuran en una situación que envuelva alguna responsabilidad, trabajan bajo severas desventajas. Tienen que satisfacer a innumerables oficinas burocráticas de inspección, mantenerse en buenos términos con los funcionarios del Partido y esforzarse por lograr el cumplimiento de las exigencias a veces exorbitantes del plan. El no satisfacer las cuotas previstas, por cualquiera razón que sea, o la antipatía personal de los superiores, pueden significar no sólo la remoción y el despido, sino también un proceso criminal por actividades contrarrevolucionarias. En los Estados Unidos, los hombres de negocios, los periodistas, ingenieros, doctores y profesores, que deben dejar a sus empleadores, tienen la oportunidad de encontrar otro trabajo. La situación es diversa en la Unión Soviética, donde el Estado controla todas las oportunidades de trabajo.

Ninguna institución humana es perfecta, y la empresa privada y el sistema capitalista no constituyen excepción a la regla. Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, le brindan al hombre común una oportunidad mucho mayor de vivir su vida como le place que lo que lo hace el comunismo soviético. Los hechos objetivos que nos presenta la U. R. S. S. no justifican las pretensiones de sus fervorosos amigos. Algunos de los defectos del sistema soviético pueden ser transitorios y remediados a tiempo; pero otros, como la omnipotencia de la burocracia, son inherentes al socialismo. Mientras más datos tenemos acerca del experimento soviético, mejor comprobamos las ventajas de una sociedad que adhiere a los principios de la democracia política y de la libertad económica. En el espantoso mundo que emerge del humo y la devastación de la gran guerra, los Estados Unidos son más que nunca la tierra de las oportunidades.

M. T. F.



FILOSOFIA Y CIENCIAS

Friedrich Gundolf

Interpretación de GOETHE

Cuando apareció en el N.º 3 de "ANTARTICA" un estudio de Thomas Mann intitulado "La crisis del pensamiento alemán", hubo lectores que pidieron completar el cuadro de este análisis con otros ensayos igualmente hondos sobre tan apasionante problema de la cultura.

"ANTARTICA" se honra con publicar el texto íntegro del discurso que el insigne Friedrich Gundolf —a no mediar su prematuro deceso, ocurrido una semana antes— debió haber pronunciado en la Universidad de París en marzo de 1932 —documento profético, inédito hasta hoy en nuestro idioma— con motivo de la celebración del centenario de la muerte de Goethe.

Gundolf, célebre pensador alemán de origen israelita, catedrático en Heidelberg durante diez años, es un brillante intérprete de la Literatura y de la Historia Universal, autor de fundamentales obras sobre Goethe, Napoleón, César y Shakespeare. Participó junto a Stefan Georgé en la corriente filosófica más vigorosa de la Alemania contemporánea.

Por su tono de clarividente vaticinio con relación a la catástrofe bélica posterior, por su profundidad y su dinamismo, el pensamiento de Gundolf —desconocido totalmente en español— es toda una primicia para los lectores de "ANTARTICA". La evocación del genio de Goethe que hoy publicamos ha sido traducida, especialmente para nosotros, desde el idioma alemán, por el eminente hispanista Dr. Karl Fr. Müller, en colaboración con el escritor Gonzalo Rojas Pizarro.

Cúmplese por centésima vez el aniversario del día de la muerte de Goethe en una época en que parece amenazada la fe personificada por él y en él glorificada: me refiero al humanismo paneuropeo, es decir, a la confianza en la gracia y en el mérito del hombre: intérprete, sostenedor y vidente de un mundo al que venerar en cualquiera de sus manifestaciones a través de personas, números, leyes o milagros. A nosotros, criaturas encerradas dentro del espacio y el tiem-

po, nos son dables los solos signos del misterio, pero ya no los hemos menester cuando volvemos al punto de partida, cuando desde este orden temporal regresamos a las moradas eternas. Con todo, la veneración hacia la imagen y hacia el realizador de esa imagen, o sea, hacia ese hombre —amo del Verbo, la Videncia y el Pensamiento— que siempre nos está revelando y volviendo a revelar el universo por obra y gracia de su capacidad materializadora: todo ello constituye el más alto legado de la antigua Europa a esta Europa amenazada, o menguante, por la cual queremos vivir y morir.

Las dos potencias entre las cuales se desarrollará la futura guerra —la vieja Asia, que siempre está "volviendo" en formas ahistóricas de teísmo y ateísmo, y la joven América, hechizada por fenómenos ahistóricos y sin Dios— pretenden desvalorizar o destruir, usando de sus formas, lo que principia con Grecia y Roma, y que perdió la fe en sí mismo durante la guerra mundial. Toda fe se mantiene y vigoriza hasta el mismo ocaso y aun hasta su resurrección, por medio de símbolos eternos. Las fechas conmemorativas perderían todo sentido si no significaran "historia haciéndose símbolos", símbolos por los cuales perduramos.

He aquí que estamos celebrando a Goethe como al último vidente de lo que debe ser el hombre. Esa fué su misión y la cumplió como individualista alemán, tal como Dante cumplió la suya en calidad de italiano católico, o Shakespeare como británico mundano, o Voltaire como representante de la "société" francesa, para no mencionar sino a algunos de los maestros de la palabra cuyo dinamismo dominó el ciclo del conocimiento de sus respectivas épocas. El orgullo y la valentía del hombre que vela se defendieron en todos ellos —y en muchos otros espíritus más estrechos, más débiles y pequeños— contra la presión de un mundo acumulado e informe, contra esas constituciones acabadas, contra aquellas costumbres de pensar ya marchitas o rígidas, contra esas tradiciones ciegas, mudas y sordas, en las que el espíritu creador de sus orígenes se ha secado o extinguido. Las victorias de tales hombres aun hoy nos levantan y sus mismas derrotas nos inspiran respeto. Poco importa que seres de tal envergadura hayan errado: los grandes espíritus no han menester la infalibilidad. Cada uno de esos inmortales lleva en su corazón a su enemigo, lo que le enseña a reconocer a sus enemigos externos. Armas y contiendas cambian y pasan de moda. Tras las modas y las lides, nosotros buscamos a los propios luchadores, tal como ellos, a través de todos los símbolos de la fe, buscaron a los dioses imperecederos.

Las virtudes —doquiera que miremos —nacen de los peligros. Debe tratar, pues, el historiador de no perderlos de vista; y, al mismo tiempo, no interpretar mal a los vencedores, ya que dichos peligros no constituyen amenaza para nosotros. Aquello que Voltaire conquistó —la tolerancia, el esclarecimiento— puede parecernos justamente hoy que toca a su fin, un triunfo mucho más sencillo de lo que realmente fué: quién sabe si dentro de poco llegará a ser algo santo y necesario.

Al despertar su espíritu, hallóse Goethe en el seno de una sociedad que —a pesar de la muerte y el espanto— únicamente percibía aquello que puede ser concebido o confirmado por medio de cifras y modelos, de reglas y de fórmulas. Vivíase entonces como en los primeros y postrimeros días: en relación directa con la carne y con la sangre; tan sólo se sublimó hasta lo consciente cuanto atañe al pensar. Era la historia, el museo de los bueno o de lo malo "en sí": debatíase en qué armarios de nociones deberían estar catalogados los Homeros y los Virgilios, los Platones y los Aristóteles, los Rafaeles y los Miguel-Angel, pero no llegaba a establecerse si tales armarios de lo bueno y lo malo eran justos, necesarios y eternos. Hubo simples coleccionistas que, muy felices y contentos, se sentaban a descansar encima de los trastos de sus conocimientos. Pero hubo también, muy por sobre aquéllos, los reguladores de las leyes según las cuales Dios había ordenado las cosas perecederas, y, por eso, olvidables: Kepler, Galileo, Newton y sus herederos. Dios mismo aparecía como calculador universal y se creyó captar "en cifras" su misterio, de la manera más segura. Con desconfianza y un encogimiento de hombros, les fueron concedidas a los místicos, indagadores solitarios, ciertas amenas sendas laterales, torcidas sí de los reales caminos que conducen al reino de los cielos. Se aceptaron sacramentos y misterios porque sobre dichas prácticas se hallaba sostenida la existencia misma de los hogares —al menos así lo parecía—, como signos de moralidad o decencia anímicas, tal como se protegían las vestiduras, de-

coro cotidiano e imprescindible. ¡Había que redescubrir primero a la naturaleza para dar una respuesta nueva y desnuda a las costumbres y a sus normas fijas; una respuesta desde los mismos orígenes, desde la naturaleza, desde la inquietud oculta y creadora, para transformar a esa humanidad tan segura, para estremecer esa casa tan ordenada!

Nunca faltaron en Alemania espíritus que vivieran lo orgánico como un crecer y un devenir, no como un encajar ni como un construir. Quiero mencionar únicamente a Paracelso, que, a través de la letra, buscó la palabra, y que, a través de la palabra, buscó el hálito, el pneuma que todo lo traspasa y todo lo transforma: lo cual encontró no sólo en las Sagradas Escrituras, sino en las fuerzas perceptibles. Con todo, tales hombres —según se acostumbraba pensar en la época de las luces— llevaban una vida de sombras: desacreditada y subterránea vida, como medicastros, milagreros y redentores baratos. Se les tenía una confianza no exenta de temor y concupiscente recato; y se les obedecía no sin cierto escalofrío. Para la erudición oficial, esta ciencia mágica era algo existente y acaso necesario —posiblemente encantador—, pero sin derecho ni luz. La naturaleza oficialmente reconocida era un edificio bien ordenado, del cual los matemáticos o sus sirvientes eran sus únicos administradores e intérpretes. El hombre se hallaba orientado hacia ella y debía aprovecharla para sus razonables menesteres. Se pensaba que así lo había instituído Dios, en virtud de su sabia Providencia; y que sólo por grados y por números su sabiduría pesaba más que la del príncipe o la del alcalde. Contra las palabrerías sobre "las decisiones inescrutables de Dios", se imaginaba al Creador como a un ser cuya escrutabilidad no era posible calcular —ni entender su Verbo— únicamente debido a falta de conocimientos gramaticales y lexicográficos. Bástenos todo esto para darnos una idea del esquema histórico y de la naturaleza de la época de las luces en que vivía el joven Goethe. Para los pensadores epigónicos, hacia los que dirigía su oído juvenil, el arte era un juego ocioso del placer y de la holgura, o una enseñanza de objetos dignos de ser conocidos. Al gozar de ligeras abundancias, se apaciguó a la conciencia con la doctrina del valor simbólico de las imágenes en que se podía admirar la palabra divina lo mismo que en una bella vestidura o en hermosos sonidos edificantes. Desde la exaltación de Platón de la ilusión hacia el sentido, la teoría de las ideas, en cuanto doctrina, había degenerado en un uso cómodo y complaciente de todos los hechizos y encantos para juegos de sociedad o para esclavizamiento de la misma. Genios creadores como Rubens, Haendel, Bach, derramaron toda su fuerza y plenitud en formas aprendibles, y fueron transformando el espíritu de tales formas sin que se advirtiera. No fueron agobiados por insípidas doctrinas; más aún, acaso fueron estimulados por no tener que reñir, antes de sus inspiraciones, con un falso sentido profundo y problemático. Pero esa licencia concedida a las artes sin palabras, por la cual se desligaron de la filosofía como formulación del sentido, ese lenguaje de pensamiento no se le otorga a la poesía; ésta (la poesía) recibe sus formas con su materia, la palabra; y sufre necesariamente del pensamiento indolente o estéril que le suministra sus ideas y la antecede en el hablar. El espíritu de los tiempos habla de modo más perceptible por la poesía (y desde dentro de ella) que por la pintura o la música. Si el poeta no ha de emular al filósofo en cuanto aprehensor e intérprete del mundo, debe, en cambio, ser un sabio y un guía, pensador e intérprete como descifrador y constructor del mundo. En un principio, todos los heraldos demoníacos, de voz divina o nacional, son, al mismo tiempo, profetas, filósofos y poetas. Cada vez se han separado y diferenciado más en el transcurso de los siglos. Ya en el alma de Platón luchaban el poeta y el filósofo: como filósofo, según la ley del oficio, buscaba, a través de todo fenómeno, el fondo original y asimbólico; y como griego, vidente de imágenes y embriagado por los fenómenos, se deleitaba en símbolos. Por lo bello estaba encadenado a la ilusión; pero como buscador de la verdad conocía el valor problemático de toda ilusión, al penetrar en la esencia añorada.

Menciono a Platón como al iniciador de esta categoría que Goethe ha mantenido (hasta esta edad) al final de un inmenso camino, sin menoscabo de la amplitud, sin renunciar a la conciencia, sin endurecimiento del corazón. También ha habido poetas videntes después de él; menciono sólo a Hölderlin, Nietzsche, George. Pero todos ellos llegan a su apogeo, obtienen su numen y su severidad a costa del sosegado equilibrio, de la piadosa sonrisa del séptimo día.

Tienen que luchar por su fe en la bendición con la maldición y el "a pesar de todo". Goethe pudo todavía dar un "sí" sin convulsiones, sin maldiciones ni relámpagos, a la realidad acongojada, a esa proximidad cotidiana y minuciosa, a la *comun-idad*, sin entregarse a ellas, sin disgregarlas hacia un infierno, sin dejar de aprender de ellas. Conocía la totalidad de lo que en su siglo existía, y lo mostró; con lo cual mostró su imperdible nobleza. Por eso su visión e imagen del mundo, "Fausto", y sus retratos de la época, "Wilhelm Meister" y "Hermann y Dorotea", "Poesía y Verdad", se nos aparecen aún hoy como transfiguraciones, aunque nada haya *embellecido* ni adulado con timidez. Su realismo no precisó del escarnio de los idealistas desilusionados, ni del encono, como Stendhal, Balzac o Flaubert; no hubo menester la ira de cínicos exaltados tipo Lord Byron o Heinrich Heine; no necesitó de la obstinación continua de santos ermitaños como Heinrich von Kleist, Baudelaire o Ibsen. Todos ellos se esforzaron en un realismo o en un naturalismo —por valentía, ascetismo o desesperación— porque "ya no aguantaban más" la hermosa mentira de vaciados ideales. Prefirieron el hedor a la humareda perfumada.

También Goethe conoció la desesperación. Sus obras más famosas, su "Werther" y su "Fausto", dejaron por doquiera el lúgubre fulgor de un espíritu satánico. En Francia, sobre todo, debido al libro demasiado ingenuo de Madame de Staël, no se admiró otra cosa que la risa sardónica de Mefisto y a la seducida Margarita: he aquí uno de los tantos malentendidos de la literatura universal. Además, la visión total del genio de Goethe fué falsificada largo tiempo por la mueca hermosa de su más cómodo discípulo, el más deslumbrante e iluminado de más romántica manera: hablo de Lord Byron, quien seducía y conducía hacia una obstinación satánica que solía ser juego teatral o estudiada pose y hasta caída y rebelión auténticas.

Del anciano Goethe guárdase una sentencia, a media voz: "Quien no sepa desesperar, no debe vivir". Poco antes de morir, contra el martirio universal, levantó su sereno verso consolador: "Sea como sea, la vida es buena". Se ha querido ver ahí un cómodo optimismo, sin advertir cuánto poder de execración contiene la opositora forma: "como sea". Este suspiro final contiene el mismo sentido que el "Zarathustra" de Nietzsche descarga en embriagados himnos, pero se da desde un espíritu más fuerte, más rico y sosegado, y en una hora más pacífica. Ninguno de los dos expresa ingenua seguridad, sino añoranza heroica. Ni Goethe ni Nietzsche querían ceder el triunfo al "tonto Diablo", condenando el don de Dios, fuese como fuese. Doscientos años antes, Shakespeare, riquísimo ser, había obtenido idéntica sabiduría de una desesperación aun más profunda, y, debido a su fuerza y riqueza, tal desesperación no fué hija del éxtasis juvenil ni del senil distanciamiento, sino de su viril arrebato: "ser maduro lo es todo".

El hecho de que se le haya podido malinterpretar como un optimista sin motivo para renegar de nada, es decir, como un hombre feliz, o como solemne criminal, nos da una idea de la envergadura psíquica de Goethe; psíquica no sólo en el orden objetivo. La grandeza que lo caracteriza entre los grandes maestros de la literatura universal consiste —como se sabe— en un sentido ético e intelectual a la vez, en un tiempo en que la ciencia y la fe habían llegado a ser tan dudosas como nunca antes lo fueran desde el ocaso del mundo pagano, que conservaba la paciencia de *in-corporarse*, de *in-espiritualizarse* todos los elementos de este mundo ilusorio. No tenía ya, como Dante, una fe incuestionable en la Iglesia y en Dios; ni, como Shakespeare, una comunidad nacional ineludible con la cual sufrir y obrar; ni tenía, como Voltaire, confianza en la mejorabilidad de la razón humana, a pesar de la inmejorabilidad del mundo. Faltábanle todas esas garantías que sostienen, alivian y mitigan, y que la comunidad —con el apoyo de sus hombros— garantiza a todo el que le es adicto de corazón como *concreador y con-gozador*. Ni le aliviaba como a Dante la seguridad de "un creador personal me ve, me dirige, me protege y me redime". No hubo mediador ni redentor que le aliviana-ra su carga personal. Ni sociedad humana que lo incomodara más de lo que le ayudara; con todo, él no arrojó el *"saco"* —como Lutero mismo amenazó una vez hacerlo— ante los pies de los poderes inconcebibles a la entusiasta divinidad. No se indemnizó ni resarció de las amargas críticas ni de las negaciones, como Schopenhauer. Tomó lo que se ve como cosa real y verdadera; a la vez que tranquilo, entusiasmado por el milagro, el encanto y el solemne estremecimiento que en ello se manifestaba desde lo invisible.

Encontraba en esta virtud —como halla cada uno de los valientes y creyentes la felicidad— también su propia felicidad. "La suprema dicha del hombre que piensa es haber explorado lo explorable y venerar tranquilamente lo inexplorable." He ahí sólo un aspecto de su existencia ejemplar. No quería dejar de ser un hombre que piensa "con ciencia y conciencia", a pesar de las tentaciones del Cielo, el Estado o la Iglesia. Cumplió hasta el fin el objeto del pensar y del percibir con la ampliación incansable del círculo de sus percepciones, con ese estar despierto a toda fuerza agradable o enojosa. No huyó hacia ninguna idolatría por temor a la realidad o a la muerte ni puso espejos a su derredor para contemplar únicamente suaves y familiares cosas. Ni una sola hora de su vida fué fanático, cobarde o vanidoso. Todas estas virtudes son algo así como un remedio para las almas que presienten el terror de lo vacío, el "horror vacui", espanto del mundo desdeificado. Respaldado por su gran inteligencia, se atrevió a penetrar en la Naturaleza-Dios, no con los párpados cerrados ni la boca temblante —como los románticos para llegar pronto y sin dolor a lo infinito—, sino con entusiasmo y quietud, sin prisa ni descanso, bien abiertos los ojos. Iba en todos sentidos por lo finito, desde sus talentos y necesidades más próximos; por su satisfacción y condición, iba hacia lo de enfrente, lo de afuera, lo diferente. Nada descuidó de todo cuanto encontró en su camino: fué de las artes a los medios, de los medios a las materias, de las materias volvió a las fuerzas. Recuerdo sólo su teoría de los colores: del ver vino al pintar; del pintar, a los colores; de los colores, a la luz, y de la luz, al ver. Y siempre así en un ciclo: un motivo próximo lo llevaba por todas las vías de tal estímulo hasta el escondido origen de su fuerza. Ese olfatear y percibir microcósmicos lo condujeron *"con-sufriendo y con-creando"* a la unidad microcósmica de las pluralidades. Ensanchaba su Yo —todo germen fértil y floreciente— hacia ese universo que su mismo Yo iluminaba. Así lo dramatiza —como tensión— en la escena del genio de la tierra de su "Fausto" y lo expone como solución en su canto de anciano:

Cuando en lo infinito lo idéntico
fluye eternamente repitiéndose,
la multiforme cúpula
ciérrase en sí misma con vigor;
el gozo de vivir mana de todas las cosas:
del astro máximo y del astro mínimo;
tanto la aspiración como la lid
son el reposo eterno en el Señor.

*
* *

Lo que hasta aquí bosquejé, la actitud del pensador, del hombre de ciencia y del espíritu-guía que es Goethe, perdura por el encanto del poeta.

La actividad total de Goethe se nutre del vigor de su genio poético. Fué él quien amplió y promovió cada profesión individual, cada ramo de la ciencia, desde la petrografía hasta la teoría del conocimiento. Casi todas las opiniones especiales que en el transcurso del siglo pasado han salido a luz en las ciencias, en las artes, en la historia o en la política, pueden derivarse de él o en él confirmarse, corregirse o refutarse en él. En palabras de Goethe han podido basarse las ideas fijas de los filosofastros y los lugares comunes de los charlatanes de la feria. Dada la inmensa amplitud de sus sugestiones, casi no hay cosa que él no haya percibido ni aclarado con sus ojos, ni nada que no haya hecho oír con su voz, con la alegría o la disconformidad de quienes se hallaban limitados en sus respectivos asuntos. Pero, así como el Diablo cita la Biblia con adulteraciones, aislando o pasando por alto los párrafos de que emana la palabra divina, también así se han estado usando continuamente las obras de Goethe, como si se tratara de un tumulto y revoltijo de frases inteligentes que, de una vez por todas, están a la orden de todos los que las requieran como despojos. Este botanizar —que apenas sirve tratándose de sabios o filósofos— es casi una falsificación si se trata de un poeta; no tan peligroso como el abuso de la Biblia, pero igualmente necio. En primer lugar, puesto que Goethe no fué un celario ni un doctrinario, ni un hombre metódico ni sistemático, sino pensador ocasional que, en el transcurso de su vida, experimentó y juzgó la mayoría de las cosas bajo luces y vientos cambiantes. No hay, apenas, una sola frase suya para la que, al mismo tiempo, no se pueda hallar su contradicción correspondiente. Si no se conocen los motivos de sus enunciados —sus respectivos corresponsales o inter-

locutores—, si se pasa por alto la colección de su obra total, si no se advierten con tino el volumen, el énfasis y la escala de los tonos concomitantes de sus frases, uno recibe frases huecas de orador oficial y no su verbo cósmico. Cito aquí dos versos suyos que —citados corrientemente— significan casi todo lo contrario de lo que quiso Goethe cuando los pronunció: "El eterno femenino nos transporta" y "La personalidad sea la suprema dicha de los hijos de la tierra". El primero denota que el Yo varonil —que él, como ningún otro, debía probar y confirmar "aquí abajo" con su obra y con su mente— oscila y trasciende ante el suave misterio, como símbolo del cual se le aparecía la mujer que nos despierta y redime de la sacra añoranza. Eso se ha convertido en un brindis para veladas sociales. El segundo de los versos quiere proteger la imagen individual —el irreemplazable "individuo"— por una fórmula de hechizo contra la irrupción de los poderes o de los demonios, cuya amenaza o tentación sintió Goethe a toda hora. Eso se ha convertido en una justificación de pequeños apetitos dudosos.

El genio y la fuerza de Goethe-poeta consiste en su capacidad de ver y de decir la totalidad del mundo oscilante a cada momento, de coger la eternidad en un instante, o de ser cogido por ella: de tomar en serio y simbólicamente lo ostensible. Las manifestaciones no eran para él ni mentira ni ilusión. He ahí la herencia griega que conquistó para sí, a través de los siglos cristianos. Lo que Platón amonestador le había legado, él lo recibió lleno de confianza. A ambos les es común la ironía: la tensión entre el placer por la ilusión y la duda por la ilusión: la ironía de Goethe se ríe ante la duda; la ironía de Platón, ante la alegría. Goetche volvió a dar a las nociones vacías la plenitud de sus visiones y experiencias; y así salvó al idealismo del servicio mecánico de las palabras, del cual se mofa Mefistófeles en la escena del Bachiller de "Fausto". Ante la servidumbre del puro empirismo, del coleccionismo complaciente y autosuficiente y de lo poético limitado, Goethe no sucumbió (tal fué el caso de los espíritus enciclopédicos de los siglos del barroco, y de los especialistas y positivistas de nuestro siglo), porque —poeta como era— llevaba imperdible en el alma su *kalokagathia*, el bello arquetipo del hombre, medida y señor de todas las cosas. Esto lo distingue, prescindiendo de los grados de talento o de carácter, de los poetas que vinieron después de él: quienes, o renuevan, con menoscabo de las cosas o con violación de ellas, el idealismo que asalta los cielos o con ellos colinda; o, con una curiosidad sin rumbo, amontonan masas de experiencia porque sí, *documents humaines*, bajo pretextos artísticos más o menos honrados. Admiramos, amamos u honramos en algunos —como Schiller, por ejemplo— la fuerza motriz y la nobleza de su alma; y en otros —los grandes videntes de la sociedad humana: Balzac o Dickens—, el inmenso sentido de percepción, la diligencia de toda una vida, la capacidad de resistencia. Hablo aquí tan sólo en términos crudos, sin tomar en cuenta la variedad de los individuos. Desde Goethe, se han separado cada vez más, y con mayor malicia, dos tendencias fundamentales: una, la de aquellos que —imperiosos o llenos de ilusiones— atienden a salvar al hombre aunque perezcan todas las provisiones de las cuales se nutre, se viste y se orna; y otra, la de los que —instigados y revueltos— atienden a amplificar las solas cosas, aunque el hombre se convierta en hacecillo de nervios o montoncillo de tripas. Quisiera ilustrar esto, parabólicamente, diciendo que hay tres clases de *ensanchadores* de nuestro imperio espiritual: los unos, que convierten los arroyos en ríos; los otros, que transforman el agua en el vino; y los últimos, que nos muestran innumerables infusorios en un vaso de agua. Los más famosos poetas de nuestra época pertenecen a esta tercera clase. Ya no quieren más al hombre, sino a sus diminutos fragmentos, funciones, cosas, condicionalidades. Quien se confiese partidario del hombre mismo, como de un ser-imagen, transmutable pero eterno, en virtud del cual concebimos el mundo; quien se confiese partidario del mundo como de un cosmos, es decir, de una entidad plena de humano sentido (no basural del azar) : ése —por sobre los epígonos del idealismo y los profetas del humanismo exclusivista, y de los apocalípticos llenos de enfermiza curiosidad por la putrefacción, y de los magos del artistismo puro—, ése buscará al poeta que revela al hombre y al mundo de una manera concéntrica: Goethe, el hombre, que nada quiso robar a la multitud de las cosas que, sobrepasando el horizonte, desplegábase ante sus ojos solares, en auxilio de quien las usaba. Sabía que nada vale el hombre que conoce teóricamente, con buena voluntad y activo, obediente e im-

perioso, resistencias, deberes, espacios, tiempos. Previno —especialmente en la figura del Bachiller de su "Fausto"— la idolatría del Yo, "el abismo sin fondo del sujeto", como ideal y manantial creadores. Pero supo también que el verdadero estudio del hombre es el hombre mismo. Se indignaba cuando se le acercaban jóvenes que querían estudiar filosofía y no conocían sus asuntos privados. Odiaba todas las huecas frases comunes, toda consigna, toda palabrería, sin responsabilidad, que parlotea sin conocimiento y sin ojos. Desconfiaba de toda teoría de escuela. El porqué había llegado tan lejos, lo contestó así: "Fuí prudente: jamás pensé en el pensamiento".

En sus años de tempestuosa inquietud, Spinoza fué, para él, menos un intérprete del mundo que un médico espiritual, un santo que lo alzó tranquilo hacia un mundo sostenido en leyes.

El realismo de Goethe recibió su consagración, su seguridad y el frescor de su propia humanidad. El evangelio de esta última fué su "Ifigenia", mensaje de veracidad: el mejor testimonio del carácter de Goethe, como el "Fausto" lo fué de su genio. Una humanidad de corazón nítido y sin tacha, garantía de lo bueno, lo verdadero, lo bello, y hasta de la propia divinidad, en este mundo de codicia y de temor. Una humanidad sin el respaldo de reinos organizados —de la tierra o del cielo— que siempre *han de crear* cobardes, estafadores, arribistas, tiranos y vasallos. Una humanidad, como un signo hacia el Yo y hacia el Tú, que sólo Goethe ha conquistado y glorificado como poeta. Esa *humanidad* es el aporte, la contribución alemana al humanismo europeo, iniciado por Dante y Petrarca, madurado en su cenit por Shakespeare y Montaigne. "Noble sea el hombre, caritativo y bueno"; "La humanidad pura expía toda decrepitud humana"; "Reine entre nosotros la verdad": son las tres fórmulas de tal mensaje. El humanismo del Renacimiento había requerido la libertad del "Yo" consciente de sí mismo y voluntarioso, de los lazos que lo unían a la comunidad y a la autoridad. También el joven Goethe se hallaba en esta fila, opositor de la obediencia inerte, adorador de toda humana dimensión. "Libertad" y "naturaleza" fueron los gritos de guerra con los que huyó salvando burguesas empalizadas: Prometeo, Mahoma, Jesús, César, Fausto, los héroes, los redentores, los titanes: a todos los conjuró desde los infiernos con su propia sangre para conocer por ellos mismos los misterios de los momentos cruciales. El altanero héroe independiente de los remotos tiempos germánicos correspondía a la impaciencia de su irrupción, a sus deseos de varonil ardor guerrero, a sus tormentos en el cobijo blando y el enrejado seco. Como un joven titán fué llevado a Weimar por ese duque que, sin el genio de Goethe, era de ímpetu y fogosidad afines. Entonces despertaron en él —desde el fondo de sus energías creadoras— la fuerza de la disciplina y el amor hacia nuevas comprensiones y tareas. Responsable de ese irrefrenable príncipe, se domaba a sí misma para resguardarlo y para guiarlo en provecho del pueblo a él confiado. A frenarse a sí mismo le ayudó su nueva amada Frau von Stein. "La sociedad" ya no fué para él un impedimento muerto, sino un campo fértil. "La libertad" ya no significaba para él vivir a capricho, sino obrar concienzudamente, según el espacio y el tiempo precisado de socorro. "La verdad" significaba probidad ante hombres y cosas, estricta diligencia por amor de comprensión y ayuda, contento por la mirada cuidadosa, disciplina de lo finito. "Conócete a ti mismo, vive en paz con el mundo", fué el nuevo lema del titán, que ya no tenía que derrocar ídolos, sino enseñar el camino hacia las leyes que la transformación milenaria misma hace brotar aprehensivamente, y las madura y personifica como símbolos dentro de lo perecedero. Del reflejo coloreado, rebajado, deslustrado que antes recibiera, dió ahora —ya hombre— la luz viviente que el joven quiso arrebatar en temerario rapto. No brusca como un volcán (Vulcano), sino paciente como Neptuno, vió la creación:

Nunca la naturaleza y su flujo vivo
de noche y días y horas dependía.
Regulándolas desarrolla las formas,
y ni en lo grande se sirve de la fuerza.

Ya no el vigor feroz, sino la tranquila belleza de la humanidad en armonía consigo mismo y como símbolo del universo, fué ahora su sueño y su ideal, determinados acaso —entre otras cosas— por una helenidad mal interpretada como la enseñaba Winckelmann, pero concebida por su propia esencia.

Sus caracteres de humanidad, disciplina, mesura, costumbres y claridad se distinguen de los

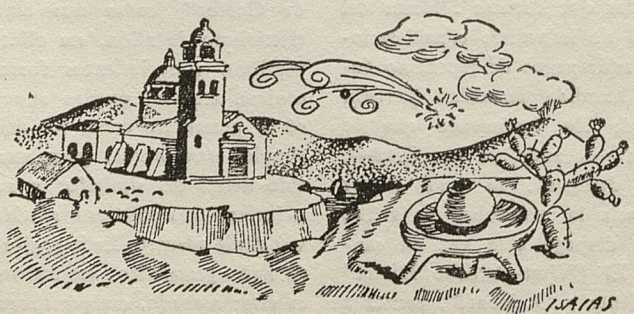
de la Europa romántica, cuya flor más preciada es Racine, y distínguense además de los de sus epígonos clasicistas, por el hecho de conocer las fuerzas obscuras y explosivas, los tormentos de los titanes encadenados, el Weltschmertz, sin tranquilidad, a fondo, y por el hecho de no olvidarlos jamás. Su humanismo —del que su sociabilidad, cortesía y modales de "geheimrat" (acogidos muchas veces con sonrisas) fueron sólo pretextos o vestidos de moda— no proviene de la devoción positiva hacia las leyes de la sociedad, como fué el caso de toda la literatura de la época del Rey Sol de Francia: es una resignación dolorosa a su propio demonismo. Dijo una vez: "Si me desencadenara, lo destrozaría todo". Heinrich Heine adivinó la fuerza domeñada del ingente varón al compararlo con el Zeus sentado en el templo de Olimpia: luego justificaron este "permanecer sentado" diciendo —contra criticastros— que estaba así para no dañar el techo del citado templo...

El culto de Goethe hacia Napoleón y Byron no es una humildad servil del pusilánime frente a hombres de fuerza, sino que es envidia de reprimido titán hacia sus hermanos que pudieron llegar a la meta de su carrera. Su enciclopédica actividad en cosas grandes y pequeñas, y sus segregaciones aparienciales, recuerdan a veces a los pedantes, elefantes aplicados del siglo XVII: son una protección de Goethe contra las cataratas de sus propias fuerzas. El canalizó los flujos fatales en innumerables y diminutos arroyos, en provecho de muchas ciencias especiales, establecimientos caritativos y medios culturales. Mostró un aplacamiento de su propia conciencia cuando dijo una vez: "Siempre he considerado toda mi vida y rendimiento de una manera simbólica; y en el fondo me da lo mismo haber hecho ollas que fuentes". Hasta del anciano parten —al no impedirlo consideraciones pedagógicas— relámpagos de repentino furor, fuego de su hundida ferocidad juvenil. Del retroceder desde los fenómenos que lo ligaban y obligaban —cuando ya envejecía—, hasta la eternidad desligada, su gran fervor hacia los cielos, hacia la penumbra y la luz no amortiguada, se despegó otra vez en cantares maravillosos. El "West-Ostliche Divan" ("Antología de Oriente y Occidente", escrita a los setenta y cinco años) resuena en tales himnos, desde el espanto ante las fuerzas hasta la sacra embriaguez. En medio de la sabiduría transfigurada de un hombre que convive con los demás, "Volviendo a encontrarse" y "Dichosa añoranza" descargan el secreto amoroso del iniciado —que lo consiguió antes—, encerrado como vivía dentro de sí mismo. También la poesía de amor del Goethe septuagenario, "Elegía de Marienbad", comprueba —fuera de la frescura de su corazón— su afinidad con los voceros de la humana miseria, como Job y Hamlet, no por asco del mundo, sino por conocimiento de él, a través del sereno amor. "El hombre debe ser arruinado", opina ante el ocaso de su más admirado héroe (Napoleón); y alude así a su fe en la resurrección, o sea, a la confianza en el consumo inagotable de la pan-naturaleza sedienta de transformaciones, la que ha menester la muerte para poseer nuevas vidas. Toda la vida de Goethe oscila entre el sentimiento de la transformación de las fuerzas, el caos, el misterio (o como uno denomine lo inadhesible; sentimiento que destruye la forma, borra los conocimientos, destroza el orden) y el conocimiento de la participación condicional del hombre en el cosmos. Como no quería aniquilar su plétora de fuerzas, tenía que refrenarse, ligarse, medirse en los fenómenos. Por eso, por el ímpetu de sus motivos, por el esclarecimiento de la antigua noche, se entregó a todas las cosas singulares del día; a la materia de la historia, de la sociedad y de la historia, al arte; en suma, a las pluralidades, a lo relativo, al aburrimiento y a la diversión. Pero nunca cayó en la obcecación de haber creado, con eso, algo definitivo; o en la obcecación, más arriesgada aún, de que ese algo definitivo fuera susceptible de ser abarcado y encerrado. También esto —pero no sólo esto— es una muestra del ocaso de "Fausto". Los que quieren hacer pasar por una "Imitación de Goethe" todas esas tendencias utilitarias: esteticismo de salón, ese olfateo a caza de estimulillos, conocimientos formalistas, obras mecánicas, ésos no pueden apoyarse en él. Practicó lo perecedero como los más diligentes de los simples *perecederos;* pero nunca olvidó el sentido detrás del símbolo; y no es que predicara o interpretara sólo este sentido, sino que lo vivió desde adentro. Le han glorificado y difamado su hado germánico: ese eterno devenir, ese nunca estar acabado, esa perturbación de la tranquilidad del mundo por el desasosiego constante de la dinámica aspiración. Las naciones de más alta formación han sospechado y temido las reivin-

dicaciones doquiera han penetrado tales búsquedas. Por haber experimentado y superado a la vez, en persona, la infinidad germánica (ya que no hay otra forma de redención), Goethe es también nuestro genio máximo. Las instituciones son igualmente inteligentes y falsas; cobran su fuerza o se debilitan únicamente a través de los hombres que las sostienen y las personifican. No hay constituciones, formas de arte o artículos de credo "justos" en sí; sólo existen hombres cuya genuinidad, hermosura, bondad o ímpetu *únicos*, las renuevan y las confirman.

Desde un humanismo más fértil, Goethe ha enriquecido y conferido más poder al clasicismo paneuropeo. Así, desde su persona, reforzó la ciencia de Europa entera, conocedor —como era— de las fuerzas máximas. Gracias a este conocimiento de las leyes transformadoras, dinamizó el estudio de la sociología. Si hoy se habla de "evolución", tal consigna remóntase hasta Goethe, para pasar después a través de Bergson y Darwin, Marx y Hegel, los filósofos románticos y otros pensadores que conmovieron al mundo en mayor o en menor grado. Goethe, como ningún otro mortal, experimentó y comprobó la forma como un crecimiento orgánico, y este crecimiento como forma. Si hoy la palabra "vida", sobre todo merced al don profético de Nietzsche, brilla y seduce tan fuertemente como en el siglo pasado "espíritu" y en el siglo XVIII la palabra "razón", o en la Edad Media "Dios", podemos pensar que fué la visión goetheana de la naturaleza quien dió al término "vida" su esplendor. Por muchos nuevos instrumentos que sean inventados, ya nunca más podrá perderse la naturaleza de esta visión dinámica en meros cálculos. El devenir inaprehensible, el crecer y el marchitar, en la conciencia del artista, del poeta o del investigador: todo ello fué liberado por Goethe en una forma manifiesta, en la imagen activa y accesible a los sentidos, en el fenómeno básico y genésico. Como genuino hijo de los dioses, conocedor de los tormentos, del desvanecimiento y la perdición, de la obcecación y los errores, se gozó en una hermosura viva y rica, que, no obstante, es —al mismo tiempo— ilusión perecedera. He aquí la doctrina —eterna forma dentro del ocaso y la transición— que nos legó para redimirse y redimirnos de todos los sufrimientos:

El devenir que obra y vive eterno os abrace
[con tiernos lazos de amor:
Dad forma con vuestros pensamientos dura-
[deros a todo lo que flota y oscila.



Dr. H. Horkheimer

Apuntes de un viaje al CUZCO

Dr. Hans Horkheimer, distinguido arqueólogo europeo, catedrático y director del departamento de arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo (Perú), donde realiza brillante labor en su especialidad. Ha publicado varias obras de importancia; entre otras, "Historia del Perú prehispánico" y "Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú". Invitado por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Chile, visitará nuestro país durante el próximo mes de diciembre, para dar un ciclo de conferencias sobre aspectos arqueológicos del Perú.

El avión curva encima de las manzanas de Lima. Cruza una cinta blanca: las olas del Pacífico que se rompen delante de la playa. Ya pasa sobre Pachacamac, ciudad sagrada de los Incas y de sus precursores en la costa. ¡Qué imponente aparece el templo del Sol a las hormigas humanas! De arriba, la pirámide truncada se presenta como un galano juguete de niños.

La máquina atraviesa el colchón de nubes. Está arriba, bajo el cielo de un suave azul. Volamos sobre los picos de la cuesta que, como lava pasmada, cubre los centenares de millas hacia el Sur. En la masa plomo-pardusca se graban puñales verdes: son los valles de los ríos costeños. En los rayos del sol resplandecen los hilados de telarañas: son las calles de pueblos y villas. El avión se lanza al borde de un altiplano, circunrodeado por bastiones de montes. Aterriza. Tenemos un minuto de retraso después del recorrido de 800 Km.

Arequipa. La camioneta nos conduce por la campiña a la ciudad. El cielo transparente acerca los gigantes guardianes: el Chanchani y Picchu-Picchu, que flanquean el cónico Misti, ideal de un cerro de un libro de cuentos, 3.300 m. sobre el nivel de la ciudad, y, pese a todo, un poco decepcionante. En la pista, indias con faldas rojas al lado de huertas y de viviendas de blanca toba volcánica. El puente sobre el Chili brinda el panorama de las moles de la cordillera encuadrado por techos y hojas.

Nos circunda la plaza de armas, corazón, arteria y pulmón de la ciudad, teatro de tantos acontecimientos políticos. Impresionante la catedral, cuyas torres se unen con las siluetas de los cerros. Los detalles de la amplia fachada no satisfacen completamente; los dos arcos laterales tienen una posición caprichosa, pero la concepción de esos arcos es grandiosa y sus columnas corintias evocan belleza clásica. Plaza de contrastes: columnas griegas y tranvías, cumbres de nieve y palmeras tropicales, indias descalzas y señoritas con prótesis a la moda, bajo las plantas.

Arcadas ciñen tres lados de la plaza. Una esquina abarca la joya de la "Compañía". Abundante alto relieve, estilo barroco-mestizo, cubre la fachada como con encajes. Al lado de la iglesia, el antiguo convento de los jesuítas, destruído por uno de los 14 terremotos con

que el Misti ha sacudido la vieja ciudad blanca. Los restaurados pórticos de principios del siglo XVIII dan acceso a las puertas de oficinas, sin que lo antiguo sea molestado por lo moderno. También en otros sitios se nota la respetuosa conservación, restauración e imitación de los relieves-encajes, rejas y cornisas de antaño. Por los blasones salen los descendientes de los caballeros coloniales y parientes de muchos hombres ilustres. Son famosos por su orgullo político y civil, y por sus finos modales, pero al mismo tiempo dinámicos como industriales y comerciantes. Cuero, chocolate, mazapán, galletas, leche condensada, contribuyen a la reputación de los actuales caballeros arequipeños. También la arqueología favorece ahora el orgullo de la región. "Churajón", lugar con ruinas, situado en la provincia de Arequipa, tiene desde poco tiempo el privilegio de denominar un tipo de alfarería prehispánica procedente de una amplia área en el Sur del Perú.

¡Regresemos de las huacas de las tumbas a los vivos, a las lindas mujeres al pie del Misti, que —como se ha dicho— "tienen gancho"! Por la plaza de armas, durante la retreta, o por la portada de La Merced, al comienzo de la misa dominical, desfila un sinnúmero de bellezas, algunas con perfiles envidiables hasta por estrellas de Hollywood.

En coche dormitorio a Juliaca. Allí el frío matutino de la puna llena las vastas calles entre bajas casuchas. Al borde de la población escueta y de la naturaleza desnuda se levanta, como una fortaleza de fe, la iglesia de Santa Catalina, cubiertas sus torres, su nave y cúpula, por docenas de agujas de piedra. En la plaza se agachan las vendedoras bajo su tocado en forma de olla invertida, arropadas en sus negros mantos listados. Delante de ellas, un puñado de pobres papas o de chuño. Aquí se agachan los desheredados cuyos ancestrales desarrollaron la papa de tubérculos silvestres y dieron al mundo un regalo de miles de millones de soles. Aquí se agachan los descendientes de los que en tiempos remotos inventaron la elaboración del chuño, y con eso, el método de la deshidratación, método que durante la guerra hizo papel tan importante en los transportes a ultramar.

Pobre es la vida, pobre el hombre de Juliaca, pequeña capital de provincia y centro ferroviario de cierta importancia. El dormitorio se ha ido a las cercanas playas del Titicaca. Nosotros salimos al Cuzco.

El Altiplano se extiende vacío y triste, pero embebido de la pureza del amanecer. En el horizonte se acercan las cordilleras: la occidental y la oriental. Poco a poco el sol llena el monótono cuadro con colores. Dora el ichu, la hierba que desde los tiempos de los Collaos e Incas ha sido el clásico alimento de los rumiantes y la cubierta de los techos. Patitos negros nadan en lagunas que reflejan el cielo y sus nubes. Anteriormente, uno se imaginó oír la melancólica quena, la flauta indígena de un solo tubo; ahora parece sonar suavemente el clarinete.

Tropeles de llamas y pacos, balanceando los cuellos, pasan las granjas de pequeñas casitas y las viviendas cónicas de pastores. En las estaciones se aprietan los habitantes para asistir al gran acontecimiento del día: la llegada del tren. Se acumulan alrededor del pullman, donde, en butacas giratorias, hay los gringos, los "wirakochas", a quienes se pueden vender las llamitas de plata, los pellejos de zorros, los curiosos ceramios de Pucará y las cubiertas de piel de llama.

Las cordilleras se acercan siempre más, se reúnen al fin con las cadenas transversales. Paramos en La Raya, 4.300 m. sobre el nivel del mar, divisora de las aguas. Hacia el Norte, corre el Vilcanota o Wilkamayu, más tarde llamado Urubamba, reuniéndose con el Tambo-Apurimac al Ucayali, el fundador más potente del Amazonas. Casi 6.000 Km. recorren las aguas desde el techo andino hasta el Atlántico.

Al lado de las frías olas, que nacen de glaciares, sube vapor: "Aguas calientes".

El tren curva hacia abajo. Gaviotas terrestres patalean entre pequeñas cascadas. Los grandes "domínicos" navegan encima de pastos.

Cerca de Tinta, a la derecha, una alta pared de adobe: resto del gran templo construído — como relata Garcilaso de la Vega— por el Inca Wiracocha, en memoria del dios del mismo nombre, de "su tío, el fantasma", que le predijo el triunfo sobre los peligrosos Chancas.

Urcos. Cerca la famosa laguna en que la leyenda hace yacer la cadena de oro de Waina Kapaj, que "dozcientos indios orejones no la levantaron muy fácilmente".

Anochece. El cantinero del pullman presenta la cuenta. Luces. El Cuzco.

La capital del Tawantinsuyu, la cabeza del actual departamento, se manifiesta como ciudad colonial. Más o menos 30 iglesias y conventos la dan su brillo arquitectónico. Sus re-

presentantes más imponentes se oponen en dos lados de la plaza mayor: la Catedral, con la Capilla del Triunfo, y la Compañía, con el convento de los jesuítas (ahora ocupado por la Universidad). Fueron edificados con rivalidad y en diferentes estilos (renacimiento alto y barroco), pero, sin embargo, se unen a un conjunto grandioso y armonioso. Ocupan el sur de la Huaccai Pata incaica, el foro del Cuzco de entonces. Ahí luchó, en 1536, el puñado de conquistadores contra los muchos miles del ejército de Manco Inca, atribuyendo su maravilloso triunfo a la descensión de la Virgen y de Santiago. "Huaccai Pata" es "andén del llanto". El coloniaje suprimió el nombre antiguo, pero conservó el sentido. Pues, por 250 años, fueron ejecutados aquí protagonistas políticos: conquistadores españoles, rebeldes indios y próceres de la independencia.

Muy cerca, La Merced con su claustro de dos pisos, rodeado por columnas y arcos. Un canon arquitectónico de beata tranquilidad.

Tesoros de arte llenan las bóvedas elevadas, las sacristías y claustros. Se encuentran centenares de hermosos cuadros de maestros europeos y de alumnos de la escuela del Cuzco, que en los siglos XVII y XVIII era el gran centro artístico de la América del Sur, caracterizada por la melodía de sus colores, predominante el oro, y por la acabada técnica de la pintura de finísimos encajes.

Retablos dorados, púlpitos y armarios de talla preciosa, marcos con columnas salomónicas, techos artesonados, hostias guarnecidas por abundante pedrería, andas plateadas, sillería de armirable escultura, nobles portales, arcadas, graciosos balcones como el de la casa de Concha, todo esto es la esbelta herencia del arte colonial, salvada de la destrucción por terremotos, saqueos y descuido.

El aspecto del Cuzco es colonial. La ciudad es el símbolo lítico del triunfo de Pizarro sobre Atahualpa y del cristianismo sobre el paganismo. Hasta los indios mantienen en sus trajes el recuerdo de su madrastra de ultramar. La montera, el sombrero de los cuzqueños, y la falda ancha de las mujeres, ¿no son ellas transformaciones de trajes españoles?

Pero como bajo el vestimento españolizado vive el indio, de igual manera bajo lo colonial vive lo incaico. Se lo encuentra en los cimientos de los edificios coloniales, en cuyo lugar se levantaron entonces los palacios de los monarcas de un imperio inmenso. Se lo encuentra en los cercos de casas particulares, en el rincón de una cafetería o en las esquinas de estrechas callejas. Allá se hallan esas hileras de murallas incaicas, tan admirablemente compuestas. Son obras de una mampostería cuya precisión no fué superada hasta la actualidad. En numerosos sitios se puede probar la veracidad de la célebre frase: "Es imposible introducir la lámina de un cuchillo entre dos piedras". Es imposible introducirla, aunque los antiguos no han aprovechado la argamasa.

Ejemplo venerable de esa albañilería magistral: el fragmento de la muralla acodada en el N.O. del Coricancha. Tan exacta es la curvatura, tan acabada la juntura, que el centenar de sillares parece formar un solo bloque. Sobre el muro pesado, los dominicanos han colocado un gracioso balcón de rasgos moriscos. Lo colonial y lo incaico no se fusionan a una unidad armoniosa, pero su contraposición fascina por el contraste. El coloniaje anhelaba lo decorativo, el incanato lo monumental, también en dimensiones pequeñas. ¡Qué imponentes son todavía los trozos de paredes que pertenecían a las capillas del Coricancha, del San Pedro del mundo incaico! El cuarto mejor conservado es el que probablemente era reservado para los sacerdotes. Las paredes de este cuadrilongo son paralelas a las exteriores, también en dirección vertical, es decir, repiten fielmente la inclinación intencional. Pero lo que tiene razones estáticas en el exterior, donde la base sobresale de la cima, es adverso a la estabilidad en el interior, donde la cima sobresale de la base. ¿Cuál era el objeto de tal principio constructivo que observamos también en otras ruinas de la región y que al espectador inspira el sentido de amenaza? Aquí tenemos otro enigma de la arquitectura incaica.

El tipo mural del Coricancha es el más refinado del Cuzco y del Perú antiguo. Hay autores que deniegan a los Incas la invención y también el uso de ese tipo. Pero reconocer a poblaciones preincaicas como los únicos fabricantes de murallas con hileras de sillares significaría señalar a los incas como pobres diablos que no construyeron ninguno de esos palacios y santuarios de admirable mampostería, sino que solamente se anidaron en ellos. De ninguna manera debemos considerar el tipo sillar y otros tipos murales de la zona como un infalible indicio de diferentes épocas. Esos tipos, en

su mayoría y durante mucho tiempo, existieron contemporáneamente y fueron aprovechados según las diferentes finalidades de los edificios, conservando el tipo rústico para los andenes y reservando los sillares para las construcciones más nobles. Yuxta y superposiciones de tipos llamados por algunos autores "estilos más primitivos" y "estilos posteriores" afirman la nulidad de la hipótesis sobre la sucesión cronológica de estos tipos.

Una isla de paz delante de las murallas del Cuzco es La Recoleta. Agradecemos a los padres franciscanos que ya anteriormente nos habían abierto la valiosa e inexplorada biblioteca de su convento en la ciudad y que ahora, en este refugio casi campesino, nos muestran otras joyas bibliográficas. En una celda toca un estudiante religioso su máquina de escribir. Es fray José de Guadalupe, alias Mojica, el gran cantor mexicano. Pocos pasos después encontramos a un Trujillano, que saca de su celda un artículo mío, que le ha comunicado recuerdos a los mochicas-chimus, los antiguos habitantes de la costa norteña, de la distante región natal del fraile estudioso. El padre Bustamante, sobrino carnal del nuevo Presidente del Perú, nos muestra las pinturas del convento, algunas de conmovedora primitividad, otras de la concepción de grandes maestros.

La mayoría de los cuadros de La Recoleta, como casi todos los de la ciudad, se encuentran en estado deplorable. La época moderna no ha conservado bien la herencia. Y, más: se ha entrometido vilmente entre los venerables recuerdos y portentosos monumentos. Mástiles de alambres eléctricos, camiones gastados y descuidados, escaparates con baratillo, chalets y estatuas de mal gusto irritan la vista.

¡A Sacsayhuamán! Pasamos a Kolkampata, donde el Inca soberano inauguraba el año agrícola, trabajando simbólicamente con herramientas de oro. Echamos una vista a la quebrada con el romántico acueducto colonial. Curvamos al lado de los eucaliptos en la quinta del Creso del departamento. Y estamos arriba en la explanada artificial donde se celebraron concursos de la huara, prueba de la edad núbil de los jóvenes de nobleza incaica. Hacia el Sur se levantan tres arrecifes artificiales. Son las cintas dentadas de la antigua fortaleza, tres líneas de defensa magistralmente trazadas. "No hay en el mundo construcción de su género que pueda comparársele", dijo el experto y sabio Cl. R. Markham. Conocemos algunos de los métodos de los hombres de antaño, sabemos cómo cortaron las rocas colocando palos húmedos en huecos grabados, sabemos cómo transportaron las piedras encima de rodillos y como colocaron por medio de ranflas los bloques de 15 a 20 toneladas encima de otros del doble o triple peso. Lo sabemos, y sin embargo, estamos desconcertados frente al trabajo titánico con que fueron amontonadas las moles de Sacsayhuamán. Hombres sin carros, sin animales de tiro, sin herramientas de hierro, sin grúas han realizado una obra que aterraría a ingenieros provistos de las máquinas más modernas.

"But, for what?", me pregunta un yanqui. "¿Por qué han trabajado en dimensiones tan enormes si murallas y piedras menores hubiesen bastado para la defensa contra enemigos que solamente disponían de porras, hondas y arcos?" Pero muchas veces no vale la consideración netamente utilitarista. Las moles de Sacsayhuamán eran la expresión del poder de un mando totalitario sobre una colectividad bien organizada. *¿For what,* la cúpula del capitolio de Washington? *¿For what,* las altas columnas de palacios de justicia, de iglesias, de residencias? ¿Qué finalidad práctica tienen los desfiles de nuestros días?

Al otro lado de la explanada, "el trono del inca", tallado en la roca viva, trabajo de intachable precisión. El Rodadero, plaza de divertimiento, tal vez, ya hace 500 años, y seguramente en la actualidad. Las madres lloran las partes traseras de los pantalones y faldas de sus hijos e hijas que se deslizan por la andesita. Otras rocas: asientos para enanos y gigantes, canales y escalinatas que terminan bruscamente, huecos y huequecitos en masa, graderías en el techo, jofainas, nichos; todo grabado en la piedra y todo sin utilidad cognoscible. ¿Sitios sagrados para exhibir los ídolos y para determinar el curso de la sangre de los sacrificios o lugar de entrenamiento para aprendices de picapedreros?

Kenko. Amplio anfiteatro; en el centro, un deforme monolito que, según L. E. Valcárcel, su excavador, originalmente era la imagen del puma venerado y que fué mutilado por los primeros catequistas. Detrás, cavernas arregladas como mausoleo y para la celebración de ritos secretos. Arriba, otras veces, trabajos rocosos de finalidad inexplicable.

Salimos de lo secreto, oscuro e indescifrable.

Gracias a ti, ¡oh sol que nos alumbras! ¡Gracias a ti, oh cielo que nos cubres con sencillez y pureza! ¡Gracias a ti, oh campiña que nos calmas con tu hermosura!

Pucara. Pequeña fortaleza. Centinela hacia el Oriente.

Tampu Machay. Residencia de caza. Murallas de piedras rectangulares y poligonales sobre estrechas terrazas. Abajo una fuente, cuya agua cristalina cae por tubos líticos a un pozo. Algunos hablan de "juegos acuáticos", otros del "baño del inca". Seamos modestos y pensemos en instalaciones de agua potable y en un lavabo para los cazadores empolvados. Arriba, pastos de ichu, con un rebaño de llamas. Todo casi como en otro tiempo. Pronto aparecerá en la escalinata un siervo de S. M., el Sapaj Inca, en su colorido vestido para despedirnos del lugar.

En vez del orejón, nos advierte el claxon del taxi. Regresamos.

En la mañana de un domingo salimos para Pisac. Desde las alturas llanas, sumergimos en el valle de Yucay, en aquella parte del valle del Urubamba que los Kheshwas prehispánicos han cambiado de un paisaje silvestre en un ameno jardín entre gigantescos escollos.

En la plaza de Pisac, bajo dos pisonaes frondosos, se agitan oleadas coloridas de prendas indígenas. Predomina el rojo de los ponchos, faldas y cintas. Han llegado Indios de las vecinas aldeas y caseríos para asistir a la feria y misa. Ponen en venta productos agrícolas, monteras vistosas y medicinas populares, hasta el feto de una llama que, reducido a polvo, es recomendado por los curanderos para curar la pulmonía.

Subimos a la fortaleza incaica, por docenas y docenas de andenes, cada uno de 2 a 3 metros de altura y de 3 a 4 de profundidad. Los antiguos Mesopotamios construyeron sus jardines colgantes, los antiguos peruanos, sus campos colgantes. Por las andenerías los serranos conseguían la suficiente cantidad de producción agrícola que originalmente les impidió la estrechez de los valles templados. Por las andenerías se protegían contra la erosión del suelo durante la estación lluviosa (verano astronómico del hemisferio meridional, pero invierno climatológico de la sierra), y contra el desperdicio de agua durante la estación seca (verano serrano). Los remotos constructores de andenes podrían servir de maestros a muchas poblaciones actuales que luchan con los problemas de su terreno accidentado. Aquí en el valle del Yucay-Vilcanota-Urubamba han pegado sus terrazas artificiales desde el río, canalizado por los "gentiles", y, desde la vaguada, aplanada por ellos, casi hasta las cumbres en tinieblas. S. G. Squier, que nos ha dejado una plástica descripción de la región del Cuzco, calculó que los andenes de Pisac juntos tienen una longitud de 100 millas. ¡Cien millas de tierra fértil, acumulada, abajo de la cual —como me afirma un experto— ,muchas veces fué colocada una capa arcillosa para imposibilitar el escurrimiento de las aguas.

"¡Vamos, mula!" Pasamos a Hurin-Pisac, el Pisac-bajo de entonces, con su media luna de casas. Llegamos arriba al grupo del Intiwatana, considerado por la mayoría de los arqueólogos como observatorio solar, y por la minoría como simple soporte de un ídolo desaparecido. También los que sostienen la finalidad de un apuntador de solsticios y equinoccios, pese a todos los estudios, no han podido aclarar bien el manejo. La parte típica de los intiwatanas es una roca tallada con protuberancia cónica. La espiga rocosa de Pisac es circunrodeada por una muralla curva y por una puerta en que se han conservado diapositivos para asegurar la entrada. Los sillares de todos los muros de ese distrito sagrado pertenecen a los más primorosos sobre que disponían arquitectos de cualquiera época.

Impresionante el panorama. Abajo, profundamente inciso, el valle principal, hacia la izquierda, la quebrada que conduce hacia el Paucartambo, de donde —todavía durante el auge del incanato—, amenazaba la irrupción de indómitos Antis. Por esto, la protección del valle sagrado por la fortaleza de Pisac, que a cada paso opone sus terrazas y murallas. Pero los andenes, el intiwatana y muchos edificios detrás de sus muros de defensa afirman que Pisac no sólo era ciudadela. Era además, sitio religioso, residencia de autoridades y refugio de una numerosa población.

La admiración de los restos antiguos nos hizo regresar demasiado tarde para asistir al final de la misa dominical. Amigos que quedaron en el pueblo nos describieron el cuadro pintoresco: regidores indígenas flanquearon el portal de la iglesia, como estatuas de madera, en las manos sus pesados bastones ceremoniales, con anillos de plata, sobre el vestido ro-

jizo el pectoral igualmente de plata. En el momento de la salida del cura, otros indios tocaron sus conchas como las tocaron en tiempo del Inca los chaski, los corredores del correo imperial, para informar su llegada al próximo puesto.

¡A Ollantaytambo! Un puente con poderoso sostén incaico, petrografías, andenes y fortines avisan la vecindad de la residencia fortificada. Su nombre, traducido "Campamento de Ollantay", recuerda el rebelde general cuyo amor a la princesa Cusi-Coillur, la "estrella alegre", nos cuenta el españolizado drama "Ollantay".

Parte de la población actual es construída sobre cimientos prehistóricos. Una casa incaica es conservada casi intacta, otra contiene "el baño de la ñusta".

Desde el pueblo una magnífica vista a la cuesta de "Ollantay-Tampu", las plataformas con edificios y las terrazas agrícolas se alzan como un anfiteatro empinado. Arriba la célebre pared decorativa del palacio principal. Seis enormes bloques, verticalmente colocados, y 5 planchas entremetidas forman un frontal de pórfido de 4 metros de altura. Los exploradores de la región afirman que las piedras fueron arrancadas de canteras en sitios altos, allende el río. La afirmación inverosímil tiene sus testigos: al lado de la ruta, que termina en una ranfla con muro de contención de 20 m. de altura, se hallan otros bloques, cortados para la construcción de la residencia que nunca fué terminada. "Piedras cansadas", dice la gente, con poesía y acierto.

Desde la pared decorativa gira la vista hacia las estrechas construcciones en el costado del cerro, excavadas con motivo del IV centenario del Cuzco y señaladas como mausoleo de los nobles. Y gira hacia el cerro Pinculla en cuya falda se pegan 5 plataformas superpuestas que la tradición llama "escuela de las ajillas", de las vírgenes escogidas. Más arriba, para almas sensibles en altura vertiginosa, se notan "la horca de la mujer" y "la horca del hombre", de donde pecadoras entre las escogidas y quizás sus cómplices fueron despeñadas. El lugar contradice en algo a los relatos sobre el régimen paternal de la sociedad incaica.

Al fin, la excursión a Machupicchu.

Al lado de la ruta se alzan los cerros nevados, luciendo los unos como pálidos fantasmas, brillando los otros con puntas plateadas. El autocarril penetra en el cañón del Urubamba, que en cascadas corre abajo.

Km. 106. A la izquierda, colgada en la altura, la "nueva" ruina de Wiñay Waina. "Eternamente joven" significa su nombre. Era cubierta de vegetación selvática cuando, hace cuatro años, J. C. Tello comenzó a estudiarla. Ahora, limpiada por escuadrillas, saluda hacia el valle con terrazas de granito blanco. ¡Eternamente joven!

Pocos kilómetros más: la estación de Machupicchu. Marchamos por los túneles de la carretera en dirección a Santa Ana. La flora es semitropical: fresas silvestres abajo de begonias, moras juntas con orquídeas. ¡Qué vegetación en 2.000 m. de altura!

En frente, arriba, en una cresta, aparece el Machupicchu, antiguo nido de cóndores.

Cruzamos el río, cuyas aguas resplandecen en mil centelleos.

Las mulas nos llevan por el sendero escarpado hacia las ruinas que, durante siglos se habían perdido bajo árboles, arbustos y maleza. De 1911 al 15, el norteamericano Hiram Bingham, jefe de varias expediciones de la Universidad de Yale, limpió, investigó y describió el vetusto monumento, adquiriéndole fama continental. Pero la yungla volvió a enterrar a Machupicchu, hasta que, recientemente, el Patronato Cuzqueño de Arqueología, el meritorio guardián de las ruinas del departamento, emprendió la nueva liberación.

En los últimos años, tres vecinas más fueron arrancadas a las garras de la selva y del olvido: la alba Wiñay Waina y —gracias a la famosa expedición dotada por el millonario Wenner Gren y encabezada por Paul Fejos—, Phuyupatamarca, "la ciudad sobre las nubes" y Sayaccmarca, "la ciudad inaccesible". Los nuevos hallazgos han aumentado la importancia arqueológica de la región, pero no han disminuído la importancia de Machupicchu.

Lentamente avanzan las mulas por el zigzag del sendero que en poca distancia vence los 400 metros de diferencia de altura.

Vistas sublimes nos dominan. En el fondo del valle, el río serpentea en doble recodo por la profunda garganta. Domos rocallosos se levantan hacia el cielo de inmaculado azul.

El gerente del albergue de turismo nos recibe. Un amable cicerone de las ruinas.

Entramos en el distrito antiguo. Quedamos

emocionados frente al panorama que se desarrolla delante de nosotros.

No es la extensión de las ruinas que da la sensación de lo imponente. Pues Machupicchu, comparado con Chanchán, Marca-Huamachuco o Pachacamac, es solamente una aldea. Tenía su importancia como cabeza religiosa y administrativa de cierta tribu o comarca, pero era la residencia de no más que 1.000 a 1.500 personas.

La impresión imponente se debe a la sensibilidad estética de los antiguos arquitectos que sabían mantenerse frente al gigantesco marco natural. Sabían sugerir el sentimiento de que ese Machupicchu de pocas hectáreas de extensión sea en realidad el centro del majestuoso recinto de picos y abismos. Lo hicieron sin buscar el contraste, que hubiese ofendido la vista, más bien anhelaban la armonía acompañando con sus líneas constructivas los contornos naturales, los accidentes del nivel y los perfiles del fondo. Reflejaron la monumentalidad del panorama en la monumentalidad de su microcosmo: en los sillares, los bloques cúbicos de las viviendas y las superpuestas paralelas de los andenes y plataformas. Pese a las diferencias de tipos murales, de planos y niveles, Machupicchu es una totalidad. La decoración y los detalles no importaron. ¡Se considere esa parte entre el torreón principal y la llamada casa de la ñusta! Se han perdido pormenores de antaño, pero, sin embargo, existe la impresión: todo es intacto; el próximo momento saldrá del umbral la princesa con su séquito.

Es una totalidad orgánica, una alfombra arquitectónica de templos, torres, viviendas y plataformas. Cien graderías con tres mil peldaños son las urdimbres.

Observamos, medimos y fotografiamos: la mística cueva funeraria; la "masma", galería cuyo techo reconstruído muestra la manera de amarrar las vigas a los cilindros horizontales; los pozos; el intiwatana y aquella sala sagrada, cuyas tres ventanas originaron la entretanto rechazada suposición de Bingham de que ahí estaba el legendario Tamputocco, el lugar de las ventanas de donde salieron los 4 hermanos ayar para la marcha hacia el Cuzco y la fundación del señorío incaico.

Pensamos en los enigmas de Machupicchu: ¿Cuándo fué fundada y cuándo abandonada?

Pero siempre nos apartamos de las observaciones y reflexiones, siempre interrumpe la vista a este panorama de belleza heroica.

Crepúsculo.

Los cerros se pierden en la incertidumbre. Tinieblas envuelven al Wainapicchu "el pico joven", último refugio de los habitantes de Machupicchu, "el pico viejo".

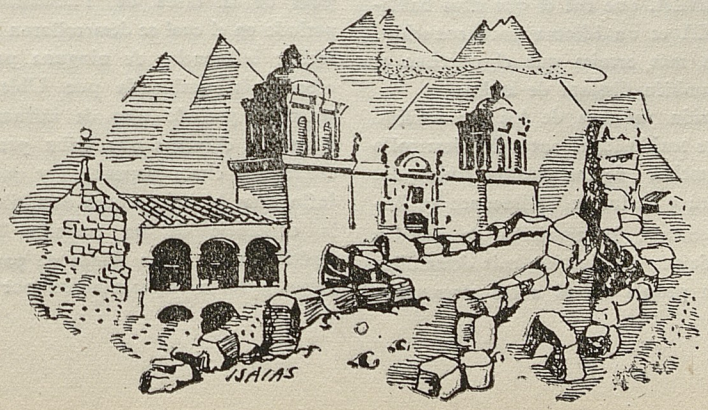
Noche. Las siluetas de las pendientes se unen al cielo negruzco. Arden columnas de fuego, encendido por las escuadrillas de limpieza o por los campesinos que queman el ichu en alturas lejanas. Lejano es todo: el mundo y las estrellas.

La mañana. Nubes amenazadoras se ciernen sobre el paisaje que con razón se ha llamado de fantasía dantesca.

Bajamos al valle. A los hombres. A la actualidad.

El autocarril nos lleva al Cuzco, el tren a Puno, el coche dormitorio a Arequipa, el avión a Lima, el bus a la costa norteña.

Pasamos por la diversidad de regiones y poblaciones. Es un desfile abigarrado: alpacas y hangares, balsas de totora en el Titicaca e hileras de carros en la Unión de Lima, cerros nevados y dunas de la costa, relieves mestizos y pilastras de cemento. Pero intangible queda el recuerdo precioso, el recuerdo al Cuzco milenario y sus alrededores, el recuerdo a la sinfonía de grandeza humana y belleza natural.



Dra. Grete Mostny

Los Antiguos ATACAMEÑOS

En la región comprendida entre Tacna y Copiapó vivía, muchos siglos antes de la Conquista europea, un pueblo que se llamó LIKANANTAI y que nosotros llamamos atacameños. Les fué dado este nombre porque el centro de su civilización se encontraba cerca del Salar de Atacama.

Su cultura fué estudiada por Max Uhle, Tomás Guevara y especialmente por don Ricardo E. Latcham, quien dedicó cincuenta años de su vida a la exploración arqueológica de Chile.

El pueblo de los atacameños es uno de los más antiguos de la América del Sur. Hace por lo menos 2.000 años ellos no sólo ocuparon la región Norte del territorio nacional, sino también todo el Sur del Perú hasta el Cuzco, parte de Bolivia, hasta la hoya del lago Titicaca y el río Desaguadero y el Noroeste de Argentina. Esta extensión se puede probar lingüísticamente, pues denominaron montañas en estas regiones con nombres en idioma KUNZA, que fué el que ellos hablaron. El KUNZA es un idioma poco conocido. Es una lengua más arcaica que el quechua y aymará y es también distinta de ambos.

Esta expansión máxima de los atacameños tiene que haber tenido lugar antes del desarrollo o de la inmigración de los pueblos civilizados del Sur del Perú y de los de Tiahuanaco en Bolivia. Aparentemente, la aparición de pueblos más fuertes o de una civilización más desarrollada que la suya propia obligó a los atacameños a retirarse hacia el Sur y contentarse con la ocupación del Norte de Chile.

La expresión más pura de su civilización la encontramos —como dije más arriba— en la región entre el río Loa y el Salar de Atacama. Como esta región fué ocupada desde tiempos remotos, se encuentran en los cementerios a veces capas superpuestas de tumbas, lo que nos permite establecer una cronología, por lo menos relativa; esto significa que podemos establecer una secuencia de culturas, sabiendo cuál es la más antigua y cuál la más reciente, pero no podemos vincular ninguna de ellas con una fecha astronómica o calendaria.

Debido a los excelentes estudios de Latcham, sabemos que los indios atacameños eran contemporáneos con la formación, apogeo y decadencia del Imperio de Tiahuanaco, pues encontramos en sus tumbas objetos que pertenecen a esta civilización del Altiplano, y que después de la caída de Tiahuanaco siguió un período en el cual se desarrollaron libremente, sin recibir influencias de ninguna parte. Según la cronología establecida por Uhle, sigue como próximo período uno de influencias chinchas. Eran los chinchas una tribu peruana, que alcanzó una cierta hegemonía y que extendió sus influencias hasta el centro de Chile. Hoy en día, la existencia de un período "chincha-atacameño" está sujeta a dudas de parte de muchos investigadores, especialmente por el hecho de

que las influencias chinchas faltan en el Sur del Perú. Además, la semejanza entre los tipos chinchas y los chincha-atacameños es demasiado débil para reforzar esta teoría. Tampoco hay influencias chinchas en el Noroeste argentino, que étnicamente forma parte del territorio atacameño. Hay otras razones, pero son demasiado extensas para exponerlas en estas páginas.

Una invasión extranjera que está fuera de dudas fué la de los incas. Ellos llegaron en sus conquistas hasta Chile central y se vieron obligados a detenerse debido a la fuerte resistencia de los araucanos. Pero la ocupación incaica fué corta. El máximo para el Norte son 75 años, menos para el Norte chico, y menos todavía para Chile central. El desarrollo de su Imperio, que alcanzó desde el Ecuador hasta el centro de Chile, fué interrumpido por la llegada de los españoles. Los restos arqueológicos que encontramos de esta época demuestran que la mayor parte de los objetos fueron hechos por los mismos incas, o quizás traídos del Perú, y raras veces alcanzaron a mezclarse sus ideas y formas artísticas con las que se encontraron en la región y formar de esta manera un nuevo estilo, inca-atacameño.

En la costa pacífica encontramos en muchas partes restos de los pobladores primitivos de la región. Estos restos son los CONCHALES, que son acumulaciones de basuras, tales como conchas, cenizas y huesos, entre los cuales se encuentran herramientas quebradas o perdidas por los indios, y todo esto mezclado con tierra. Los restos de los primeros habitantes del sitio forman las capas más inferiores, y los restos de los últimos pueblos, las capas superiores de los conchales. Sacando capa por capa y estudiando los objetos que se encuentran en ellas, se obtiene una serie de herramientas y útiles, tal como los indios los habían usado en el transcurso del tiempo. Vemos que los primeros habitantes de las costas del Norte eran pueblos pescadores, que se mantenían por la pesca y caza de aves marítimas, que no conocían ni la agricultura ni la alfarería y que no tenían tejidos u objetos de metal. Sus materiales preferidos eran la piedra, el hueso y la madera (esta última era bastante escasa). Los pueblos pescadores, que se encuentran además en toda la costa pacífica y atlántica, tienen que haber ocupado el territorio por bastante tiempo, si se considera que algunos de sus conchales alcanzan hasta 5 metros de profundidad y solamente las últimas capas de arriba contienen productos de pueblos más avanzados que los pescadores.

Las sepulturas más antiguas que se encuentran contienen los esqueletos en posición tendida, generalmente de espaldas, y son pobres en ajuar funerario. El tipo más reciente es de sepulturas en cuclillas; el cuerpo del difunto es doblado poco tiempo después de muerto, amarrado con cordeles y envuelto en ponchos. Así se le sepulta, o sencillamente en un hoyo hecho en el suelo o a veces en una celda subterránea, forrada con piedras. Rodean al muerto con los objetos que le pertenecieron en vida y lo proveen de alimentos; esta costumbre está basada seguramente en la creencia de una continuación de la vida después de la muerte, una vida que tiene que ser muy semejante a la que el indio ha abandonado, puesto que las mismas cosas le sirven para ella. Para la arqueología esta creencia es de sumo valor, porque es en los cementerios donde encontramos la mayor parte de los documentos para la vida de los atacameños.

Los sucesores de los pescadores formaron una sociedad de agricultores. El mar no es la única fuente de provisión; han aprendido a cultivar el suelo y a sembrar y cosechar el maíz y otras plantas alimenticias. La carne no se consigue únicamente por la caza, sino también por la crianza de llamas. Estos animales les sirven, además, como bestias de carga en sus viajes por la región; tenemos que imaginarnos que había un canje bastante activo y regular entre los productos de la costa y del interior.

Debido a la escasez de territorio idóneo para la agricultura, sus campos de cultivo están arreglados en forma de andenes, es decir, terrazas en las pendientes de las colinas, que se proveen de riego artificial por un sistema de acequias. Las llamas les servían además por su lana. La hilaban, la teñían y la tejían en paños y ponchos de varios colores y dibujos. Otra industria muy desarrollada entre los atacameños era la cestería. Con junquillo y totora fabricaban canastos grandes y pequeños de variadas formas, produciendo dibujos y decoraciones con el empleo de materiales de diferentes tonos. Estos canastos eran tan bien hechos, que les servían hasta para guardar líquidos. Es posible que esta técnica precediera a la cerámica. La cerámica misma que ellos

fabricaban es de dos tipos; una sin decoración, de color rojo hasta negruzco, que sirvió para el uso doméstico, y otro de hechura más fina, de superficie pulida y pintada, que —faltando rasgos de haberse usado— sirvió probablemente como vasos ceremoniales. El fondo es casi siempre rojo, y los dibujos, negros o en negro y blanco. Hay gran variedad de formas: vasos ápodos, sin asas y con ellas, vasos de base plana, con una o dos asas, ollas, platos, y muchas otras más. Lo que llama la atención es que la mayor parte de la cerámica tiene una base redonda o puntiaguda, de manera que no se pueden mantener de pie sin soporte. Parece que fueron puestos en la arena, que es blanda, o afirmados por piedras sobre el fogón.

El último arte, por ser el más difícil, que aprendieron los atacameños, era el de labrar los metales. El oro fué empleado muy pocas veces, y la plata tampoco tenía importancia para ellos. El metal más usado era el cobre y su aleación, el bronce; trajeron el estaño que se necesita para su elaboración del Altiplano, canjeándolo probablemente por productos de su propia elaboración. Se encuentran anzuelos, hachas, cuchillos, brazaletes y otros artículos de este metal en sus tumbas.

Además de ser agricultores, tejedores, alfareros y metalúrgicos, los atacameños eran también constructores de ciudades. Su manera de edificar era con piedra, y sus casas son las primeras que se conocen que tengan ventanas. Este detalle arquitectónico fué imitado por los incas. Las casas están arregladas en pequeños grupos, cerca de los andenes de cultivo, o, como es el caso de Lasana, formando calles y plazuelas. La manera de edificar con adobes no se conoció en Chile antes de la invasión incaica.

La ciudad más grande de que se sabe hasta ahora —y está muy poco explorada la región— es Lasana, algunos kilómetros al Norte de Chiuchiu. La ciudad se encuentra en la ribera del río Loa superior y está muy bien conservada. Según el criterio de un arqueólogo argentino, que la visitó, es la ciudad mejor conservada de todo el Norte chileno y argentino. Los muros se levantan en muchas partes todavía a su altura original, y donde hay devastación, se debe ésta, principalmente, a las actividades de los vecinos del lugar, que usan al pueblo indígena como cantera, para sacar las piedras que ellos necesitan para sus casas, puentes y otros edificios.

Un estudio minucioso de esta ciudad, y la búsqueda de otras menos conocidas, es también el objeto principal de la expedición arqueológica chilena que saldrá en el mes de octubre al Norte. La región entre el río Loa superior y el Salar de Atacama tiene que haber sido densamente poblada; en todas partes se encuentran restos de andenes —y muchos de ellos se usan todavía—, de cementerios indígenas y de ruinas de poblaciones. Además, pasó por esta región el Camino de los Incas. Este camino es una de las rutas de invasión de los incas; forma parte de toda una red de comunicaciones que tenía como punto central al Cuzco. Es improbable que los incas fueran los constructores del camino, sino que ellos lo usaron y adaptaron para movimiento de tropas en gran escala. A lo largo del camino se encuentran muchos petroglifos, que son dibujos y relieves, casi todos ininteligibles para nosotros, que comunicaron algo a los indios. Se ven frecuentes repeticiones de llamas, de hombres que las cazaron, de pájaros, serpientes y otros signos, de los cuales es difícil reconocer su sentido original. Estos petroglifos se encuentran no solamente en la región de los atacameños, sino que están distribuídos en toda América. Hasta ahora no se han hecho estudios bastantes extensos y universales para poderlos descifrar.

El lector puede darse cuenta, por estas pocas páginas, de que los problemas de la prehistoria chilena están lejos de ser solucionados. Podemos comprobar que Chile tiene su propia arqueología, muy interesante, si no tan espléndida como la de algunas partes del Perú; que se empezaron a hacer estudios sistemáticos, reuniendo material y excavando sitios arqueológicos, pero que se necesita todavía mucho más trabajo para poder decir algo definitivo. Explorar una pequeña región, saliendo de Calama, por Chiuchiu, Lasana, Turi y Vega de Paniri, es el propósito de la expedición en conjunto que harán el Museo Nacional de Historia Natural y la Universidad de Chile. No obstante la difícil época que atraviesa todo el mundo, se ha encontrado bastante entusiasmo y colaboración de parte de las autoridades y entidades científicas y culturales, para realizar este viaje y satisfacer un poco la curiosidad intelectual, que es la parte más humana del hombre.

ARTES Y LETRAS

Salvador Reyes

BAROJA
con la chaqueta al hombro

Hay cierta gente que quisiera no ocuparse de él, arrinconarlo y poder contestar, encogiéndose de hombros:

—¿Baroja? Ya no lo leo, no me interesa...

Pero es imposible: don Pío se hace presente a cada momento y saca de quicio a los más fríos. Unos aplauden, otros se indignan, pero nadie queda indiferente. Hace muchos años que Baroja viene siendo la figura más viva, más inquietante de la España literaria. En su casa de la calle Alarcón, de Madrid, en invierno, sentado junto al fuego, don Pío dice:

—Uno ya está viejo; no sirve para nada...

Y el pliegue vagamente irónico de su sonrisa y el brillo de sus ojos claros se burlan de sus propias palabras.

Baroja no vive en paz ni deja vivir en paz. Este pesimista, este caminante escéptico que parece fatigarse pronto del paisaje, es dueño de una inquietud que los años no dominan. La vejez es un estado de bienestar que ciertos hombres

como don Pío no alcanzan nunca. Ellos realizan la paradoja de ser escépticos apasionados y de vivir apasionadamente sobre la certitud de que la vida es vacía e inútil.

Acaba Baroja de provocar una discusión acalorada con su libro de versos *Canciones del Suburbio*. ¿Es poeta? ¿No lo es? Como siempre que se discute a don Pío, las cosas se han agriado y los discutidores se han dicho una cantidad de enormidades. Mientras tanto, en su casa de Alarcón, Baroja sonríe, con su sonrisa de hombre bondadoso e irónico, y dice:

—Ya uno esta viejo; ya no sirve para nada. . .

Pero, ¿cómo negar la poesía barojiana? *Canciones del Suburbio* es un libro de un extraño sabor, pero, indiscutiblemente, el libro de un poeta.

Y uno se pregunta: ¿Por qué don Pío no ha publicado hasta ahora un libro de esas canciones, baladas o estampas como las que se encuentran diseminadas en sus novelas? Sería un volumen único, un nuevo género de poema en prosa, una producción capital en la enorme obra barojiana.

Hay que recordar aquellos poemas de *El Laberinto de las Sirenas*, que don Pío atribuye a O'Neil: *El Gran Pan ha Muerto, El Torrero del Faro, La Canción del Capitán Galardi;* aquella célebre *Balada de los Buenos Burgueses*, y la otra no menos pesimista e irónica: *Baroja no será nunca nada;* las pequeñas estampas que encabezan los capítulos de *Las Agonías de Nuestro Tiempo*. Recordemos: *Viena, Todo es Viejo, El Estanque, París.*

Esas canciones o poemas son síntesis barojianas admirables. En ellas está todo el estilo de este escritor que ha logrado despistar a los críticos hasta el punto de que algunos de ellos afirmaron que no tenía estilo. El novelista potente, pleno de color y el filósofo amargo y sonriente a la vez se confunden con el poeta, más bien dicho, forman el poeta de estas canciones. La última que don Pío ha publicado, inserta en sus *Memorias*, acrecienta en nosotros el deseo de tener en nuestras manos pronto un volumen de este género. He aquí ese poema:

EL VIAJERO Y SU CANCION

"Yo soy un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto, con la chaqueta al hombro, al amanecer, cuando los gallos lanzan al aire su cacareo estridente como un grito de guerra y las alondras levantan su vuelo sobre los sembrados.

"De día y de noche, con el sol de agosto y con el viento helado de diciembre, he seguido mi ruta, al azar, unas veces asustado ante peligros quiméricos, otras, sereno ante realidades peligrosas.

"Para entretener mi soledad he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes, según el humor y el reflejo del ambiente en mi espíritu.

"A veces, al pasar por delante de una casa del camino, cantaba más alto, gritaba, quizás con jactancia, queriendo ser escuchado.

"Alguna ventana se abrirá —pensaba—, y aparecerá un rostro simpático y jovial.

"No se abría ninguna ventana, no salía nadie: yo insistía cándidamente, y, al insistir, iban brotando de aquí y de allá caras torvas, miradas hostiles, gente en guardia, que apretaba el garrote entre las manos huesudas.

"Quizás les he ofendido —discurría yo—. Esa gente no quiere nada conmigo. Y seguía mi marcha, al azar, con la chaqueta al hombro, sin objeto, cantando, tarareando y silbando. . .

"Durante mucho tiempo esta soledad, el graznido de las lechuzas, el aullido de los lobos, me llenaban de angustia y de inquietud. Entonces intentaba acercarme a la ciudad; pero al querer entrar en ella me paraban en la puerta y me ponían como condición, para pasar, el dejar a la entrada unos sueños gratos, más gratos que la vida misma.

"—No, no; prefiero volver al camino —murmuraba.

"Y seguía marchando con la chaqueta al hombro, al azar, sin objeto, can-

tando, silbando y tarareando, estremeciéndome con los rumores del campo, con el ruido del agua en el arroyo y el cantar agorero de las cornejas.

"Después, poco a poco, me dejaron entrar en la ciudad sin condiciones, pero dentro de las calles me sentí ahogado, estrechado, sin poder respirar, y volví de nuevo al campo...

"Hoy algún camarada me dice:

"—Descansa aquí. ¿Por qué no vivir entre las gentes? Hay remansos tranquilos, hay rincones donde no se miran unos a otros con faz torva y amenazadora.

"—Amigo —respondo—: yo soy un hombre de paso, algo que se mueve y no arraiga, una partícula de aire en el viento, una gota de agua en el mar.

"Ahora me sucede como al viajero que ha creído marchar a la casualidad por el fondo de los barrancos, y al llegar a una altura, al ver el camino recorrido, comprende que, a pesar de sus desviaciones y sus curvas, llevaba instintivamente un plan.

"Ahora, en el río confuso de las cosas que pasan eternamente siempre, cambiando y buscando su fórmula definitiva (el "werden" hegeliano), veo mi existencia como una cosa que ha sido y que ha llegado a su devenir.

"Ahora la soledad no me entristece ni me asustan los murmullos misteriosos del campo, ni el graznido de las cornejas. Ahora conozco el árbol en que cantan los ruiseñores y la estrella que lanza su mirada confidencial en la noche. Ya encuentro suaves las inclemencias del tiempo y admirables las horas silenciosas del crepúsculo en que una columna de humo se levanta en el horizonte.

"Y así sigo, con la chaqueta al hombro, por este camino que yo he elegido, cantando, silbando, tarareando.

"Y cuando el destino quiera interrumpirlo, que lo interrumpa; yo, aun que pudiera protestar, no protestaría..."

Se discutía aún acaloradamente sobre *Canciones del Suburbio*, cuando apareció el primer volumen de las memorias de Baroja, tituladas *Desde la última vuelta del camino*.

Una parte de estas memorias había sido ya publicada en un semanario madrileño y había molestado a muchísima gente. La aparición del libro ha colmado el entusiasmo de unos y la indignación de otros. En una encuesta organizada por un periódico llamado *La Estafeta Literaria* vemos elogios de Miguel Pérez Ferrero (biógrafo de Baroja), de Azorín, de Giménez Caballero, de Luis Astrana Marín, de César González Ruano y de otros. Entre los varios que lo atacan furiosamente (algunos con la grosería propia de su anonimato), el único conocido (como traductor y no como escritor) es Luis Ruiz Contreras. Las viudas de Maeztu y Villaespesa también toman cartas en el asunto. La primera lamenta no encontrar "en todo el libro ni un recuerdo piadoso, ni una frase de comprensión", para su marido; la segunda protesta porque Baroja cuenta que Villaespesa le pidió en una ocasión "cuarenta duros", que no le devolvió nunca.

Hay en las memorias barojianas muchas páginas poco halagadoras para Valle Inclán, pero ninguna de ellas da la impresión de haber sido escrita con odio. Simplemente Baroja es fiel a su propósito de escribir sinceramente, de decir lo que piensa. Ni la literatura ni las barbas de don Ramón le agradan. ¿Cómo puede callarlo?

En nuestros paseos parisienses de 1939, yo oí contar a don Pío muchas de las anécdotas que ahora leo en sus memorias. Las contaba casi con las mismas palabras con que ahora las ha escrito. Esto testimonia que no hay ningún truco en el libro, que lo que Baroja ha escrito responde a una convicción suya, sostenida a través de mucho tiempo, y que no es un capricho ni el fruto de un momento de malhumor.

Baroja cree que Valle Inclán no conoció el país vasco suficientemente como para escribir sobre él, y luego cuenta que don Ramón se hacía retratar por los pintores "joven, guapo, fuerte y gallar-

do". Y agrega: "Además de la antipatía física, había entre nosotros una antipatía intelectual. Pero existía una diferencia, y era que él, con razón o sin ella, temía que, en el mejor día o en la mejor ocasión, yo hiciera algo que estuviera bien, y yo, con motivo o sin él, no tenía ese temor. ¿Por qué? Principalmente, porque yo creía que su idea de la novela y del estilo era radicalmente falsa y que no podía llevar más que a obras amaneradas y sin valor. Cualquiera, al oírnos hablar, hubiera pensado: "Valle Inclán es el que se cree seguro y Baroja el vacilante, y no había tal. Así resultaba que él leía mis libros cuando aparecían y yo no leía los suyos, porque, dadas sus premisas, yo estaba seguro de que no me podían gustar".

Todo esto —dirán algunos— no es más que riña literaria. Puede ser. Pero por primera vez un gran autor moderno habla con esta claridad y llega, en detalle, a desnudar su pensamiento sobre sus contemporáneos.

Las opiniones de Baroja sobre el "gran don Ramón de las barbas de chivo" han caído muy mal en la familia del autor de las "Sonatas". Su hijo Carlos ha respondido a la encuesta de "La Estafeta", con una larga y furiosa carta que termina recordando algunas frases de *Camino de Perfección* sobre las monjas y el Corazón de Jesús, que a otro de menos prestigio que don Pío pondrían en difícil situación. Esta maniobra es, naturalmente, excusable en nombre del amor filial.

El primer volumen de las memorias barojianas está animado de una fuerza extraordinaria; el pulso del escritor golpea con la misma fuerza y regularidad que en *"La Caverna del Humorismo* o en *Juventud, Egolatría,* libros también confidenciales en cierto modo. Se es joven o no se es. Y Baroja está armado de una juventud a toda prueba. Es un placer oírlo hablar con esa inconfundible claridad suya, decir cosas lógicas y humanas; es una delicia encontrarse frente a una literatura como la suya, completamente ajena al barroquismo hoy día tan en boga en las letras españolas.

"Escribir con sencillez —dice— es muy difícil y exige mucho tiempo; más de lo que la gente se figura. Yo comprendo que un libro así como éste, un buen escritor no debe hacerlo, y, sin embargo, de algunos escritores más bien malos que buenos quizás fuera el único libro suyo que yo leyera. De un gran escritor, probablemente, no leería un libro de esta clase, porque me desilusionaría; pero de un escritor obscuro puede que sí."

No es Baroja, ciertamente, el escritor obscuro, cuyas memorias interesan; es el caso extraordinario del escritor ilustre que puede hablar de sí mismo y de la gente que ha conocido, sin falsear ni un instante su pensamiento. De ahí que su libro no decepcione. Al abrirlo, uno sabe que no va a encontrarse con las confesiones de una vida brillante para uso de los snobs, sino con el análisis y las observaciones de un pensador, fiel a la verdad, a *su* verdad, naturalmente.

Este primer volúmen de las memorias, cuyo título general es *Desde la Ultima Vuelta del Camino,* se llama *El Escritor, según él y según los críticos.* Baroja pasa revista a las opiniones que se han vertido sobre él y las discute. Cuenta cómo compró la célebre casa de Vera, y describe su propio físico, comparando la suya a las descripciones que otros han hecho. Hojeando este libro y queriendo dar una idea completa al lector, uno no sabe qué escoger. En cada página salta una frase apasionante, una observación original, una confesión sincera.

"Puede que en mis ideas —dice— haya sido un poco fauno, pero lo que es en la vida, no lo he sido. Nunca me he aprovechado de mi fuerza o de tener superioridad en un momento para algo. No me ha gustado ni aun aprovecharme del animal. He hecho pocas cosas en la vida y me he pasado mucho tiempo paseando, divagando, sentándome en los bancos y mirando el paisaje y las nubes. No he impurificado el aire con miasmas malsanos y siempre he tenido admiración y respeto por la gente sencilla e ingenua."

A unos jóvenes que se quejaban de

la idea pobre que daba del amor, don Pío les responde que su queja "es una consecuencia de la petulancia española. Al español le indigna que se le diga que su vida amorosa es, en general, pobre, sin dramatismos; pero así es, ¡qué le vamos a hacer! Yo creo que el país rural que no es rico no tiene una ética libre. Sólo en los países comerciales e industriales de clima blando es donde se destaca la personalidad de la mujer y triunfa el amor apasionado. Hay mucha petulancia en los escritores meridionales en esta cuestión. Que la mujer, en general, busque al hombre fuerte con la idea de los hijos, no es para ellos algo romántico y satisfactorio. El hispanoamericano, por ejemplo, quiere creer que la mujer busca al poeta, que esto la embelesa y que el poeta es él. Morenito, con el pie pequeño y los ojos negros. Verlaine, según eso, debió pasar el fin de su vida entre grandes damas, y vivió abandonado como un mendigo. ¡Y eso en París! En cambio, ¡cuántos majaderos insignificantes han sido mimados por bellas señoras un poco snobs!

"El que mejor hace el papel de escritor genial entre las mujeres es casi siempre el que tiene muy poco de escritor y nada de genial.

"He viajado por España —agrega— siempre que he tenido ocasión y he curioseado todo lo que he podido. En Madrid y fuera de Madrid, si se me ha invitado a ir a un sitio espectacular, he rehusado, pero si se me ha ofrecido llevarme a un lugar donde hubiera señoras interesantes, he aceptado siempre. A pesar de ello, se me ha considerado como un enemigo del país y de las mujeres.

"Es un lugar común adverso. Sin duda ha tocado uno, queriendo o sin querer, fibras que corresponden a un movimiento de repulsión. Yo he hablado siempre con desdén de la galantería estúpida y provinciana convertidá en lugar común.

"Yo no he pretendido ya de viejo tener éxito con las mujeres, pero si he querido conservar la amistad con alguna, la verdad es que no lo he conseguido. Sin embargo, he sido fiel a la amistad; no he cambiado ni he sido versátil; pero parece que esta manera de ser no es la más favorable para un trato amistoso. Luego las mujeres inteligentes tienen simpatía por unos hombres tan estúpidos, que se queda uno maravillado. Puede que a los hombres nos pase igual con ellas y no lo notemos."

Si hablando del amor, don Pío nos dedica una frase poco amable a los latinoamericanos, más adelante dice: "El rencor de los hispanoamericanos por haber dicho yo de ellos tres o cuatro cosas agrias, no me interesa nada. Solamente los pueblos ñoños no pueden resistir que se burlen de ellos. Es una manifestación de debilidad y de tontería".

En realidad, uno no sabe de dónde ha sacado Baroja eso de nuestro rencor. Habrá habido gente con una actitud hostil hacia él, como la ha habido o la hay en España misma. Pero existe muchísima más que admira y quiere a don Pío, y que ríe de buena gana cuando él nos pinta "morenitos, con los ojos negros y el pie pequeño", o cuando dice que llevamos un loro en el hombro y que formamos el "continente estúpido". En general, el latinoamericano sabe llevar una burla y reír con ella. Es mucho menos solemne que el español, menos grandilocuente. He conocido más barojianos en Chile y en el Perú que en España. Hablo más de lectores que de escritores (en España, aparte de Baroja, no he conocido ningún escritor), y esos barojianos latinoamericanos me han parecido más libres de prejuicios, más ecuánimes y serenos.

Sobre las imitaciones, Baroja dice: "A mí me han atribuído una porción de imitaciones, hasta el punto que no ha habido escritor célebre que, según los críticos, no haya imitado. En esto se ha tenido una suspicacia bastante estólida que no se ha tenido, evidentemente, con los demás. Yo siempre he dicho que mis escritores favoritos han sido Dickens, Poe, Balzac, Sthendal, Dostoyewsky y Tolstoi. La gente ha debido creer que yo tenía secretos. ¿Qué secretos va a tener un escritor que ha

publicado setenta u ochenta volúmenes?"

"Yo no me lamento —escribe más adelante— de haber trabajado durante más de cuarenta años sin gran resultado. En el trabajo he tenido la recompensa. Si hubiera tenido dinero, hubiera sido, no un calavera, pero sí un poco sibarita: hubiera andado con mujeres guapas, hubiera abusado de la comida y de la bebida, hubiera viajado por lejanas tierras y ahora probablemente estaría desesperado. Las diversiones me dicen poco y hasta en la diversión encuentro yo el aburrimiento. Sin embargo, soy partidario de la vagancia." Y algunas páginas más adelante, dice: "A veces yo me pregunto: ¿Seré yo un verdadero literato o no? Y me inclino a pensar que no. Pues, ¿qué es usted?, me preguntará el lector. Soy un hombre curioso y que se aburre desde su más tierna infancia. Si hubiera sido un hombre rico y hubiera podido pasar la vida alegremente, creo que no hubiera escrito".

Desde la Ultima Vuelta del Camino ocupará un sitio muy especial dentro de la vasta producción barojiana. Si es verdad que toda la obra de un escritor viene a ser una confidencia, éste es el libro más confidencial de Baroja. El gran novelista habla un lenguaje sencillo y directo, de una sinceridad pasmosa. Es el gran Baroja de siempre, que "ha salido por el camino con la chaqueta al hombro, cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes"; es el Baroja insobornable, amargo ante la hipocresía y la falsedad; tierno ante la sencillez y la inocencia; implacable frente a las farsas sociales y literarias, ante las comedias de la pretensión y del snobismo.

En las memorias modernas, que se dicen más sinceras, como las de Franck Harris, por ejemplo, se advierte la *pose*, el aliño y la escena más o menos destinada a producir efecto. En el libro de Baroja se ve la verdad; Baroja no teme a la actitud natural, al gesto simple y sin brillo.

Este libro va, posiblemente, a acrecentar la fama de malhumorado que han dado a Baroja los que no lo conocen ni lo han comprendido. Cuando un hombre no halaga a los personajes ni a las ideas de moda, cuando defiende su independencia y se burla de ciertas actitudes sociales y literarias, se dice de él que es un agriado. Pero los que conocen a don Pío pueden hablar de esa sencillez y de esa cordialidad que marcan en él al hombre superior. Baroja es un hombre esencialmente bueno y afectuoso, sin la menor sombra de odio ni rencor para nadie; Baroja es un hombre dulce, pero de una dulzura interna, secreta, que se vierte en lo humano. Esta dulzura no es casi nunca apreciada por la gente; lo que la gente aprecia es la miel empalagosa.

Don Pío tiene una sonrisa de hombre bueno e irónico; su serenidad es la serenidad de quien ha visto y medido la vanidad de las cosas terrenas; pero no hay en él nada de esa pose evangélica, de ese aire de apostólica sencillez con que se visten algunos literatos, especialmente en la América Latina, y que no es sino una forma de su infinita fatuidad. Hay que saber reconocer la verdadera bondad, la limpieza del corazón, la lealtad para consigo mismo que impide a un hombre apartarse de lo que cree esencial y profundo. Y eso es Pío Baroja, el insobornable.

Como otros, él podría *hacerse simpático* con sólo seguir las modas; tal vez mucha gente le miraría sin rencor si solamente pusiera bajo su nombre el título al cual tiene derecho: "De la Real Academia Española". Pero es Pío Baroja el insobornable. Y cuando uno ve ese título bajo ciertos nombres —Eugenio Montes, Eugenio d'Ors...—, comprende que el pariente de Aviraneta tiene razón...

Pedro Salinas

NUEVE o DIEZ *Poetas*

—¿POR QUE no me escribe usted unas palabras para la antología? —me dijo Miss Turnbull—. Algo sobre los poetas. Usted los conocerá a todos...

—Sí, Miss Turnbull. A todos los conozco; a unos más, a otros menos. Separados estamos; un viento malo y sucio nos dispersó por el mundo. Quién en la Argentina, Alberti; uno en Inglaterra, Cernuda; otros en los Estados Unidos, en México; sólo tres: Gerardo, Vicente y Dámaso, en aquel sufrir de España. Sí, le agradezco a usted mucho que me dé motivo para reunirnos todos, en el suelo provisional, el recuerdo, como antes, como mañana, en nuestra España limpia.

A José Moreno Villa. Pellizcándose el bigotillo negro, mientras le caen de los ojos dos chispas de zumba malagueña. Todas las tardes, con la seguridad del astro por su órbita, iba a tomarse su *cervecita*. Donde más le recuerdo es en el Alt Heidelberg —en la cervecería de la calle Zorrilla, en Madrid— sentado solo en un rincón, yendo y viniendo del tarro de cerveza alemana al cigarrillo —hechura de Norteamérica—, columpiándose regaladamente entre trago y chupada.

¿Era ese vaivén de lo tudesco a lo yanqui símbolo acaso de las andanzas de su vida? Cerveza: mirada atrás, hacia su primera salida de España, regusto de sus días de estudiante en Friburgo. Pitillo: humo azulado, dibujante de indecisos agüeros, presagio de lo que le estaban tejiendo en los telares del tiempo: Jacinta la Pelirroja, la norteamericana arquetípica, Nueva York, el Nuevo Mundo, cuna de todos los tabacos.

No le gustaba ser sumando de grupo o tertulia. Ni iba en busca de la gente ni la rehuía. Un poco apartado, pero no zahareño, apartamiento natural, sin afectación, como todo lo suyo. Así que verlo daba una alegría de sorpresa, de encuentro casual con un forastero, de "¡Hombre, cuánto tiempo sin vernos!"

Y es que él tenía un mundo chico suyo, allá en el torreón del Hipódromo, en una proa de la Residencia de Estudiantes. No era verdad eso de que ya se le había olvidado la química que fué a estudiar a Friburgo. Su cuartito era oficina de alquimia y crisopeya, con hornillo de atanor, y probetas, cucúrbitas y matraces —nadie los vió nunca, pero yo sé que estaban allí—, y como había encontrado la fórmula mágica de la trasmutación de las materias, se pasaba las horas trocando poesía en pintura, pintura en poesía.

Manipulaba diestramente unas cuantas visiones poéticas, y se le volvían un lienzo con gracias de bulto, extraños seres, pintados. O atacaba con ácidos misteriosos unas imágenes pictóricas, que se le disolvían en flúidos poemas. ¡Cuántas veces he temido que ese cuadro que él me regaló —*El árbol de las joyas*—, que yo tengo en mi casa colgado encima de la chimenea, no estuviese allí más una mañana al levantarme, y en cambio apareciera en un hueco de la pared un poema lírico precipitado de la pintura ida.

Cuando menos lo esperaba lo encontré en

Wáshington, en 1939, en el salón regentado por los amigos Gloria y Fernando, con una barba blanca, tan temblona, tan falsa, que hasta su misma mirada se le reía de ella, un poco más arriba.

No podía ser suya. Me lo expliqué todo. Como es, además de pintor y poeta, historiador del arte, estaría ahora estudiando algo del Greco, y para circular con mayor facilidad entre sus personajes, le había robado a alguno esa barba, para usarla a modo de contraseña. ¿De qué Greco será, de qué museo faltará, una barba espectral, una llama fría?

Y tan cierto era mi barrunto, que cuando un año más tarde le vi en México, llevaba el mentón limpio, con concienzuda rasura de residente antiguo, y lo que le caía de la boca eran unas palabras, sin una cana, intemporales y felices.

—¿Sabe usted que me voy a casar con Consuelo, Salinas?

Me lo decía con su sonrisita inalterable, en aquel sotabanco donde él vivía, y que daba a una azotea. Mi "azoteílla" la llamaba él.

Y la palabra, tan andaluza —Carmona, Ecija, Osuna, matas de claveles, camisillas tendidas al sol—, con el diminutivo, tan andalucísimo, temblaba en el maravilloso aire del valle de México, como una querencia disparada, sin querer, hacia su Bética natal.

A Federico García Lorca, poeta no, poesía ambulante, por ese hervor, ese bullicio, esa animación que levantaba su persona entera por donde iba. Se le sentía venir mucho antes de que llegara, le anunciaban impalpables correos, avisos, como de las diligencias en su tierra, de cascabeles por el aire.

Cuando ya se había marchado, aun tardaba mucho en irse, seguía allí rodeándonos aún de sus ecos, hasta que, de pronto, decía uno:

—¿Pero se ha ido ya Federico?

Siempre con su séquito. Le seguíamos, todos, igual que los chiquillos del pueblo al tamboril y la trompeta que anuncian los títeres, porque él era la fiesta, la alegría que se nos plantaba allí de sopetón, y no había más remedio que seguirla. Séquito de muchos. Ibamos detrás los poetas; los niños, encantados de las mil artes de divertirlos que él tenía; unas gentes raras, los *monstruos* por él descubiertos, poseedores de extrañas habilidades —imitar con la voz el tambor africano, recitar poesía ladrada— y que eran a modo de sus juglares fidelísimos. Le seguían mujeres, con sus miradas, un poco enternecidas, ojos de madre, como si presintieran que se les iba a ir pronto. Cuando la fama se le llegó, antes y más que a ninguno de los otros, Federico de cuando en cuando se sentía importante —él que lo era tanto— y, poniéndose serio, intentaba echar una doctrina grave por la boca, vocear una sentencia de maestro. Pero como si en el acto se viera en un oculto espejo, sin gustarse en esa embustera figura de sí mismo, la rompía a risotazos, borbotantes risotazos que subían por el aire, igual que globillos de colores.

¿Cuántos ruiseñores de la Alhambra, cuántas viejitas de la Vega, cuántos garzones del Albaicín, cuántos duendes de ninguna parte, no le cantaban, le reían, le suspiraban, le lloraban a Federico dentro, en su muchipersona? ¿Cuántos seres no se le habían juntado, se le habían ido a vivir allí en él, atraídos por su gracia, y en su interior los llevaba?

Así se me alumbró una noche en que leyó en casa *Doña Rosita la soltera*. Le acomodaban como venidos del justo cielo los versos de don Luis:

> *. . . autor de representaciones*
> *en su teatro sobre el viento armado*
> *sombras suele vestir de bulto bello.*

En el aire armaba él su tabladillo, y con las voces, las quejumbres, los aspavientos, los ayes y los cantares de *su gente*, la que le vivía dentro, revestía de pródiga realidad las palabras que le salían de la boca.

—Federico —le dije yo aquella noche—, ¿qué compañía de teatro te va poner la obra mejor que tú te la pones?

Generoso, generoso, generoso. Iba al piano para el que le pedía canciones, recitaba para los que se embriagaban en aquellos holgorios de poesía que él encendía en cualquier parte, en dos segundos, cambiando toda la atmósfera, nada más que con abrir su boca ancha y empezar:

Verde, que te quiero verde. . .

Con lápices de cera pintaba monos para los niños, que luego guardaban los mayores. Aquel San Nicolás que le pintó a Solita, mi hija, en casa, en dos minutos y que luego yo le puse marco, y cuando él vino, otro día, y se lo encontró en la pared, muy formal, ya *de cuadro*, se echó a reír todo sorprendido de su obra, y me decía:

—Oye, ¡pues sabes que está bien! ¡Me gusta! ¡Chiquillo, es que el Albaicín!

Sí, estaba bien todo lo que hacía; bien dentro o fuera de los cánones, de las reglas, de los críticos: bien hasta cuando estaba mal; porque lo hacía todo desde la raíz de su ser, desde su día primero.

A Federico le empezó a cantar su poesía el día de su nacimiento.

A Jorge Guillén. El fraterno, que casi no se atreve uno a hablar de él, porque es como de la familia. Miro atrás, al tiempo de nuestras vidas. y no se ven más que concordancias, que son alegrías, y coincidencias, que son asombros.

En París, frío cuadrángulo gris de la Sorbona; en Sevilla, jardines alcazareños, la Cruz del Campo, Giralda, índice, a distancia; Cambridge, patio de Queens y el puente, en los *backs*, de madera añosa; y ahora Wellesley, desmelenadas doncellas por las praderas peinadas del College, *Christmas carols* en la nieve de Navidad, viajecitos a la Biblioteca de Boston.

A todos esos sitios llegué yo el primero, como el mayor, que va a enterarse de si las cosas están bien, para avisar que puede venir el más pequeño; y luego, cuando yo me iba —eso es lo malo—, venía él a vivirlo como lo había yo vivido, cada vez más pasmados por esta firmeza de destinos paralelos. ¡Y tan distintos que somos!

Señor entero de su distracción y de su atención, distraído al cruzar la calle, como cuando su hija Teresa, ocho años, le decía paternalmente ella, al borde de la acera:

—Papá, dame la mano, no te vaya a atropellar un auto.

Atentísimo, en cambio, con los cien ojos del entendimiento abiertos, al ir a atravesar sobre una delgada cuerda de octosílabos la sima que separa la orilla de la prosa de la poesía, y que le vemos cruzar impávido, segurísimos de que nunca le pasará nada: sabe lo que hace.

Distraído, como aquel día de Nueva York. (No sé si le gustará que lo cuente.) Tenía una cita en el hotel Pennsylvania, y para llegar allí se equivocó de todo. Tomó el tren subterráneo que no era; cuando en un taxi, desesperado, arribó al hotel, y se metió en el ascensor, se apeó dos pisos más abajo, y, ya bien encaminado, en el pasillo debido, se confundió de cuarto.

Todo eso es verdad. Pero también es verdad que cuando va en busca de un poema, entra por la vía subterránea más derecha, atina sin vacilar con el ascensor —ese ascensor suyo, el más potente de la lírica española de hoy, que

traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera

y se deja atrás la calculada retórica de hierro y cemento de los rascacielos de su día, para subirse a un aire inmortal.

Fidelidad perfecta a sí mismo, a lo que se lleva de mejor en sí, con todo lo que eso traiga de sencillez y orgullo. No hay que dejarse nada dentro, ¡cuidado con la inefabilidad, armando esas trampas en las que muchos hemos caído! —nada dentro del poema, más que las raíces—, como la planta que nunca se queda a medias, ni se detiene hasta que su secreta capacidad de perfección se hace cuerpo de flor. Hay que decir las cosas todo lo bien que son. Conciencia suma, alta castellanía, del que está en su centro.

Su cántico se ha ido ensanchando, desde que cayó en el agua clara del habla española su primer poema, en ondas sucesivas, cada vez más amplias, de mayor alcance, pero todas sujetas, obedientes al centro mismo, como en una obra de geometría naturalísima, geometría no de gabinete y cálculo, sino de esa de aire libre, de Dios.

¡Tantas geometrías naturales que hay, hechas ahí delante de todos, arabescos del caracol, mineral poliédrico, veteado de la hojilla verde!

¿De dónde le viene a Jorge esa luminosidad en que envuelve la palabra más opaca del idioma y le saca lustre para siempre, esa claridad certera —dicen de los cazadores, "Donde pone el ojo, pone la bala"—, que donde pone su querencia del poema, pone el poema?

Siempre hace blanco. Se crea en torno de lo que canta un blancor, una claridad de entendimiento jubiloso. Le viene de la altura mayor del hombre, de su siempre vigilante conciencia. Y ella le reviste de ese aire de maestría sin magisterio, de ejemplaridad sin lección. Porque él, profesor o aleccionador de oficio, jamás dió una lección sino del modo único que debían darse todas —¡si pudiéramos!—, diciendo: "Esto se hace así". Y haciéndolo.

Y entregándonos, sencillamente, la obra perfecta.

A Gerardo Diego. Tieso, envarado, esposo, desde hace muchos años, de Carmen, pero que no puede resistir a las ganas de irse de bureo, de

tarde en tarde, con Lola. Carilargo, de rasgos acusados, inexpresivo; calla mucho. Hay ratos en que no se le puede sacar una palabra del cuerpo.

Pero de pronto se le sube la sangre a la cara, dos brasas a los ojos, y se arranca, furioso, cuesta abajo por una tirada de indignación.

¡Es intolerable! Esos carcamales de la Academia..., ¡lo que han hecho con Góngora!...

Y Gerardo va de tertulia, solicitando firmas, alumbrando iras, con un manifiesto que hará estremecerse todas las patas de los sillones de la Academia —la forma del temblor de tierra académico.

Es un fanático de *la causa*. *La causa* es siempre la poesía. La muy antigua o la muy moderna, la de Soto de Rojas o la de Huidobro, la de Lope o la de Juan Larrea. Elemento peligroso. Agitador. Si hubiera una Guardia Civil para la seguridad y protección de las Letras pudientes, bien acomodadas, más de una vez habría andado Gerardo esposado con dos sonetos con estrambote, carretera adelante.

Y es lo que dicen ellos, los escandalizados, las familias, cuando el niño llega al cuarto año del Bachillerato, a la asignatura de Literatura española, de la que es profesor Gerardo Diego:

—Lo peor del caso es que ese tal anarquista literario es catedrático, y tenemos que entregar nuestros hijos a un hombre que ha escrito versos como

Amor, amor, obesidad hermana.

¡Vergonzoso! Lo que pasa en España no pasa en ninguna parte.

Porque, en efecto, igual que la mozuela descarriada, que después de haber andado hasta las tres de la madrugada de parranda en los *dancings* —el descote hasta aquí— con unos y con otros (esos unos y otros son, en este caso, los ultraístas, los dadaístas, los superrealistas, los creacionistas y otras gentes de mal vivir poético), a la mañana siguiente, se prende su mantillita, y con su traje bien cerrado va con su madre a misa de nueve, como si tal cosa. Gerardo, después de apedrearle las ventanas a la Academia, todas las mañanas deja su manual de espumas, empuña el de retórica y poética, y encaramado en su tarima profesoral, inicia su lección:

—Hay varias clases de endecasílabos. El anapéstico...

¿Tránsfuga? ¿Tornadizo, de Max Jacob a Horacio, del ultimismo a la escuela sevillana? ¿Vacilante? ¿Desorientado?

No; fiel devoto de la Señora que a todos nos entiende y a todos nos perdona. De una Nuestra Señora de la Poesía, que tiene un manto azul anchísimo, cuajado de estrellas de oro como en Zurbarán, y que alzando los brazos, crea bajo sus pliegues un cobijo para todos, el poeta de ayer, y el de hoy —todos iguales, en su mucho o en su poco.

Y antes de esta imagen, que a ningún alma pura rechaza, Gerardo se hinoja y reza en décimas calderonianas.

A Rafael Alberti... Cuándo él nos decía que había estudiado en el Colegio del Puerto, yo nunca lo tomé al pie de la letra —el Colegio de los Padres Jesuítas, en la ciudad del Puerto de Santa María, provincia de Cádiz—, sino que descolgaba las mayúsculas, y entonces quedaba la verdad: colegio del puerto, escuela de la orilla del mar, enseñanzas gratuitas, día y noche, de la marina.

Sí, allí lo aprendió todo Rafael, todo lo que nosotros no sabíamos, todo lo que él sabe mejor que nadie. Clase de la playa, lección de primeros, caracolas, rosicleres de anochecido, rizos de la ola, chuflillas de la brisa. Dómine, mar de Cádiz.

Y estaba yo en Burgos, en 1926, y se presenta de pronto Rafael, todo encendido de expectación y prisa de enamorado camino de la cita. En un automovilillo, con el baúl todo cargado de vinos olorosos, su hermano —representante de mostos gaditanos— le llevaba, de jubiloso compañero, a Santander. ¡Iba a ver *al otro*! Al otro mar, al norteño, que no había visto nunca. Se me figuró entonces correo de gabinete, mensajero del rey, que porteaba de mar a mar, una razón secreta de estado desde las plateadas salinas de San Fernando a los foscos acantilados de las Asturias de Santillana.

Pero el mar le enseñó, también lo del fondo, los horizontes, lo desconocido le hizo lo de siempre, la invitación, lo que a Baudelaire.

Yo no digo esa canción
sino a quien conmigo va.

La tormenta. Porque en su mejor, Rafael es Rafael el atormentado. Por muchos años se le veía en la frente, desde mozo, una arruga, pasajera, que iba y venía, hasta que a fuerza de tiempo se quedó allí, permanente. La seña, la seña de la an-

gustia, la marca del romántico. Hasta a los ángeles les llevó la tempestad en el encuentro más hermoso que ha tenido la poesía española con los querubes. ¡Qué tremolina armó entre ellos, colándose de contrabando en una nube becqueriana, en sus altos cuarteles de las cuatro estaciones! Allí subió a denunciar la farsa de los angelitos de alfeñique, de pastaflora, de estampita de cromo; de los ángeles de oficio, de plantilla, con su escalafón y sus ascensos, muchos ascensos. ¡Afuera! Rafael, cantor de los ángeles preteridos, de los postergados, del ángel tonto, del ángel malo, de los extraviados y de los purísimos. Defensor del proletariado de los ángeles; y de algún aristócrata, entre ellos. Desde entonces, romántico. No respeta nada. Se acabó el jugueteo con las sirenillas, con los gitanos, el retozo con las *flappers*, las aviadoras y los toreritos. Se los deja atrás —pero siempre con nosotros.

También ahora el colegio del puerto le manda, el mar de Cádiz, hundirse en otros mares, el fragor de multitudes, mar del hombre, temporal civil. ¡Mares! ¡Los extremos, como las entonaciones de sus ángeles: el Negro y el Plata! Romántico, también en rodar así, por el mundo. Con un fusil al hombro, como Byron, en una isla mediterránea; con un mechón en la frente, como Shelley; con una Teresa al lado, como Espronceda.

¿Adónde va?

Disparado. Disparado por la poesía que le escogió para soltarlo de su arco como una de las saetas más agudas, más brillantes, más silbadoras, que han cruzado los aires de la lírica española.

Aun está así, en el aire alto, no cae, no, por el camino, hacia un hito que ni yo ni él sabemos dónde está, el que le tiene señalado su dueña, Poesía, en su intención secreta.

A Emilio Prados. Le he visto menos que a ninguno. Cuando él estuvo en Madrid, estaba yo fuera. Y luego se volvió misterioso. Nos lo contaban los que subían a Madrid, desde Málaga.

¿Verdad? ¿Leyenda?

Una especie de eremita a la moderna: ni cueva, ni disciplinas, ni penitencias, no. Ascetismo de aire libre, ejercicios del cuerpo, natación, gimnasia; pero, de eremita, el retiro del mundo, la repulsa de la sociedad, contemplación. Y sobre todo, el culto —nunca lo ha renegado— a la soledad. Me imagino a Emilio, encapuchado, en una procesión de Semana Santa, la de Sevilla, detrás del paso de Nuestra Señora de la Soledad, al mismo borde del jardín de oro del manto, medio mareado por el olor de nardos y el calor de cirios que envuelven a la Virgen para separarla un poco del aire de la tierra. Emilio, penitente, ha hecho promesa de ir así, y le va cantando a su dueña patrona saetas sordas de las que saldrán luego sus libros.

Por eso está bien, ahora, en el gran país de las soledades y del barroco, en México, donde le vi por última vez. A cada momento pestañea, entorna los ojos como si tuviera que ajustarse la vista a una luz, que le es extraña, la del día. De noche debe de ver mejor, porque tiene algo de buho, como tenía Unamuno, como tenía a veces don Antonio. Y de noche se le lee mejor, se le entiende mejor. Porque por la noche se le suelta una vena, y corre por sus versos una sangre tranquila, como el agua corre por las acequias de la Huerta, con un borboteo nocturno de romance.

De cuando en cuando llegaba a Madrid la noticia: Emilio ya no escribe más, se ha retirado de la poesía. Nunca lo creíamos. Cosas de torero, andaluz al fin y al cabo. Es tan tremendo, tan marrajo, sabe tanto de latín el toro ese, que Emilio tenía *espantás*, se salía, tirándose de cabeza del ruedo. Se iba al campo. Cuando estuve yo en Málaga, la única vez, quise verle. Me llevaron a un gran almacén de la calle principal, la tienda de sus padres, a ver si allí me daban razón de su paradero. Una tienda hermosa. ¡Cuánto tuve que luchar para no mercarme un juguete de muñequitas finas de raso, esparcidas por un jardinillo de cartón, que se le daba cuerda, y cada figura hacía una gracia, movía la cabeza, daba un paso, se quitaba el sombrero, mientras que la tocata de un rollito de música hablaba por todos! No se me olvidará el almacén de Emilio Prados.

Y vino un señor muy atento, no sé si tío suyo, o su mismo padre. No, Emilio no estaba en Málaga. Ya hacía tiempo. ¿Verle? Difícil.

—Ya sabe usted cómo es él. . .

Eso es. Como es él. Sencillamente como es él, ha atravesado el mundo, medio a tientas, aparecido y oculto, y vuelta a empezar, a dejarse ver, a esconderse, en sus versos, como es él, marinero de su soledad.

A Manuel Altolaguirre. Manolito. Cuando se fué a París, sin saber palabra de francés, con sólo el lenguaje universal de su labia andaluza que le entendían todos, sin oficio ni beneficio, a ver

mundo, se lo confié en una carta a Mathilde Pomés, embajadora de la nueva poesía española en París de Francia: "Ahí tienes a M. A., angelical, inútil; hasta ahora ha vivido colgando milagrosamente sobre la tierra de un hilo que siempre sostiene alguien. En París no vais a ser menos."

¡Qué injusto, yo, en lo de inútil! Porque la verdad es que este Manolito ha trabajado más que ninguno de nosotros, él, el único que ha hecho cosas con las manos, con los músculos, obra de obrero, pasándose horas y horas, en un zaquizamí, sudando, sonriendo, cayéndose de sueño, viendo salir de su minervilla las hojas con las palabras frescas, y sin querer dejarlo; porque es lo que él decía:

—El libro va un poco atrasadillo; lo tenía que entregar la semana pasada, sabes.

Yo sé cómo empezó el cuento de Manolito Altolaguirre. Era un niño de Málaga, que una noche brilladora soñó con que el cielo era una imprenta de imprimir poesías. Al fin y al cabo El es el supremo Impresor, y Regente y Autor y Corrector de pruebas —esas pruebas tan malas que le llevamos los hombres—, todo en una pieza. ¡Qué colección inmensa de tipos, desparramados por todas partes, y no tiene más que cogerlos! Porque ésas que estrellas, luceros, vías lácteas, galaxias parecen desde la tierra, son otros tantos infinitos caracteres de imprenta; y más, que no se ven. Maestros querubes, oficiales, serafines, aprendices principados, componen las estrofas celestes.

(También hay ángeles malos. Son las erratas de Dios.)

Y luego, ¡a tirar! Hay láminas finísimas, vaporosas; hay grandes superficies blancas, los cúmulos, papel especial para ediciones de lujo. Y una cartulina azul, surtidos inagotables para la cubierta. Imprenta de gran porte; cada mañana se funden todos los tipos, y a la noche ya hay otros nuevos. ¡Sueño de Manolito! Pero lo malo es que en las nubes no hay imprentas.

Una copla, que se canta por sevillana, dice:

Si fuera mía, si fuera mía
la fábrica Tabacos, si fuera mía,
tiros de artillería
yo le pondría, yo le pondría.
Como no es mía, como no es mía,
pues no le pongo tiros de artillería.

Manolo atendió a esta lección, sin par, de conformidad andaluza. Y ya que no en los celestes, puso sus imprentas en los espacios terrenales. Don Juan de las imprentas, las descubre, las conquista, tiene amores apasionados con ellas, y luego se las deja atrás, porque ya le espera otra con tipos más bonitos.

—¡Chico, qué Bodoni, si vieras! ¡Ahí sí que se pueden hacer cosas!

Habrá que trazar, como de los aventureros del quinientos, una carta del mundo donde se señalen las rutas del impresor: Málaga, Madrid, París, Londres, el salto, la Habana, y ahora —¡quién sabe dónde!— De todas clases, desde aquella imprentita de cuarenta duros, donde él se lo hacía todo, del poema al cosido, hasta aquella otra industrial de veras —la más inverosímil—, la de la calle de Guzmán el Bueno, con sus obreros, que le querían llamar don Manuel y no podían si le miraban a los ojos y le veían tan amigo, tan compañero, tan como ellos.

¡Y sus versos! ¡Cuántos le debemos a Manolo: cuántos habrá dejado de escribir él, por imprimir los nuestros! Sus versos iban saliendo por su lado. Lejos de la imprenta. Altos, límpidos, cantarines, como la caña del surtidor que sigue canta que te canta, en un patio de la Alhambra, y el agua sube unas veces muy alta, maravillosa, y otras se cansa un poco y se desmaya, porque manda menos poder Sierra Nevada.

Así, en una Andalucía secreta de su alma, de la que no se ha movido jamás, en un jardinillo andaluz donde está él solo, la poesía suya brota y brota, mientras él camina por el mundo en una imprenta de ruedas, con Concha y Paloma.

A Luis Cernuda. ¡No me lo he perdonado aún! ¡Y ya va para veinticinco años! No le conocí, de primeras. ¡Meses y meses, de octubre a mayo, sentados frente a frente, aula número cuatro, Universidad de Sevilla! ¡Y nada!

—¡Luis Cernuda! —voceaba el catedrático (que era yo) casi a diario.

Pasar lista. Y una voz quebrada y sin color contestaba desde una banca, ni muy atrás ni muy adelante:

—¡Servidor!

Y todo esto, Señor, ¿por qué? ¿Por qué he tenido yo que gritar, sin ganas, "¡Luis Cernuda!" tantas veces en mi vida?, ¿por qué ha tenido él que contestarme sin ganas, otras tantas —nunca faltaba a clase—, "¡Servidor!"? ¡Cuando a Cernuda hay que llamarle quedo, cuando él no es

servidor de nadie, dueño suyo, soltero, cerrero, escotero, por los mundos! Pero él era alumno oficial de mi clase de Literatura; mi año primero de enseñanza. Los dos novicios, él en su papel, yo en el mío. ¡Y no le conocí, y se estuvo cerca de un año un profesor —¡y de Literatura!— delante del poeta más fino, más delicado, más elegante que le nació a Sevilla después de Bécquer, sin saberlo!

Claro es que él entonces apenas escribía y nunca me enseñó un poema suyo. ¡Pero eso qué tiene que ver! No me lo he perdonado aún. ¿Me lo habrá perdonado él?

Luego, pronto lo supe. Me lo contaron.

—Sabe usted, don Pedro, ese muchachito, finito, de color oliveño, el del pelo negro... Luis Cernuda. Hace versos, y a mí me parece, vamos, que tienen algo...

¡Vaya si tenían! Ibamos, otros muchachos y yo, a su casa. Calle del Aire. Sí; la Quinta Avenida no está mal, la rue de Rivoli no está mal, y muchas, muchas, en los recuerdos de mi vista, ¡pero esa calle del Aire, esa calle del Aire!...

"Prohibido el tránsito de carruajes", decía la cartelera en la esquina. Allí no entraba la rueda, como en las civilizaciones felices. En aquella caja de resonancia no sonaban más que los cascos del mulo del panadero. "¡Pan d'Alcalá!" O el taconeo de las niñas —mantilla de diario, peina baja— de vuelta de misa de la iglesia de junto. Tan humana, tan hecha a la medida del hombre, que no había más que extender los brazos, y una mano tocaba con la pintura rosa de la casa de la derecha, y la otra, con la cal de la pared de enfrente. Se tapaba la calle. (Cantar de niñas: "A tapar la calle, que no pase nadie".)

Y no podía pasar nadie, no, más que el epónimo, el aire ligerillo del Aljarafe.

Y allí Luis Cernuda, en su casa —una casa seria, sencilla, recatada—, nada de macetas, nada de santitos de azulejos, nada de pamplinas cerámicas ni floripondios de metal-blanco, las paredes; verde, la pintura de los hierros de la cancela. Siempre iré a buscarlo allí, o a su poesía.

¿No es lo mismo?

Porque allí le conocí..., algo más. Difícil de conocer. Delicado, pudorosísimo, guardándose su intimidad para él solo, y para las abejas de su poesía que van y vienen trajinando allí dentro —sin querer más jardín— haciendo su miel. La afición suya, al aliño de su persona, el traje de buen corte, al pelo bien planchado, esos nudos de corbata perfectos, no es más que deseo de ocultarse, muralla del tímido, burladero del toro malo de la atención pública

Por dentro, cristal. ¡Porque es el más *licenciado Vidriera* de todos, el que más aparta a la gente de sí, por temor de que le rompan algo, el más extraño.

Y, después de todo, ¿por qué no va a serlo? ¿Si se siente ante él un cariño, un cuidado, como ante todo lo superiormente delicado? ¿Si su poesía es de vidrio, de materia leve, peligrosamente soplada, hasta el límite, cuando parece que la burbuja va estallar, y de pronto se para, aceptando su forma final maravillosa? ¿Si por sus versos se ve el mundo como por un cristal, ya límpido, ya mojado de lluvia o lágrima? ¿Si su poema, apenas se le toca despide vibraciones, misterios de quejumbre musical, como el mejor vaso de orillas del Adriático?

A Vicente Aleixandre. No cabe duda. Este mocetón con la tez rubicunda, encendida, arrebatada, acaba de salir de una cancha de juego; todo sudoroso del ejercicio violento, se habrá fregoteado bien bajo la ducha.

Y ahora, vestido de calle, con su terno impecable de figurín, alindado de porte, avanza hacia nosotros con una sonrisa tan abierta, tan adelantada, que ya es inútil el darse la mano; el saludo lo hace todo ella. ¿A qué jugará? ¿Tenis? ¿Rugby? Porque sólo la insistencia del aire libre sobre la piel y la alegría de vivir saltando, corriendo por un prado verde detrás de algo que no importa nada, pueden dar a una fisonomía esa especie de total felicidad epidérmica.

—Pues no, señor; pero, ¿usted no sabe?

—Yo, ¿el qué?

Vicente está delicado, muy delicado de salud. Tiene que cuidarse. Y hace ya años que se pasa días y días, quieto, tendido al sol, en una meridiana, en el jardín de su casa. Como sus padres le quieren mucho, le han puesto delante, para que se le ensanche el ánimo, unos vastos espacios cristalinos de aire, al fondo, una crestería de sierra, con toques de nieve y azules de primera: igual, igual a Guadarrama.

Y por eso los ojos de Vicente, como no ven otra cosa, no miran otra cosa más que las metamorfosis del azul en el cristal del aire, se le han quedado así, tan cristalinamente azules. No va casi nunca a ninguna parte. No sale de noche,

¡de ninguna manera! Cuando de tarde en tarde Vicente viene a una de esas cuchipandas que tenemos en Buena Vista o en el restorán del Frontón, lo celebramos jubilosamente, se le recibe como al viajero misterioso que recala aquí por unas horas, entre dos lejanías. Se le busca el mejor sitio, donde no haya corriente de aire, se le encarga una comida especial, y todos le dicen:

—Estás muy bien, Vicente, ¡estás estupendo!

Y él, como un chiquillo, no deja de sonreír, y habla alborotadamente, y aprovecha en charloteo y risa todo el asueto. Sólo dejará de sonreír (¡digo yo!) cuando allá en la calma de su jardín, por las mañanas, cuando está más solo, vaya escapándose —sin moverse, dejando el cuerpo en prenda, allí recostado en la *chaise longue*— del sol, de los pájaros, de sus ojos azules, para hundirse en ese mundo angustiado, de largas cadencias doloridas, hecho de sueños de selvas superpuestas —florestas del paraíso, bosques de purgatorio, espesuras infernales— donde los árboles más puros no pueden escaparse de las lianas que les envuelven, y se entrecruzan indisolublemente como el buen amor y el loco amor en el sentir del hombre.

Porque este mocetón, tan sonreidor con nosotros, deportista de facha, débil de veras, este Vicente, delicado y aparte, que no va nunca donde va la gente, ha descubierto la más trágica forma de equivalencia: amor, igual a desesperación. Y se pasa el tiempo —matemático calculador de su pena— desarrollándola, en líricas operaciones combinatorias, cuyo resultado es siempre el mismo: amor, más desesperación, igual a poesía, a honda, a extrañamente conmovedora poesía.

Y al que no está aquí, en esta antología —y no por falta de miss Turnbull— y, sin embargo, se le siente junto a todos, al que más me ha dado que pensar de los lejanos, en España, y tengo que poner aquí su nombre, por acto de justicia del corazón: Dámaso Alonso; al que no se escapará de la poesía que apenas quiere escribir, y que le acecha a todas horas, hasta que triunfe.

Jean Duché

DONDE Picasso ENCUENTRA A GOETHE

Hace poco inauguró Picasso su última exposición, bajo la denominación genérica de LOS TIEMPOS NUEVOS, en el Salón de Otoño de París. Estas impresiones corresponden al diálogo sostenido entre el pintor francés Jacques Villon y el crítico Jean Duché, quien firma el presente estudio: brillante conversación al calor directo de la sala en que se mostraban los monstruos del célebre pintor español.

Hundido en un sillon de la galería, desde el fondo de mi éxtasis veo venir a Villon, el rostro oculto aún por su sombrero aureolado, vívidos los ojos. Su propia obra, tan viva, fresca, ingenua y sabia, sin alardes, tiene la virtud de provocar en mí una ternura maravillada que siempre me entusiasma. Pero dejemos por hoy a Villon, a la pintura y a los críticos pictóricos; y hablemos del maestro.

—Picasso ha sobrepasado los límites de la pintura —empiezo, para entrar en conversación.

—¿Qué está diciendo usted? ¡Si es un envidioso de la pintura! ¡Mire a ese amante apasio-

nado! ¡Vea cómo violenta, cómo maltrata a la pintura!

Me parece que Villon no lo dice en serio. Trato de levantar el tono del debate.

—¿No será más bien un envidioso de la naturaleza?

—¡Pero si es español! ¡Se cree igual a la naturaleza!

—Siempre he creído ver en él algo como una convulsión metafísica.

—Nada de eso. Yo sólo he visto su "cote Minotaure".

Ya no me es posible ocultar mi desagrado.

—Fíjese usted —me dice Villon, en tono de consuelo—: Yo no le niego que Picasso sea algo loco y, por ello, requiera dar curso a su angustia metafísica (Y, luego, con una sonrisilla): Acaso esté equivocado (De súbito pónese grave y reflexiona): En realidad, todo lo que veo alrededor de Picasso, todo cuanto nosotros hacemos, me entristece.

—Pero hay muchos "sí" más heroicos y difíciles que los "no" socorridos.

Digo eso para reconfortarlo. Me parece deplorable que Villon, auténtico pintor, sienta un cargo de conciencia precisamente ahora que he tratado de encontrarlo y quererlo en la persona de Picasso. Pero advierto, al pronto, que he dicho una tontería. Porque en Picasso sólo existen los "sí". Oigámosle a él mismo: "No hay tentativa más dinámica, más íntima ni más fecunda que la del que reniega de sí mismo". ¡Oh generosidad la del maestro! Pero también ¡oh avaricia! Al renegar de sí, está tratando indudablemente de salvar su futuro. Continuamente se está dando y quitando, con la sola constancia estética de que es capaz. No se comprende con nada ni con nadie, ni aun consigo mismo; y se pasea por su obra "sin aceptar jamás que cosa alguna valga lo que él". ¡Oh soledad de Picasso!

—Acaso tuvo la suerte de no conocer la disciplina escolar, vale decir, la imposición —interrumpe Villon dulcemente—. Acaso vivió siempre en libertad, y por eso pudo llegar a serlo todo. Acaso por esa razón suele cerrarse, demasiado a menudo, encerrarse en sus enigmas.

—Justamente, lo más difícil suele ser no lograr el éxito, sino escapar a él— le advierto.

—Puede ser —dice, conteniendo su ansiedad.

—Entonces —prosigo—, cuando Picasso se cierra...

—...como una mosca en un cuarto obscuro (Villon hace una mueca hacia los "monstruos" de la exposición). Se pega a las paredes, se asfixia, pero escapa...

—La serpiente debe cambiar de piel —insisto.

Aunque las imágenes de Villon vienen al caso, me parecen demasiado rudimentarias. Sería muy interesante, por cierto, saber lo que los mismos pintores piensan de la pintura; singularmente, sería válido el juicio de Picasso. ¡Ah, si los pintores pudieran hablar! Porque, desgraciadamente quienes hablan de pintura son los literatos.

—¡Vamos, Villon! —le digo—. ¿Qué le parece que lo entreviste sobre Picasso? ¿No cree usted que estos "monstruos" constituyen un síntoma?

—Lo creo —me responde—. ¿Pero un síntoma de qué?

—Soy yo quien se lo pregunta Villon. ¿Estima usted que un artista ha de ignorar "la historia externa" de su tiempo o que, por el contrario, debe participar en ella? ¿No considera usted que Picasso, al superar su cubismo, a Ingres o a Poussin, se ha vuelto a "este mundo" llegando a perpetuar en sus cuadros todo este instante trágico? Dado su vigor y su agilidad, ¿cómo hubiera podido Picasso permanecer impasible ante todas estas teorías en "ismo", ideas que bullen en la cabeza del hombre moderno, y lo enardecen? ¿O le era fácil captarlas a grandes pinceladas? Para entenderlo o, por lo menos, para poder establecer ciertas claves a lo largo de su tan varia producción, ¿no le parece del caso considerar que él ha vivido en la edad de la linterna mágica y del cine sonoro; en la edad del sable y de la ametralladora; en la edad del carruaje de caballos y del avión sin piloto?

Villon me mira con marcada inquietud:

—¿Quiere que yo le responda a todo eso?

—¿No estima usted —prosigo—, que lo más íntimo del hombre sólo puede ser revelado a través de sus actos? ¿Qué tales actos entrañan una respuesta? Bien... Debemos precisar, entonces, con criterio de evidencia, todo lo que Picasso ha encontrado, aprovechado y superado, por exhaustitud o por simple rechazo. Así pasaremos revista a toda la pintura moderna desde el impresionismo hasta nuestros días y luego de un paseo por Cézanne, Van Gogh, Ingres, Poussin, la Edad Media y Grecia, examinaremos los resultados de tales influencias; y llegaremos a com-

prender cuánto vigor ha precisado Picasso para defenderse y huir de su propia seducción.

Pero tenemos la mala espina de que mi entrevista no terminará porque, cuando voy a hacer hablar a mi interlocutor sobre arte pictórico, pasan junto a nosotros dos señoras; y la una le dice a la otra: *"Lástima que ninguna de las partes del cuerpo se halle donde debiera estar situada"*.

—¡He ahí una respuesta! —exclama Villon—. Picasso ha creado su fauna, su mundo, a base de toda suerte de cosas. Estimo indispensable que lo cree y lo recree. Pero no parece interesarle poner los ojos en su respectivo lugar y sólo pretende que esas criaturas en nada se parezcan a sus modelos, ideados por Dios.

(Me acordé entonces de la mujer que veía mejor cuando relampagueaba).

—¡Y sin embargo, las reconocemos! —le señalo—. ¿Sabe usted lo que es "Anamorfosis"? *Una imagen deformada que se dibuja sobre una superficie plana y que, al ser reflejada en un espejo cilíndrico vertical, conviértese en figura regular.* Me parece que eso somos ante los fenómenos de Picasso, ante la pintura, ante el mundo todo: unos espejos cilíndricos. Nuestra mente —no ya nuestra mirada— restablece e identifica aquello que no nos recuerda nada de "lo ya visto", y le confiere una existencia válida y normal; pero normal únicamente en nuestra intimidad. Todo artista trabaja en anamorfosis, pero no siempre encuentra sus espejos cilíndricos. ¿Consiste tal vez el genio verdadero en hacer de los hombres sus cilindros adecuados para tal interpretación?

—Tal vez —musita Villon—. Y sigue sin que yo necesite estimularlo: Me gusta el actual período picassiano. Mire ahí esos pobres seres arruinados. ¿No parece que hubiera presentido los campos de tortura? Esos cuadros tratan de "expresar" alguna cosa. Pero por lo que siento verdadera debilidad es por aquellas telas "sutiles, a la medida", como "Pájaro herido" y "El violinista", que datan de 1910 y que nos procuran toda una gama de valores. No hay nada como el orden en la tela, la pureza de la pintura. ¡Aquélla sí que fué una fecunda novedad!

Me explico que tal género de pintura le sea caro a Villon. ¿Hay actualmente pintura más auténticamente pura y despojada que la suya? *"Villon, —ha dicho alguien— es el Mallarmé de la pintura"*.

—Es la eterna antinomia entre Pintura-Documento y Pintura-Interpretación o creación, que está mucho más cerca del pintor que del modelo. ¿Ha visto usted los dibujos originales de Fragonard para las "Fábulas" de La Fontaine?... Para mí lo ideal es pintar una tela en un día, de una sola vez.

—¿De un solo esfuerzo? ¿Telas tan bien terminadas como las suyas?

—Pero, entendámonos: Giotto decía, una vez concluído su trabajo: "Es un regalo de Dios. Ya no puedo tocarlo".

. . . . . .

Ambos nos quedamos meditando, en silencio, extasiados ante el problema de la creación artística. Pienso en cierta mirada de obstinación de que habla Valéry; en cierta capacidad para reconocer el valor de lo discordante y de aprovecharse de él; en esa extraña mezcla que forman las fuerzas del espíritu y cierta destreza manual.

—Lo que me asombra en Picasso es la prodigiosa docilidad de su mano.

Villon no quiere hablar, pero yo sigo con la palabra:

—¿Cómo mezclar en la obra lo esencial humano con el arrebato del instante; lo que procede de una intención privada con lo que nace del azar? Nunca sabremos lo que es el artista cuando está profundamente solo; pero no olvidaremos que él sacia en nosotros esa sed de plenitud, de mirada universal, de producción feliz. El es una de nuestras mejores tentativas de parecernos a los dioses...

—Usted habla tan bien como el propio Valéry— prorrumpe Villon.

—... su naturaleza es inextinguible. Su nombre se convierte en figura prodigiosa: monstruo de la comprensión y de la fuerza creadora, monstruo de la vitalidad, monstruo de la vivacidad, monstruo de la serenidad, que ha cogido, devorado y transformado en obras inmortales todo lo que la experiencia humana ha podido recoger, exaltar y metamorfosear; y, por último, su nombre se ha transformado en mito, pues resulta indispensable a la posteridad creer y exaltar el genio de Goethe...

—¿De Goethe? — dice alarmado Villon.

—Sí. Había olvidado que todo esto pertenece a "Discurso en honor de Goethe", de Paul Valéry.

. . . . . .

Se diría que Proteo cambia de rostro, ya que hoy se denomina Picasso.

Adviértase en las siguientes líneas del sabio crítico un aire de "cosa ya vista".

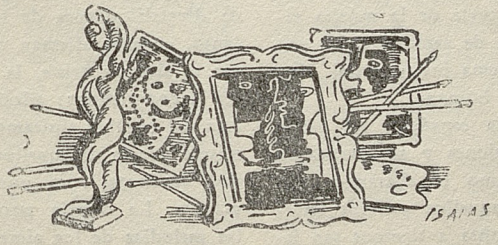
"Esa consistencia que Goethe representa abunda en acontecimientos de primera magnitud, y durante su larga permanencia en el mundo, le es dable contemplar, meditar y padecer —y a veces desviar de su mente— un gran número de notables hechos, la catástrofe general, el término de una Edad y el comienzo de otra".

"Nace en una época que nos parece deliciosa". (¿Epoca del vals, de las cocottes y de Mallarmé? Epoca en que el joven Picasso, muy lejos en esto del joven Goethe, fué destrozado por el hambre. Pero época, al fin, no menos deliciosa que aquélla). "Todo brilla, llamea y perece. La guerra es lo normal durante esos veintitrés años; guerra que va a cambiarlo todo en el mundo; guerra no sólo de príncipes, sino también de principios, es decir, desorden profundo. Y por último ese genio extraordinario, alzado, desorbitado, que quiere hacer una Europa a la imagen de sí mismo. Todo ello forma la Obertura del Gran Fracaso de los Tiempos Nuevos".

He aquí que ha llegado también nuestra Obertura: en ella estamos. Toda esta extraña mitología —recordemos "Guernica"— que tanto pánico infunde al público llamado razonable: al evocar la idea de fuga, ¿no estará tratando de escapar también del advenimiento de los Tiempos Atroces? Atroces, por lo cargados de esperanzas y de sangre.

Me parece que no está muy lejos el joven Picasso-Goethe. Tal vez podamos dudar de que Picasso goce de aquella serenidad olímpica con que Goethe nos asombra, con lo que aturde a los mediocres. Pero, al mismo tiempo, es posible confiar en que —por encima de todo lo infantilmente pictórico y su universo diverso, personal y siempre transitorio—, por sobre todas estas formas y despojos, Picasso se conoce a sí mismo como un árbol que gozosamente huye de su raíz; o acaso como una llama que quema cuando se le aproxima; y siempre como el más seguro de todos los mortales. Creo que podemos confiar en ello.

Hay que confiar —tanto como sea posible— en la sentencia de Goethe a Eckermann, en sus últimos días: "la pintura no vale por los comentarios, sino por el azar de la mano". Y, finalmente, podemos confiar en que Goethe no se satisfaga de su universalidad, suma relativa, y —valiéndose de la metempsicosis— obtenga de su sagrado satanismo la facultad de revivir en un pintor que se ha hecho igualmente famoso por sus metamorfosis y aun, como sabemos, gracias a sus anamorfosis.



Hans Helfritz

Música Indígena del Altiplano

La música indígena del Altiplano boliviano y la fiesta de la Virgen de Copacabana.

La música de los aimaraes, una de las razas indígenas más extendidas en Bolivia, es, como el indio, mística y panteísta. Tiene la grandeza de los nevados andinos; es grave y severa como el horizonte infinito del Altiplano. Diferenciándose de la música de otras culturas, la de los aimaraes es abstracta, pura, sin palabras ni estribillo; sus melodías y ritmos, de profunda raíz telúrica, solamente pueden ser expresados mediante instrumentos.

Los quichuas, de carácter suave y apacible como el clima de la región que habitan, no obstante haber adoptado el corte de la música aimará, tienen una música de carácter lírico que no sólo se expresa en forma instrumental, sino también mediante la voz humana.

Debido a la influencia española, las viejas melodías sufrieron variaciones y se inventaron nuevos instrumentos, como el charango. Sin embargo, la música de aquellos pueblos andinos, cuyo origen se remonta a tiempos tan lejanos como indefinidos, mantiene su expresión tradicional.

La música indígena de Bolivia no es triste, como muchos creen. Efectivamente, un sentimiento verdadero se expresa en el canto popular, mediante pocas frases, y muchas veces una sola, que se repite monótonamente. Si acaso no se participa de igual emoción, o pariente de aquella que las generó, tal monotonía es insoportable. Para juzgar en sí la música de un pueblo, es necesario conocer integralmente los temas de su folklore. Si hay variedad de ritmos, de modalidades de expresión, de melodías, así sean cortas o repetidas, deduciremos que posee riqueza musical. Ahora bien, en la música boliviana podemos reconocer toda clase de intenciones: la rítmica viril del aimará, el lirismo del quichua, la festividad del oriental, la delicada ingenuidad del chapaco, a más de la gama de diversificaciones de la música mestiza. Por tanto, quienes afirman que la música en Bolivia es siempre triste, la juzgan parcialmente o no la comprenden; además, la alegría o la tristeza del hombre típicamente boliviano no es la misma que la de aquellos que poseen "sensibilidad occidental", ni puede expresarse de igual manera. La alegría retorna constantemente en las melodías de los aimaraes. Flautas de distintos tamaños y géneros, como ser: kenas tarkas, pinquillos y antaras, son los instrumentos que, acompañados de los sordos redobles de los tambores, hace reaparecer el ambiente, sin igual, de las fiestas del Altiplano.

Para algunos pueblos occidentales es natural la sucesión de las notas de la escala diatónica;

para los pueblos del Ecuador a Bolivia, China y Japón, Islas del Pacífico y curiosamente Escocia, es también natural la sucesión de las notas de la escala pentatónica. Ahora bien, si los pueblos étnica o culturalmente diferenciados aceptan y sienten determinado orden de sonidos, su lenguaje musical condiciona un arte y una técnica peculiares, propios en melodías, ritmos y armonías; y tan propios, que frecuentemente la música de un país resulta incomprensible para otro y una ofensa para muchos.

Los músicos españoles de la Colonia, de acuerdo a su apreciación empírica, reprodujeron la melodía pentatónica por medio de los recursos armónicos del modo menor, tornándola triste y muy acomodada, por cierto, a la dramática característica de su alma latina.

LA GRAN FIESTA DE COPACABANA

Desde lejos emprenden el peregrinaje los feligreses, para asistir a la fiesta de la Virgen de Copacabana. Ellos vienen a pie por el Altiplano, y de los bosques del Yungas vienen apretujados en grandes camiones de carga, y vienen por el lago Titicaca en balsas y grandes botes de vela. Pero no sólo se congregan, en agosto de cada año, en Copacabana, miles de feligreses bolivianos, indios del Perú y del Ecuador, para celebrar la fiesta de la Virgen a orillas del lago Titicaca, pues Copacabana es para todos los indios de Sudamérica el lugar de peregrinación cristiana más importante.

Copacabana es digna de un largo viaje, sólo por sus pintorescos paisajes; está ubicada en una angosta península, la cual divide el lago Titicaca en dos partes: el Lago Grande o Chucuito y la laguna Wiñay-Marca. Sólo un estrecho paso de agua une los dos lagos en Tiquina. La península en Copacabana es tan angosta, que se ve el agua en ambas riberas. Al subir uno de los tantos montículos que existen deseminados en la ciudad, como el cerro Calvario, entonces se presenta ante nosotros un panorama inolvidable: el lago con sus numerosas ensenadas, sus sierras e islitas, y lejos, al fondo, la cordillera con nieve. Escuchemos cómo el escritor boliviano Nolo Beaz describe las bellezas de Copacabana: "En el lago Titicaca ofrece especial interés la península de Copacabana, que se encuentra protegida por algunas serranías; disfruta de un clima suave, acogedor y mucho más templado que el Altiplano. Su vegetación, en armonía con el clima, es fértil y abundante en especies que en la misma región no tendrían hospitalidad. El paisaje que envuelve a la península, delicadamente apacible, es una invitación al reposo y a la quietud".

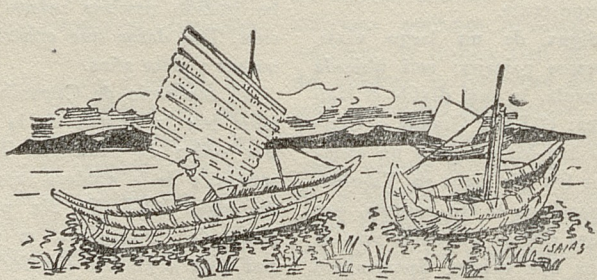
Copacabana fué fundada, como informan varios historiadores, en el tiempo de los incas de Tupac Yupanqui Inca. Sobre el significado del nombre, escribe Eduardo Pabó Rada lo siguiente: "El nombre Copacabana proviene de las palabras aimaraes "Kkota", que quiere decir lago, y "Kkahuana", que significa mirador o paraje para divisar. Estas palabras aimaraes han sido convertidas por una alteración fonética en "Copa", en lugar de "Kkota", y "Cabana", en lugar de "Kkahuana". Ya en tiempos de los incas, Copacabana daba albergue a numerosos peregrinos, que tomaban parte, junto con los vecinos de la isla del Sol, en las fiestas rituales que allí se celebraban. Actualmente, ya no se llevan a efecto estas romerías hacia dicha isla. Copacabana ha cambiado de sentido, con la diferencia, por cierto, de que Copacabana se ha transformado en un sitio de peregrinación cristiana especialmente para los indios que se han convertido a la religión. Aquí colocó el virrey español conde de Lemus, en el año 1670, la primera piedra para un santuario, cuya fama y significado perduró durante siglos. Para la edificación de la iglesia se llamó de España, para que se hiciera cargo de ella, al arquitecto español don Francisco Jiménez de Sigüenza. No se ha podido precisar cuánto demoró su edificación. Los datos que existen fluctúan entre los quince y doce años.

El santuario de Copacabana se ha hecho célebre por la estatua de la Virgen María, que, por orden de Francisco Tito Yupanqui, descendiente de la nobleza incaica, se erigió a fines del siglo XVI. El día principal de la gran fiesta de Copacabana es paseada esta imagen por toda la ciudad. Los indios, formados en diferentes grupos y bailando, acompañan la procesión. Algunos se acompañan con sus siringas, flautas de Pan, otros con unas flautas largas, las quenas, o con tambores. Cuando uno de los grupos de indios bailarines entra por primera vez a la ciudad, se dirige primeramente a la iglesia. De rodillas se acercan los indios con flautas y tambores hasta el altar. Entonces se levantan, bailan y tocan sus singulares melodías indianas, las cuales repercuten en lontananza, llegando hasta los solitarios parajes; todo

esto en homenaje a la Virgen de la iglesia de Copacabana.

Curiosa es también la vestimenta que llevan los distintos grupos: una mixtura de la antigua pompa incaica y nobleza española del tiempo de la Conquista. Unos grupos visten valiosas pieles de pantera, los otros visten con plumas de papagayos de variados y llamativos colores. Y para conseguir estas vestimentas, que usan solamente por unos días, lo que dura la fiesta, gastan los indios con frecuencia todos sus ahorros, pues estos trajes los arriendan en La Paz, a precios muy subidos, puesto que son sólo para esta clase de fiestas. También los cholos, los mestizos, los que ocupan en Bolivia cargos de importancia y los que se diferencian de los demás por su modo de vestir, lucen sus mejores galas. Es una verdadera magnificencia de colores la que presentan los diferentes grupos sociales. Según sus medios, llevan a menudo las cholas de seis hasta ocho polleras puestas, unas sobre otras, todas de distintos colores. El borde de cada pollera asoma debajo de la otra, de modo que pueden contarse cuántas llevan puestas. Además, cubren sus cabezas con los característicos sombreros de paja barnizados con laca blanca. A los niños los visten igual que a los grandes, y en sus bailes imitan muy bien a sus mayores. La mayoría de las mujeres llevan sus guaguas envueltas en paños y amarradas con estos mismos a la espalda. Las mujeres, cuando al girar en sus bailes se extienden sus polleras, dan la impresión de ser gruesos hongos.

El pisco y la chicha no dejan de hacer sentir sus efectos. Tres días y tres noches, sin interrupción, duran los bailes y festejos. El punto culminante de las fiestas son los fuegos artificiales. En la plaza, ante la iglesia, se han construído ramadas del alto de una casa, hechas de bambúes. A éstas se han fijado numerosas ruedecillas, hechas de cañas delgadas, las cuales están provistas de cohetes. Al encender éstos, con su fuerza, ponen en movimiento todo el sistema de ruedecillas, dispersando el fuego hacia todos lados. Con gran entusiasmo acoge el público este espectáculo, que se lleva a efecto en honor de la Virgen de Copacabana y que mantiene a la muchedumbre fascinada hasta altas horas de la noche.



LOS LIBROS

AUTORES NACIONALES

Los comentarios críticos insertos en esta Sección representan selecciones textuales de los juicios emitidos por nuestros escritores y ya publicados en los diversos órganos de la prensa nacional. Al escoger esos trozos hemos procurado y procuraremos ofrecer a nuestros lectores la reacción total de nuestra crítica frente a cada libro chileno, y prescindimos, consecuentemente, de todo prejuicio, sea de carácter personal, político o estético.

VENTARRON

por

Reinaldo Lomboy

Colección La Honda
(Ed. Cultura, 1945)
Santiago de Chile

Si mal no recordamos, al comentar "Ranquil", la novela anterior de Reinaldo Lomboy, anotamos el predominio de cualidades propias de un literato a las específicamente propias de un novelista. Hemos tratado de comparar esa impresión con su nueva novela "Ventarrón", para ver si esa característica suya persistía, o bien si había llegado a un equilibrio entre ambas; o si había superado esa contradicción.

Antes de resolver este problema, sería, sin embargo, útil tratar de distinguir cuál es el distintivo de Lomboy como escritor, novelista o no; porque, desde luego, no cabe ninguna duda de que ambas facultades siguen vivas en él y ocupan gran parte de su obra.

Contraponemos lo literario a lo novelístico —contraposición que, desde luego, declaramos como muy relativa— en el mismo sentido con que podríamos contraponer lo estático y lo dinámico. La descripción del paisaje, los estados de ánimo y los personajes, la construcción del fondo sobre el cual estos últimos han de moverse, sería lo literario.

Esto no tendría validez alguna en otros escritores que no fueran Lomboy. Pero en él sí. Hablaremos de ello más adelante. En nuestro autor tiene valor, ya que en sus dos libros, "Ranquil" y "Ventarrón", a pesar de sus esfuerzos en sentido contrario, ella existe marcadamente.

Lo anotamos en calidad de hecho, y no como teoría literaria.

Lo novelístico sería la parte activa, la vida, los personajes en acción como realizaciones concretas en un momento dado, de procesos que vienen de un pasado lejano y se prolongan hacia el porvenir; el novelista inmoviliza, por decirlo así, un momento de ese fluir. Según sea el éxito que logre en la tarea, según dé más importancia al pasado o al futuro, según la manera que tenga de relacionar esos personajes con el medio ambiente en que los hace vivir y que nos presenta, tendremos distintos géneros de novela y distintos géneros de novelistas.

"Ventarrón", por ejemplo, nos parece una tentativa de Lomboy para lograr una síntesis viva entre el ambiente social y cultural y sus personajes. Síntesis que creemos que no ha logrado éxito debido a que no es un novelista cien por ciento, sino un literato que escribe novelas.

Como literato —dentro de la órbita que hemos delineado— Lomboy está en constante transformación. En este libro vemos cómo, sucesivamente, ha usado métodos diversos, o bien se ha subconscientemente trasladado a círculos emocionales y sensibles diversos. Podemos anotar, por ejemplo, pequeños trozos en los que ha afrontado los temas con una gradación muy fina, casi siguiendo las normas de un estilo clásico, con frases largas, en las que los elementos están sabiamente distribuídos y subordinados. Otros, en cambio, la mayoría, tienen un carácter marcado de subjetivismo descriptivo; en ellos abundan la frase corta, el objetivo estridente, las relaciones verbales dislocadas; y aun dentro de ellas podríamos distinguir elementos cerebrales y elementos emotivos. Hay rastros de culteranismo cuya característica predominante es la cerebralidad; hay otros que casi lindan con el surrealismo; y luego hay bruscas descripciones naturalistas, de un objetivismo fuerte y agresivo. Todos estos elementos se funden a veces y el autor, arrastrado por un torrente emotivo, parece que torciera las palabras, que las alargara o las deformara, para darles un significado de acuerdo con la emoción que en ese momento domina su espíritu.

Pero al llegar a la parte puramente novelística, la magnitud artística se empequeñece. No podríamos decir si Lomboy, por las dos novelas que le conocemos, es un totalizador, o si más bien procede con criterio analítico. Ni si esta novela responde a una finalidad única o si, en realidad, han sido varias las finalidades que quiso lograr; o bien si unió en una sola síntesis

de distintas producciones suyas que respondían a distintos estados de ánimo cuando fueron escritas.

Un autor joven y en pleno desarrollo como es Lomboy, debería, entre otras cosas, proponerse el siguiente problema: ¿A qué responde, dentro de su obra, el diálogo? ¿Quiere darle solamente un valor anecdótico, un valor de ampliación, de comentario, o bien, debe responder en todos sus puntos y en todas sus palabras a una finalidad más profunda e injertarse en manera indiscutible con el núcleo central de la obra?

En "Ventarrón" ese problema parece no haber sido considerado.

El diálogo tiene un valor pintoresco y secundario.

Es un agregado; una especie de apunte, de documento, que se ha injertado como se colocaría en un libro de erudición una nota explicativa de un texto difícil. Podría suprimirse perfectamente.

Jamás revela un dato interesante de la personalidad del que pronuncia la frase.

Hemos dicho y repetimos que en esta obra Lomboy ha tratado de proceder sintéticamente; si como descriptivo es a veces naturalista, y en la concepción total de la obra ha construído. El nudo central del libro es, como lo indica el título, un ventarrón; pero en ese ventarrón se mueven seres en el presente y en el pasado, en el mar y en la tierra, en las chozas y en los caminos. Lomboy ha dislocado con acierto la cronología; ha adelantado trozos de vida; vuelve hacia atrás con un método que él no ha inventado, pero que ha utilizado a las mil maravillas. En este sentido se ve que el autor se ha propuesto nuevos problemas y ha tratado de resolverlos. Aunque no fuera más que por esta actitud de renovación sería, sincera, este libro tendría ya un valor.

Lo que sucede es que aun en Lomboy el literato predomina sobre el novelista; y con esto respondemos a la pregunta que nos formulamos al principio. Sus personajes son descritos. No están en acción más que en forma mecánica. Exagerando un poco, podríamos decir que Lomboy es un lírico de la novela. Más que la acción, le interesan los estados internos. Pero ellos pueden ser tratados también desde un punto de vista activo, al que Lomboy aun no llega.

Hay en esta obra muchos elementos y todos ellos prometedores. No es un ensayo, sino muchos ensayos, o si se quiere, un ensayo en muchas direcciones. Es difícil decir en cuál de ellos triunfará el autor. Si lograra resolver todos los problemas que se ha planteado, lo tendríamos transformado en un novelista completo y poderoso.

Nos queda por decir una palabra sobre el tema; porque el tema también es uno; se trate de los hombres o de las mujeres, de los campesinos o de los marinos, aun en lo que podríamos llamar el paisaje, Lomboy trata, como en su primer libro, de la vida del pueblo y en este sentido su libro es un libro vivo; no es un ensayo meramente literario, no es un mero intelectual, no ha producido un bibelot ni una decoración. No; él y su obra, por reflejo, están sumergidos en la vida misma, en la vida descarnada esencial, sin retoques y sin tapujos. Cuando logre hacer que ella fluya en sus novelas en forma perfecta, habrá logrado su cometido y, como novelista, ya no tendrá más que desear.

THE RIPPER.



ALBERTO BLEST GANA

Introducción a su Novela

"EL LOCO ESTERO"

por

Alfonso M. Escudero

Buenos Aires, 1945.

El padre Alfonso Escudero ha compuesto un nutrido estudio que enriquece la copiosa literatura existente sobre don Alberto Blest Gana y su obra novelística. No descubre cosas nuevas ni tiene puntos de vista de gran originalidad, pero agrupa datos, concentra noticias dispersas y ayuda bastante a la comprensión del gran escritor santiaguino. El presente trabajo parece destinado al conocimiento de Blest Gana entre el público extranjero, en vista de que una editorial argentina va a publicar "El Loco Estero".

No es, quizás, ésa a mejor novela de quien evocó, como nadie, la vida santiaguina, pero es un agradable relato, pleno de evocaciones familiares y de finos atisbos sobre la psicología infantil. Iba a tardar muchos años en escribirla; a pesar de que en 1858 anunciaba a un amigo que la tenía proyectada, y sólo en 1909 la imprimió.

La característica de dicha obra es el amor y el patriotismo con que fué concebida, después de una larga ausencia del suelo natal. Blest Gana no olvidó ningún detalle ilustrativo acerca de la existencia santiaguina en los días en que se glorificaba a Bulnes, que tornaba vencedor a la capital de Chile, luego de haber vencido a la Confederación de Santa Cruz en la batalla de Yungay. La novela, como todos lo saben, comienza con la entrada en Santiago de las tropas de Bulnes, vencedoras de Santa Cruz. Se combina en su trama una intriga entretenida y humorística, y un sentido de poética descripción de las viejas casonas, con sus huertos y patios, con el detalle de los juegos de los niños y graciosas escenas de costumbres. En el vasto repertorio novelesco en Blest Gana resulta, quizás, la reconstrucción más simpática y alada de un tiempo en que florecían grandes virtudes y se asentaba un régimen autoritario, pero progresista, que poco a poco aflojó los lazos de la represión e hizo desembocar a nuestro pueblo en un camino de bienestar pacífico y de modestia espartana.

El padre Escudero es un acucioso investigador, que revela un gran amor a los detalles iluminadores, pero no sabe someterlos a cierta medida armónica. Amontona demasiadas cosas sin las debidas transiciones ni los adecuados enlaces artísticos. Esto no daña la severidad de su método, pero lo convierte en un hacinamiento de materias que requerirían un tratamiento más esmerado.

Algunos de sus juicios e ideas son discutibles, como vamos a verlo, sin ánimo polémico. Dice en la página XLVI lo siguiente: "De acuerdo con una frase del capítulo XXII, me parece que la obra habría llevado mejor el título de "El Idilio de la Tapia". El idilio entre Carlos y Deidamia es una de las constantes de las obra. Y un incidente ocurrido en la tapia, es el más fecundo en consecuencias". En este caso, si se hubiera cumplido el deseo del padre Escudero, se puede decir

que a costa de la exactitud se habría sepultado a la poesía. El título propuesto por el ilustrado agustino es horrendo y, en cambio, "El Loco Estero" corresponde mejor al buen gusto exhibido por Blest Gana en el ocaso de su vida, cuando superó algunas de las cursilerías románticas que empañaban su pluma juvenil.

El padre Escudero estampa variadas afirmaciones discutibles sobre el desarrollo de la novela americana del romanticismo. Vamos a copiar la de más bulto. Dice en la página XXXII, de su ensayo, lo siguiente: "Los novelistas americanos que producen antes de la madurez de Blest Gana (1860) son unos buenos románticos que hacen novela como pudieran haber fabricado una leyenda en verso o haber lanzado un suspiro o un apóstrofe (doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez, cubanos: José Mármol y Vicente Fidel López, argentinos; Bernabé de la Barra y Manuel Bilbao, chilenos; don Alejandro Magariños Cervantes, uruguayo. Excepción: Eugenio Díaz, colombiano, cuya "Manuela" se escribe allá por 1856)".

Ni Cirilo Villaverde, que fué un novelista de verdadera calidad, como puede apreciarse en su obra "Cecilia Valdés", cuya primera parte fué editada en 1839 en La Habana, ni Anselmo Suárez, cuya novela antiesclavista "Francisco", escrita en 1839, pueden tratarse tan a la ligera como lo hace el padre Escudero. Además, en México ya se había publicado, entre 1845 y 1846, la novela "El Fistol del Diablo", de Manuel Payno, que es una obra genuinamente nacional, con gran acopio de observaciones y detalles costumbristas que contrastan con un estilo de relativa pobreza y vulgaridad.

No desmedra el prestigio de Blest Gana como introductor de la novela cíclica, a la manera de Balzac, el hecho de que hubiera contemporáneos, en otras partes de América, que cultivaran el género con cierto brío y donaire y, en algunos casos, con maestría evocativa, como en el caso de "Cecilia Valdés", de Villaverde, que hoy se considera una obra clásica de la literatura cubana.

El padre Escudero desliza otra observación, que no puede pasar libremente sin ser sometida a crítica. Dice lo siguiente, después de haber estampado las ligeras reflexiones que ya analizamos: "La novela única de un autor, llámese Mármol (1851), o Isaacs (1867), no hace de sus autores novelistas: es como desahogo personal, el libro de recuerdos que cada hombre con cierta destreza redactoril puede escribir. Novelista de categoría, autor de varias novelas dignas de lectura, no hubo, en el siglo XIX iberoamericano, otro que don Alberto Blest Gana. Cuando se ha comparado a don Eduardo Acevedo Díaz con Blest Gana en intención cíclica, se olvida que el uruguayo nació en 1851, sólo dos años antes que el chileno comenzara a publicar". (Página XXXII.)

Quien mucho prueba acaba por no demostrar nada. Respecto a la primera afirmación, bastaría recordar que muchos escritores se han inmortalizado por una sola creación, aunque después hayan dejado la pluma. En la literatura universal y en la americana abundan los ejemplos para refutar la peregrina teoría del padre Escudero. Jorge Isaacs, con "María"; Rivera, con "La Vorágine"; Azuela, con "Los de Abajo"; Güiraldes, con "Don Segundo Sombra"; Loveira, con "Juan Criollo", serán siempre famosos por estas obras, aunque no hubieran compuesto otras que se olvidan en el momento de citarse las que alguien denominó "novelas ejemplares de América". Respecto a que no hubo otros novelistas de categoría en el siglo XIX, es cosa también que habría que dilucidar con calma y con documentación suficiente, que no cabe en un artículo de prensa. Pero, en todo caso, vamos a refrescar la memoria del ensayista chileno. En México existen varios dignos de nota, entre los cuales sobresalen dos de rango, que fueron el realista José T. de Cuéllar, y el más célebre Ignacio Manuel Altamirano, que todavía se incluye en el ciclo romántico. En "El Zarco", y en "Clemencia", no sólo entretuvo a sus contemporáneos, sino que creó un estilo personal, movido y lleno de colorido costumbrista.

En Colombia tenemos al propio Eugenio Díaz, citado por el padre Escudero, que como estilista y evocador de la vida campestre no tiene nada que envidiar a otros escritores más reputados en el exterior.

Respecto a la comparación entre Blest Gana y Acevedo Díaz en el terreno cíclico, no vemos que haya nada de absurdo en el paralelo, que lo hemos intentado en otra oportunidad, por el hecho de que el uruguayo naciera en 1851, sólo dos años antes que Blest Gana comenzara a publicar sus obras de ficción.

Con "Ismael", editada en 1888, comienza la serie de las grandes novelas históricas de Acevedo Díaz, que según Zum Felde, gran crítico uruguayo, abren una nueva época de esa literatura. Después, en 1890, se publica "Nativa", y luego viene "Grito de Gloria", en cuya trama la acción épica e histórica contiene a todo el brioso desenvolvimiento dramático de vigor ejemplar.

Si hay algún escritor americano que pueda equipararse a Blest Gana, por su intención cíclica, de abarcar la totalidad de una existencia nacional en un vasto período histórico, ése es el uruguayo Acevedo Díaz, cuyas novelas no tienen nada que pedir a las mejores del siglo XIX, por más que él alcanzó a vivir hasta 1924, así como el autor de "El Loco Estero" llegó hasta 1920.

No hemos querido empequeñecer los méritos del estudio del padre Escudero, y sólo quisimos demostrar la ligereza de muchos de sus puntos de vista, cuando se mete en el fértil terreno del dogmatismo literario. Descontando estas cosas y algunas bizarrías de estilo, su ensayo sobre Blest Gana contribuirá a vulgarizar el conocimiento de un gran escritor chileno, que merece difundirse en otros países del Continente Americano.

RICARDO A. LATCHAM.



LA NOCHE EN EL CAMINO

novela por

Luis Durand

(Ed. Zig-Zag, 1945)

Santiago de Chile

Como ocurre a menudo con las obras de la escuela criollista, a que Luis Durand pertenece, en esta novela se nota pronto un desequilibrio de valores; el poeta, el hombre sensible al color y al movimiento, el estilista a ratos, cuando se entusiasma, supera mucho al narrador, al inventor de intrigas, al creador de caracteres y situaciones; por momentos, lo apaga completamente.

La historia de "La Noche en el Camino" interesa poco.

Diríase que el autor, diestro, con experiencia literaria, cumple honradamente una tarea colocando sus personajes aquí y allá, describiéndolos con menudo detalle, haciéndolos actuar y hablar.

Su prosa, en la mayoría de las páginas, carece de tensión; parece una prosa que anda, pero no va a ninguna parte; anda por el placer de andar, pero sin experimentar tampoco un placer extraordinario andando. Esas personas hicieron esto y lo otro en tal y cual parte del mundo; lo mismo podrían haber hecho algo distinto en otras partes. No se siente ni se ve necesidad íntima, apremio superior.

En cambio, de pronto, viene una fiesta. "Una mujer alta, de espesa cabellera negra, que no se supo de dónde salió, estaba ahora sentada frente al arpa, y arrancó de sus cuerdas notas claras y hondas, que eran como chasquidos del viento." Eso está visto, sentido, escuchado. Hay que leer: "... la música viva, alegre, apasionada y bullanguera de la cueca, llenó el salón como una catarata de armonías que hierve, salta y se estrella sobre todo lo circundante... La mujer, como si hubiera recibido una aguda herida en medio del pecho, lanzó una especie de alarido, que después se afinó en notas cálidas y vibrantes. Llevaba ella el alto, mientras los hermanos Espejo la acompañaban con voz abaritonada de agradable timbre, rica en sorpresivas tonalidades, que comunicaban singular encanto a la canción: ¡Corazones partidos, yo no los quiero!" Véase toda la pintura del baile, animada, vibrante, y que parece nueva, pese a las múltiples ediciones de la misma canción que corren por ahí.

Eso ya no es solamente un trabajo honrado, hecho a conciencia, un producto del arte maduro, de la técnica poseída y dominada.

Ahí, dentro, arde una chispa.

Esa pequeña chispa, pronto extinguida, es la que desearíamos ver brillar con mayor frecuencia en esta novela nocturna y caminante.

AUTORES EXTRANJEROS

ISABEL DE ESPAÑA

por

William Thomas Walsh

(Edit. Difusión Chilena 1945)

Santiago de Chile

Nadie conoce su destino.

Creyó don Alvaro de Luna que, casando a don Juan II con Isabel de Portugal, chicuela de 15 años, afirmaba su dominación y seguiría mandando en Castilla. Todos pensaron como él; el influjo del condestable sobre los hombres equivalía a su irresistible hechizo para las mujeres. En 1447 llegó a Burgos la novia, bella, infantil, un tanto triste. Dicen que, desde el primer momento, pese a su encantadora sonrisa, don Alvaro le causó el efecto de una serpiente; y se propuso aplastarlo. El hecho es que, seis años más tarde, el valido todopoderoso, Gran Maestre de la Orden de Santiago, el inmenso don Alvaro de Luna podía recitar en su prisión las décimas: "Arena que, sin sentir..." Y el 8 de junio de 1453, ante el asombro de la gente, que lo veía y no lo creía, pasaba rumbo al patíbulo.

Don Juan II lloró al firmar su sentencia.

Esa Reina Isabel, que con el tiempo fué poniéndose más melancólica, hasta volverse loca, fué la madre de Isabel de España.

El rey, su padre, ese don Juan II, que derramó lágrimas mandando degollar a su amigo, sólo pedía que no le hablaran de asuntos de Estado para "satisfacer libremente su pasión por la poesía y la música".

Peor fué su heredero: Enrique IV, medio hermano de Isabel y, según las malas lenguas, de ningún modo su hermano, pues lo habría engendrado don Alvaro; era enorme, desgarbado, sucio, con la nariz encorvada y un aspecto inquieto de mono. Casó con otra princesa de Portugal, doña Juana, y sabiéndose incapaz —su primer matrimonio se anuló por eso— propuso a la joven un recurso tal, que ella, ante toda la Corte, le escupió el rostro. Enrique IV sentía una extraña predilección por los moros, los judíos y los criminales: a un tal Barrasa, asesino que desfiguró a su víctima, lo perdonó y lo hizo su escudero. La corrupción de su Corte acabó por contaminar a la joven reina, y entonces apareció don Beltrán de la Cueva, joven, atlético, gallardo y después la Beltraneja, oficialmente, hija del rey. Enrique IV, con una filosofía superior a todas las comedias, manifestó su alegría nombrando a don Beltrán, Conde de Ledesma "por servicios distinguidos".

La madrina bautismal de la Beltraneja fué Isabel de España, que tenía once años.

Esas raíces tenían, y en ese charco infestado se crió la encina robusta cuya sombra daría nacimiento y amparo a todo un pueblo. ¡Y qué pueblo!

No hacen falta, verdaderamente, los libros de imaginación...

Las locuras de don Enrique IV provocaron un levantamiento de los nobles; reunidos en Avila, el Arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y el marqués de Villena, Juan Pacheco, depusieron al rey en una ceremonia teatral donde no hubo ofensa ni escarnio que no le infligieran. Cuando el monarca lo supo, cayó en profundo abatimiento; ordenó "que le tocaran el laúd y le cantaran canciones tristes..." Tuvo que librar batalla contra los conjurados en Olmedo. Mientras don Beltrán se batía como un león, el rey, desde una eminencia, observaba. Un momento creyó que sus tropas cedían; escapó inmediatamente, dando por perdida la jornada.

Agentes del Arzobispo lo sorprendieron de noche; pero Enrique logró huir, medio desnudo, a través del campo; pidió a una mujer un traje de labrador y así disfrazado llegó en una mula a Madrid.

A estos episodios de novela tragicómica corresponden, simétricamente, aventuras de capa y espada; la reina doña Juana, madre de la Beltraneja, perdido ya todo el pudor que le hizo escupir en la cara al rey, sólo pensaba en que la suya aun podía hacer conquistas; guardada estrechamente, seduce con sus coqueterías a un sobrino del carcelero y: "Una noche obscura este galán hizo descender a su adorada desde lo alto de una de las torres del castillo. Desgraciadamente, la cuerda se rompió y Juana cayó bruscamente al suelo. Pero esto no le impidió huir con su raptor..." Doña Isabel también vió su idilio, aunque legítimo, obligado al disfraz; don Fernando, para burlar al rey, partió de Aragón disfrazado de arriero y estuvo a punto de que lo mataran a pedradas en Burgos de Osma.

He ahí como si dijéramos el prólogo paradojal y burlesco de la grande epopeya española.

Tierra de los contrastes bruscos, de las luces y sombras sin transición, la historia de España es la más desconcertante y, por lo mismo, la más atrayente de Europa; el misterio ocurre allí a plena luz meridiana.

¿Cómo, de una madre medio loca, de un padre abúlico, con un hermano que es el tipo clásico de la degeneración, nacieron la cordura, la voluntad, el equilibrio, la energía, la constancia y, por encima de todo, el más desquiciador, generalmente, de los elementos, el genio político encarnado en una mujer?

Y, sin embargo, ahí está.

Tal vez ningún gobernante en el mundo, antiguo ni moderno, ha debido afrontar las dificultades que Isabel la Católica venció para fundar su reino, unificarlo, pacificarlo y echar de él a sus enemigos.

Su corte no tenía residencia fija. Sin caminos ni carruajes, como los entendemos hoy, a pie, a caballo, en mula, el rey y la reina recorrían sus Estados escuchando a sus súbditos, combatiendo a los rebeldes, administrando justicia. Joven, hermosa, enamorada de su marido, Isabel era, ante todo, reina de Castilla y no admitía que nadie, ni el rey, su señor, a quien rendía todo homenaje, interviniera en los negocios públicos más allá de lo estrictamente de fórmula. Así fué el compromiso matrimonial, y sólo a ese precio los castellanos tolerarían un monarca aragonés.

Cuando Fernando, a quien Maquiavelo consideraba el hombre más hábil de su época, quiso pesar demasiado en el Gobierno —por ejemplo, haciendo nombrar a su hijo bastardo, Cardenal, Arzobispo de Toledo—, doña Isabel, muy respetuosa, pero muy enérgicamente, se le opuso. Y se le impuso.

En los intervalos que le dejaban los negocios públicos, la reina se detenía periódicamente en algún pueblecito tranquilo, y daba a luz un hijo. Asunto de Estado, también, de los más importantes y que la obligaba a ceremonias públicas o semipúblicas, para ella, terribles; pero que era preciso aceptar.

"A principios de enero de 1488, la reina y su hijo llegaban a Medina del Campo —escribe Thomas Walsh, pág. 249—. En el espacio de diez meses, Isabel había recorrido a caballo cerca de mil leguas; había tomado parte en las sesiones de tres Parlamentos; había asistido a la partida de la Armada (que iba a combatir al turco), y visitado una parte de sus reinos. Ahora estaba encinta por cuarta vez, esperando dar a luz en el verano."

Estaba hecha, sin duda, de una madera especial.

Cuando, a principios de su reinado, estalló una revuelta popular en Segovia, y supo Isabel que unos cuantos soldados fieles a ella resistían apenas, aunque no tenía sus tropas, ni siquiera un séquito decente, como no había tiempo que perder, montó a caballo y acompañada del Cardenal Mendoza, el conde de Benavente y su amiga Beatriz de Bobadilla, se puso en camino inmediatamente. "El sol incendiaba el camino ardiente; la cabalgata que iba al galope levantaba a su paso un polvo espeso..." Por ahí se extraviaron, debieron deshacer lo andado; pero, con todo, la reina llegó a tiempo; quisieron ponerle condiciones para entrar; ella picó espuelas a su cabalgadura y avanzó, sin escolta, haciendo abrir todas las puertas de par en par para que todos los rebeldes pudieran verla y oirla.

Así los dominó. Porque era la reina.

William Thomas Walsh, escritor católico norteamericano, evidentemente se ha enamorado de Isabel, igual que Werfel de la Bernardita; ambos amores han enriquecido las letras con libros fuertes y milagrosos.

Doña Isabel está viva en esta obra apasionante.

Tal como presiden su primera parte la comparsa de los validos y los traidores, don Juan II y don Alvaro de Luna, don Enrique IV y don Beltrán, doña Juana la Beltraneja, el Marqués de Villena, maestro de perfidia, en la segunda y última parte se yergue por encima de todas una gran figura solitaria, vestida de hábito franciscano, con algo de soñador, de místico y de aventurero; el hombre que, bajo los auspicios de Isabel, descubriría un nuevo mundo.

El establecimiento de la imprenta (bajo el reinado de Isabel se imprimió en España el primer libro), la toma de Granada y la expulsión de los moros; la expulsión de los judíos; el descubrimiento de América; la unificación de España bajo un cetro capaz de sojuzgar a nobles y potentados, seculares o civiles, muchos de ellos más ricos que la corona; la reorganización de la Santa Hermandad para reprimir el bandidaje y hacer posible la vida civilizada, he ahí algunas de las empresas llevadas a cabo por la mujer que agotó el genio político y administrativo de su raza.

Se le reprocha el Santo Oficio: Walsh la defiende; no sin paradoja. La Inquisición evitó a España las masacres de herejes y las guerras de religión que, en el resto de Europa, derramaron más sangre que los inquisidores. Y no apagaría tanto las bellas letras, pues su mayor auge coincide con Lope, Cervantes, Calderón y los otros...

El misterioso destino, en todo caso, se encargó de vengar a las víctimas del quemadero con más rigor que los enemigos de España.

Vió Isabel morir a su hermano Alfonso y lo heredó. Su hijo de veinte años, el príncipe don Juan, destinado a realizar cuanto ella ambicionaba, murió a los seis meses de haberse casado. Su hija doña Juana, mujer del duque de Borgoña, Felipe el Hermoso, fué perdiendo poco a poco la razón y llegaría a la vejez, reina y loca. Su hija doña Catalina, casada con el príncipe Arturo de Inglaterra, sería más tarde una de las esposas y la primera víctima de Enrique VIII. Su hija doña Isabel, casada en segundas nupcias con el rey de Portugal, murió al dar a luz un hijo.

Y después de la catástrofe de los hijos, la de los nietos; doña Margarita, viuda del príncipe don Juan, tuvo un hijo muerto. El de doña Isabel, jurado por las Cortes de Castilla y Aragón como heredero, y que habría unificado a la Península como rey de Portugal, sólo vivió dos años.

La gran llamarada política, religiosa y militar que incendió la historia de España empieza y termina con doña Isabel.

ALONE.

PIO BAROJA

EL ESCRITOR SEGUN EL Y SEGUN LOS CRITICOS

(Memorias)

(Ed. Biblioteca Nueva 1944)

Madrid-España

JUSTIFICAR lo dicho y hecho durante la vida, los aciertos y los desaciertos, es la razón que impulsa a algunos escritores a escribir esas interminables escenificaciones en que aparecen, indefectiblemente, como héroes de una farsa compuesta con datos hechos y resoluciones fáciles. En estas obras, tan minuciosamente preparadas por la experiencia, el escritor nunca desmiente la calidad de sus intervenciones y la oportunidad de sus mutis. Su intención está de antemano salvada para la posteridad. Es un testamento que "desde la última vuelta del camino" —como escribe Pío Baroja— ostenta la legible y auténtica firma de quien está predestinado para el cielo de la gloria. Es verdad que muchas veces se trata sólo de una auténtica gloria terrenal, la única posible para aquel que, ávido del mundo, quiere dejar un testimonio en el cual explica las causas y razones que lo inducen a querer persistir en la memoria de los hombres. Claro que para que esto sea posible es necesario que las memorias provengan de un hombre que se levante más allá de la medianía de sus prójimos. Un libro de esta clase, salvo excepciones, nos interesa en cuanto esté escrito por alguien que de antemano haya movido nuestra atención. De ninguna manera podríamos interesarnos por conocer las experiencias pasadas de Pedro, Juan o Francisco.

Pío Baroja, el escritor desdeñoso y cínico, llano de estilo, enemigo de retóricas, atrabiliario y contradictorio, inicia la publicación de sus memorias cuando el cansancio empieza a exigirle una revisión ya no de valores simplemente, sino de "sus" propios valores. La desproporción entre una obra plena de vitalidad y esta vida mediocre que él más nos oculta que nos descubre, hace que justifiquemos este pensamiento suyo: "En un autor ilustre su obra es más importante siempre que su vida". Porque por lo que aquí leemos, en Pío Baroja no se encuentra esa forma de embestir contra el mundo que ingenuamente imaginábamos desde este lado del Atlántico. Su obra corresponde muy poco o casi nada a su débil actitud vital. Sabemos desde luego que mucho de lo por él apuntado en este libro obedece a falta de impulso y ausencia de delectación para improvisarse héroe de derrotas o victorias que poco le han entusiasmado durante su existencia. Mas lo cierto es que no puede lanzarse a resplandecer como un hombre de vida muy singular quien escribe esta muestra de bella desilusión: "Hay muy pocas vidas interesantes y novelescas. Las vidas más curiosas son, quizá, aquellas a las cuales la casualidad pone veladuras y oscuridades. La vida de Lord Byron seguramente para él fué una vida mediocre y aburrida". Cuánto más lo será la vida de un hombre inquieto cuyas acciones fueron sólo descritas en sus libros.

Pero por el título, **El escritor según él y según los críticos**, que especifica la naturaleza del tema, quizá hasta en un tomo próximo no obtendremos algunas observaciones que escapan a la índole de éste. Por hoy nos es dado recrearnos en esta natural agudeza del viejo novelista que, sin preámbulos, lanza demuestos sobre sus contemporáneos y amigos. Esa posición tan personal que con respecto a la llamada "Generación del 98" ha sostenido, vuelve a patentizarse por medio de todas las fuerzas disponibles a su alcance. Ni Ganivet, ni Costa, ni ningún escritor anterior a su generación, influye en alguna forma. Sólo Nietzsche, que entonces empezaba a ser traducido y se conocía en versiones francesas. Ni la "Generación del 98" existe como grupo de intenciones afines, ni tiene la más leve repercusión política en el país. Todo lo contrario, pues una de sus características fué precisamente lo apolítico. Ni él fué nunca anarquista como se ha aseverado. Y su vida, para sorpresa nuestra, ha sido llevada dentro del más burgués orden, sin aventuras que consignar, sin luchas en contra de la sociedad, sin notables pérdidas de tiempo que malograran la madurez y la prosecución de sus novelas. Es, claramente, un Máximo Gorki que nunca salió de su casa: un salvaje en pantuflas.

Hay algunas frases a través de las que podemos conocer su tradicional manera de trabajar la materia de sus obras. "Yo no he partido nunca de la lectura de un libro para escribir otro", escribe para situar la índole de su trabajo y su posición frente al estilo y la materia de los libros de sus contemporáneos. En su opinión, Valle Inclán, ese gran escritor que ocupa tantas páginas de sus muy directas alusiones, no resulta sino una delicada costurera que a fuerza de trabajo logró hacerse artificialmente un estilo, pero nada más. Y el mismo Ortega y Gasset, por pulir la palabra olvidó la obra. Los más pequeños, como Salaverría, nunca llegaron a acertar y mucho menos a ofenderle cuando acerca de él escribieron algunas páginas. Sobre todos ellos deja caer sus claras referencias, dichas con llaneza, castizamente. Por ello, Baroja es un escritor antiparadójico por excelencia. No voltea nunca el pensamiento del revés. Va siempre con un impulso directísimo. Voltea las cosas y los hombres simplemente.

Es evidente que para Baroja sólo importa que la posteridad conozca de su vida el mundo literario en que se movía y las ideas que lo impulsaron a sostener determinadas opiniones sobre todo y contra muchos. Ni la política —hoy que convive plácidamente en un régimen que apenas en una frase insinúa que es de su agrado— tiene para él un vivo interés. Su posición es, por indefinida, invariable: el escritor y la política son antitéticos. La política debe reservarse para los retóricos, es decir, para los superficiales. El escritor, en cambio, debe ir hacia regiones más oscuras, pero más hondas. Este es su lamentable catecismo, su ya derrotada verdad. Sólo la admiración hacia el gran escritor hace olvidar esto que nos disgusta del hombre.

A. Ch.

NOTICIARIO DE REVISTAS

En la redacción de "ANTARTICA" se han recibido las siguientes revistas

"ATENEA" N.º 244. Universidad de Concepción.
Enrique Molina: "Recuerdos de M. Salas Marchán". Gonzalo Drago: "Canto a Colchagua". Robert Vigneron: "Estela de Marcel Proust".

"REPERTORIO AMERICANO", San José de Costa Rica. Director: J. García Monge. N.º agosto 1945.
Gabriela Mistral: "Sobre el Chileno Torres Rioseco". Pablo Antonio Cuadra: "Antología del Pobre".

"LATITUD", N.os 5 y 6, Buenos Aires.
Héctor P. Agosti: "La Encrucijada del Superrealismo". Roberto Giusti: "Cultura Francesa y Cultura Argentina". Tomás Lago: "Los Frescos de Siqueiros en Chillán". José Sabogal: "Retablillos de Ayacucho".

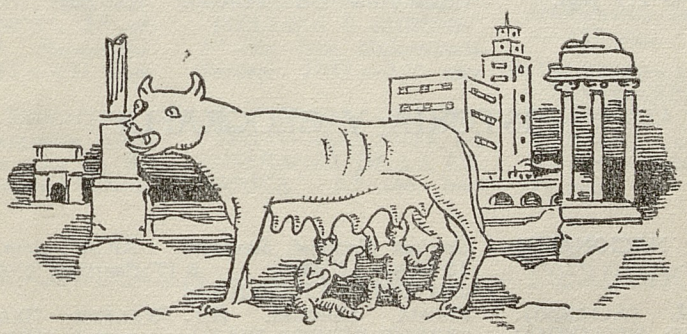
"BABEL", N.º octubre 1945, Santiago. Director: Enrique Espinoza.
Federico de Onís: "España en América". Héctor Fuenzalida: "Julio Barrenechea, el poeta". Enrique Espinoza: "Martí, ahora". González Vera: "Presentación de Euclides Guzmán".

"OTOÑO", Sociedad de Escritores de Chile. Santiago N.º 2. Director: Eduardo Barrios.
Augusto D'Halmar: "Canciones con Palabras". Byron Gigoux: "Rotos Hombres". Ernesto Montenegro: "El Viento Norte". Daniel de la Vega: "Tres Poemas".

"ZIG-ZAG", Edición 2017, 18 de octubre, 1945, Santiago.
Milton Rossell: "El Profeta de la Pampa", por Ricardo Rojas. Dr. A. Goldschmidt: "La Semana Musical". Enrique Labra: "El Imperio del Banano". Florentino Soria: "Matemáticas en Primavera". Waldimir Weidlé: "El Crepúsculo de los Mundos Imaginarios".

"SUR", N.º 131, Buenos Aires. Directora: Victoria Ocampo.
Aldous Huxley: "Religión y Temperamento". Victoria Ocampo: "Pedro Figari". Marques Rebelo: "Circo de Conejitos". Jorge Luis Borges: "El Aleph".

"LA ESTAFETA LITERARIA", Madrid, 1945.
Miguel Moya Huertas: "Vida y Muerte en el Bodegón". Ledesma Miranda: "Rosas de T. en 3.er año". Víctor Ruiz Iriarte: "Yo soy el Sueño". Carlos del Valle-Inclán: "Draguicha". José García Nieto: "Toledo".



BIBLIOGRAFIA

LITERATURA Y ARTES

EDICIONES NACIONALES

BLEST GANA (ALBERTO). "LOS TRASPLANTADOS". *Ed. Zig-Zag. Santiago,* 1945. — 2 *vols.*

BRACK (MARIO). "ETIQUETAS. PROSAS BREVES". *Imp. Torres. Talca,* 1945.— 95 *págs.*

BRIEBA (LIBORIO). "EL ENVIADO". Novela histórica de los tiempos de la reconquista e Independencia de Chile. *Ed. Zig-Zag. Santiago,* 1945. — 217 *págs.*

DARIO (RUBEN). "POEMAS INEDITOS Y POEMAS OLVIDADOS". Ordenación y prólogo de Alberto Ghiraldo. *Imp. Casa Nacional del Niño. Santiago,* 1945. — 228 *págs.*

ESLAVA (ERNESTO). "PINTURA MURAL. ESCUELA MEXICO DE CHILLAN". *Imp. Escuela Nacional de Artes Gráficas. Santiago,* 1943. — 27 *págs.* Con ilustraciones.

LEON (JUAN DE). "LAS VACACIONES DE TONO". *Ed. Zig-Zag. Santiago,* 1945. — 112 *págs.*

PINILLA (NORBERTO). "LA CONTROVERSIA FILOLOGICA DE 1842". *Imp. de la Univers. de Chile. Santiago,* 1945. — 117 *págs.*

PUELMA FERNANDEZ (MARCOS). "DESDE UN VAGON DE FERROCARRIL". *Ed. La Salle. Santiago,* 1945. — 169 *págs.*

SILVA (VICTOR DOMINGO). "GOLONDRINA DE INVIERNO". *9.ª ed. Ed. Nascimento. Santiago,* 1945. — 280 *págs.*

HISTORIA Y GEOGRAFIA

EDICIONES NACIONALES

BARAHONA Z. (ALFREDO). "BOSQUEJO HISTORICO DE LA LOGIA UNION FRATERNAL N.º 1". *1.ª época.* 1853-1906. *Imp. Universo. Santiago,* 1945. — 84 *págs.*

IGLESIAS CARTER (CARLOS). "SEMBLANZA DE MORSE. 1844-1944". *Imp. La Gratitud Nacional. Santiago,* 1944. — 38 *págs.*

PALMA ZUÑIGA (JULIO H.) y PALMA (MIGUEL A.). "BREVE RESEÑA HISTORICA DE LA PARROQUIA DE ALCONES". *Imp. Stanley. Santiago,* 1944. — 64 *págs.*

PEREZ (FRAY PEDRO NOLASCO). "CONQUISTA, POBLACION Y CIVILIZACION DE HISPANOAMERICA". *Imp. El Esfuerzo, Santiago,* 1945 — 46 *págs.*

WALKER HERREROS (RAFAEL). "HISTORIA DE LA PENITENCIARIA DE SANTIAGO". *Imp. Direc. General de Prisiones. Santiago,* 1945. — 86 *págs.*

WALSH (WILLIAM THOMAS). "ISABEL DE ESPAÑA". (1451-1504). *Imp. Chile. Santiago,* 1945. — 527 *págs.*

FILOSOFIA Y RELIGION

EDICIONES NACIONALES

DONOSO CORTES. "PAGINAS ESCOGIDAS". *Ed. Zig-Zag. Santiago,* 1945. — 181 *págs.*

GALAMBA DE OLIVEIRA (JOSE). "JACINTA". Traduc. de Darío Ovalle Castillo. *Ed. Difusión. Santiago,* 1945. — 266 *págs.*

LARSON (OSCAR). "¿HACEMOS ACCION CATOLICA?". *Ed. La Salle. Santiago,* 1944. — 36 *págs.*

MONTEBRUNO LOPEZ (JULIO). "NIETZSCHE. EL APOSTOL DE LA INDEPENDENCIA ESPIRITUAL Y DEL DESARROLLO NATURAL Y AUTONOMO DE LA VIDA". *Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 26 *págs.*

ROSS BRAVO (JAIME). "BASES PARA UNA FILOSOFIA DE LA LEY". *Imp. Horizonte. Santiago,* 1945. — 237 *págs.*

EDUCACION

EDICIONES NACIONALES

LENZ Y DIEZ. "LIBRO DE LECTURA FRANCESA". *T. 1.º 28.ª ed. Ed. Nascimento. Santiago,* 1945. — 96 *págs.*

LICEO ALEMAN. "LIBRO DE LECTURA". *Vol. IV. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. 192 *págs.*

LICEO ALEMAN. "TEXTO DE ARITMETICA PARA LAS PREPARATORIAS". *T. IV. 6.ª ed. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 80 *págs.*

OROZ (RODOLFO). "EJERCICIOS LATINOS". *2.ª ed. revisada. Ed. Nascimento. Santiago,* 1945.—151 *págs.*

PROGRAMA DE EDUCACION, a base de los programas oficiales del Estado para las Escuelas Misionales del Vicariato Apostólico de la Araucanía. *Imp. San Francisco. P. Las Casas,* 1944.—51 *págs.*

QUIJADA (BERNARDINO). "CURSO DE ZOOLOGIA". *T. 3.º. Ed. Nascimento. Santiago,* 1945. — 176 *págs.*

SANDOVAL CARRASCO (JUAN). "EL NIÑO RETARDADO MENTAL". *Santiago,* 1945. —61 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "BIOLOGIA E HIGIENE". *4.º año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 191 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "BIOLOGIA E HIGIENE". *6.º año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945.—320 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "TEXTO-GUIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA BOTANICA". *2.º año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. 104 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "TEXTO-GUIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA BOTANICA". *3er. año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 112 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "TEXTO-GUIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA ZOOLOGIA". *2.º año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 128 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "TEXTO-GUIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA ZOOLOGIA". *3er. año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 107 *págs.*

SILVA FIGUEROA (CARLOS). "TEXTO-GUIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA BOTANICA". *1er. año. Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. 99 *págs.*

SOCIOLOGIA — ECONOMIA — DERECHO

EDICIONES NACIONALES

ALVARADO MALDONADO (GERMAN). "ORGANIZACION DE LOS SERVICIOS PUBLICOS Y SU INFLUENCIA EN LA ECONOMIA NACIONAL". *Imp. Simiente. Santiago,* 1945. — 84 *págs.*

BECERRA G. (EDUARDO). "LEGISLACION NOTARIAL. RECOPILACION DE LEYES, DECRETOS Y REGLAMENTOS". *Imp. El Chileno. Santiago,* 1945. — 161 *págs.*

BOLSA DE COMERCIO DE SANTIAGO. "VALORES MOBILIARIOS DE CHILE". *Imp. El Imparcial. Santiago,* 1945. — 144 *págs.*

CODIGO DEL TRABAJO. *Ed. oficial de la Universidad de Chile. Imp. Universo. Santiago,* 1945. — 304 *págs.*

ERRAZURIZ EDWARDS (RA-

RAEL). "LOS REGIMENES JURIDICOS DE EMERGENCIA EN LAS CONSTITUCIONES AMERICANAS". *Imp. Valdés Hnos. Santiago,* 1945.—115 *págs.*

ESCALAFON DEL PODER JUDICIAL. Año 1945. *Imp. de La Nación. Santiago,* 1945. — 98 *págs.*

FUEYO LANERI (FERNANDO). "ENSAYO DE DICCIONARIO JURIDICO Y RAZONADO DEL CODIGO CIVIL CHILENO". *Imp. Renovación. Santiago,* 1945. — 208 *págs.*

HERNANDEZ ARANGO (FRANCISCO). "LEGISLACION AGRARIA". (Leyes y reglamentos relacionados con la agricultura). *Imp. Stanley. Santiago,* 1945. — *T. I.* — 919 *págs.*

IZQUIERDO ARAYA (GUILLERMO). "POLITICA Y DERECHO EN LOS NUEVOS TIEMPOS". Prólogo de José A. Alfonso. *Imp. Universitaria. Santiago,* 1945. — 375 *págs.*

MAGASICH HUERTA (JORGE). "SINTESIS DEL CODIGO DEL TRABAJO Y DE SUS PRINCIPALES LEYES COMPLEMENTARIAS". *Imp. Salesiana. Valparaíso,* 1945. — 192 *págs.*

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES. "CONFERENCIA INTERAMERICANA SOBRE PROBLEMAS DE LA GUERRA Y DE LA PAZ, CELEBRADA EN MEXICO DESDE EL 21 DE FEBRERO HASTA EL 8 DE MARZO DE 1945". *Imp. La Nación. Santiago,* 1945. — 47 *págs.*

PROYECTO DE LEY DE PRESUPUESTO DEL MINISTERIO DEL INTERIOR, para el año 1946. *Imp. La Nación. Santiago,* 1945. — 65 *págs.*

SALGADO ALEGRIA (LUCIANO). "DEL ARRENDAMIENTO DE SERVICIOS INMATERIALES". *Imp. Salesiana. Santiago,* 1945.

SANFUENTES (JUAN LUIS). "ENSAYO SOBRE LAS SERVIDUMBRES INTERNACIONALES". *Imp. El Chileno. Santiago,* 1945. — 76 *págs.*

SFEIR S. (EDUARDO). "ESTUDIO PRACTICO SOBRE LAS PRENDAS ESPECIALES". *T. I. Imp. Simiente. Santiago,* 1945. — 240 *págs.*

STRAPPA L. (RENATO). "NOCION DE AUSENCIA EN EL CODIGO CIVIL Y SUS EFECTOS JURIDICOS". *Santiago,* 1945. — 62 *págs.*

SUPERINTENDENCIA DE BANCOS. "ESTADISTICA BANCARIA. 1944". *Imp. Sudamérica. Santiago,* 1945. — 181 *págs.*

WIECHMANN DE LA PAZ (ENRIQUE). "CAPITALIZACION DE UTILIDADES EXTRAORDINARIAS". *Imp. Mercantil. Santiago,* 1945. — 72 *págs.*

YARUR BANNA (JORGE). "DEL RECURSO DE CASACION EN LA FORMA EN MATERIA CIVIL". *Imp. Ahués. Santiago,* 1945. — 103 *págs.*

POLITICA Y ACTUALIDAD NACIONAL Y MUNDIAL

EDICIONES NACIONALES

CODOVILLA (VICTORIO). "EN MARCHA HACIA UN MUNDO MEJOR. PREGUNTAS Y RESPUESTAS DE UNA ENTREVISTA". *Ed. Nueva América. Santiago,* 1945. — 48 *págs.*

FERNANDEZ LARRAIN (SERGIO). "¿ESPAÑA, ZONA DE PESTE?". *Imp. Horizonte. Santiago,* 1945. — 175 *págs.*

EL LIBRO DE LA PROVINCIA DE CONCEPCION. *Imp. El Imparcial. Santiago,* 1944. — 355 *págs.*

CIENCIAS EXACTAS Y APLICADAS

EDICIONES NACIONALES

ARIAS BARRERA (HUGO ENRIQUE). "ESTUDIO DEL FUNCIONAMIENTO HEPATICO EN LAS INSUFICIENCIAS CARDIACAS CONGESTIVAS". *Imp. Casa Nacional del Niño. Santiago,* 1945. — 48 *págs.*

ASTETE GOMEZ (HERNAN). "ACCION DE LA ESPLENECTOMIA SOBRE LA PROTROMBINEMIA DEL GATO". *Imp. Americana. Chillán,* 1945. — 32 *págs.*

CONCA URRA (MANUEL). "EXPLORACION RADIOLOGICA DEL INTESTINO DELGADO". *Ed. Nascimento. Santiago,* 1945. — 43 *págs.*

FUENTES (ALBA). "GUIA DEL PESCADOR". *Talleres Gráficos de los Ferrocarriles del Estado. Santiago,* 1945. — 54 *págs.*

HOUSSE (P. RAFAEL). "LAS AVES DE CHILE EN SU CLASIFICACION MODERNA. SU VIDA Y COSTUMBRES". *Ed. de la Universidad de Chile. Santiago,* 1945. — 390 *págs.*

LIFSCHITZ SALITA (ISIDORO). "ESTUDIO DEL ELECTROCARDIOGRAMA PRECORDIAL DE PRUCHE". *Imp. Simiente. Santiago,* 1945. — 60 *págs.*

LOPEZ MUÑOZ (OLGA). "EL CANCER". Mimeografiado. *Chilián,* 1945. — 29 *págs.*

LOPEZ ROMAN (JULIO). "PROTESIS INMEDIATA". *Imp. La Nación. Santiago,* 1945. — 50 *págs.*

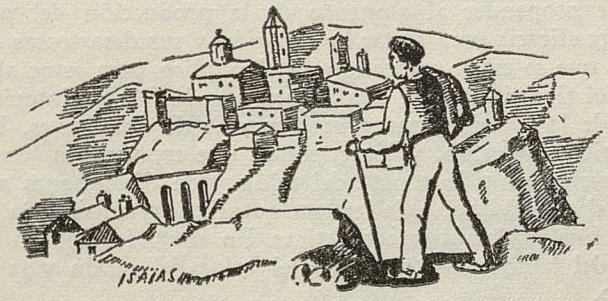
MARSANO BERTOLOTO (ARNALDO). "ACCION HIPERTENSINASICA DE ALGUNOS VENENOS DE SERPIENTES". *Imp. Gutenberg. Santiago,* 1945. — 39 *págs.*

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. "MANUAL PARA LA INSTRUCCION DE VUELO ELEMENTAL". *Santiago,* 1945.—144 *págs. Imp. de la Fuerza Aérea.*

RODRIGUEZ (RAUL). "CONTRIBUCION DE LA RADIOLOGIA EN LA EXPLORACION DEL APARATO URINARIO". *Imp. La Nación. Santiago,* 1945. — 57 *págs.*

RUBELLO F. (FERNANDO). "EL CALCULO VENCE AL AZAR. RULETA Y PUNTO DE BANCA". *Imp. Brieba y Lathrop. Santiago.* 1945. — 109 *págs.*

SANZ G. (BALBINO). "CUIDADO CIENTIFICO DE LOS ANIMALES. Nociones de higiene, profilaxis y terapéutica veterinarias". *Imp Universo. Santiago,* 1945.— XXV. 500 *págs.*



CIFRAS Y DATOS

El Bono de la Deuda Interna de Chile

El Bono de la Deuda Interna es un título emitido por el Estado con el objeto de procurar los fondos que son necesarios para desarrollar, principalmente, planes de adelanto y progreso dentro del territorio nacional. Se destacan en este orden el plan agropecuario, el plan de fomento lechero, el plan de construcción de caminos, carreteras, escuelas, puentes, puertos, obras de regadío, ferrocarriles, estadios, hospitales, etc., todos estos planes que tienen por finalidad concordante propender al aumento de la producción del país, principal medio de evidente eficacia para evitar la inflación y sus desastrosas consecuencias.

Los bonos que se están colocando en el público para estos altos y patrióticos fines son del tipo de 1% de amortización y de 7% de interés.

Un bono de la Deuda Interna se compone de dos partes. El talón, que representa el capital invertido, y los cupones, que representan los intereses.

Un bono recién emitido consta del talón y de 61 cupones agregados. En el talón figuran el tipo del bono, la ley que autorizó su emisión, la fecha de emisión, del rescate final y demás características. En el cupón figuran el número de éste, el número del bono a que pertenece, el valor del cupón y la fecha en que debe ser cobrado.

Los bonos más generalizados son del tipo de $ 1.000 y de $ 10.000.

Un bono de $ 1.000, del 7% de interés nominal, cuesta actualmente, al precio de 84½ %, la suma de $ 845, o sea, que produce al inversionista un interés efectivo de 8,28%.

Un bono de $ 10.000, del mismo interés de 7% nominal y al mismo precio de 84½ %, cuesta $ 8.450, y produce al inversionista, en consecuencia, el mismo interés efectivo de 8,28%.

Este interés es neto, pues los bonos de la Deuda Interna no pagan impuestos, ni siquiera el impuesto complementario a la renta; por lo tanto, no es necesario hacer manifestación de ellos en los formularios de la declaración del impuesto complementario a la renta que anualmente deben presentar a la Dirección de Impuestos Internos las personas naturales o jurídicas obligadas a ello.

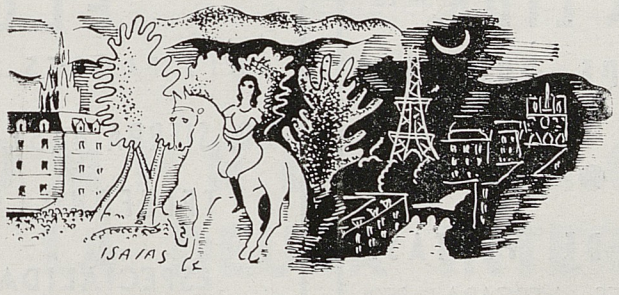
Un bono de $ 1.000 tiene agregados cupones de $ 35.— cada uno, y un

bono de $ 10.000 tiene agregados cupones de $ 350.— cada uno. Estos cupones son pagados cada seis meses, sin ningún descuento, en Santiago, por la Caja de Amortización, y en Provincias por las Sucursales del Banco Central de Chile o por cualquiera Tesorería Provincial o Comunal de la República.

La característica esencial de los bonos de la Deuda Interna de mantener su precio comercial estable en 84½ %, según se puede apreciar en las transacciones y estadísticas de la Bolsa de Comercio de Santiago, hizo decir con mucho acierto a un financista extranjero que ha estudiado la modalidad de los bonos de los diversos países americanos, que el bono de la Deuda Interna de Chile es "un billete que gana intereses". Esta cualidad es la que hace verdaderamente atrayente la compra de esos bonos, ya que la persona que invierte su capital o parte de su capital o economías o fondos de ahorro en bonos de la Deuda Interna, disfruta de una renta superior al 8%, sin ninguna de las inquietudes que producen las inversiones en valores especulativos, y tiene la seguridad de recuperar íntegramente y en cualquier momento el dinero invertido.

La Caja de Amortización, que es el organismo encargado de atender todas las materias relacionadas con la Deuda Pública de Chile, tanto las internas como las externas, mantiene una Sección Custodia en la que los inversionistas pueden depositar sus bonos para que ella se encargue de cobrar los cupones y los títulos amortizados, si éstos son favorecidos en los sorteos que se practican semestralmente, y de enviar el dinero oportunamente a los depositantes.

Cabe destacar el hecho de que las cuentas de custodia hasta de un millón de pesos nominales en bonos están libres del pago de toda clase de comisiones.



LAVAPLATOS - COCINAS ELECTRICAS Y A GAS
TERMOCALENTADORES ELECTRICOS - REFRIGERACION

COMPRE EN

Siam Di Tella, S.A.

SOC. ANONIMA CHILENA

ALAMEDA B. O'HIGGINS 940 - TEL. 83108-9 - 89663

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

SOCIEDAD MADERERA FENIX LTDA.

FABRICA DE PUERTAS, VENTANAS Y PERSIANAS

●

OFICINAS DE VENTAS:

ISMAEL VALDES VERGARA 850
(ENTRE 21 DE MAYO Y SAN ANTONIO)
TELEFONO 85585 - CASILLA 9673
SANTIAGO

BLANCO 1158 - TELEFONO 2425
VALPARAISO

GRANDES TALLERES "FENIX"
CARRASCAL 3791 - TELEFONO 92255
SANTIAGO

FUNDICION FLORES

LUIS FLORES ALLENDE

DR. SIERRA 4131, TROPEZON

TELEFONO 90275

ESPECIALIDAD EN FABRICACION DE ARTICULOS DE ALCANTARILLADO Y SANITARIOS

F - F

CALIDAD - GARANTIA

AYUDE UD. AL PROGRESO DEL PAIS

COMPRANDO BONOS DE LA DEUDA INTERNA

Ganará Ud. un interés superior al 8% anual, libre de impuestos y contribuirá a que se construyan:

Caminos,
Obras de Regadío,
Ferrocarriles,
Escuelas,
Estadios,
Cuarteles,
Puertos.

COMPRE BONOS DE LA DEUDA INTERNA

CAJA DE AMORTIZACION

BANDERA 46 — SANTIAGO

Guillermo Anrique

Oficina establecida el año 1927.

COMPAÑIA 1331
CASILLA 282
FONO 88189
SANTIAGO

●

Administración y Compraventa de Propiedades Rústicas y Urbanas. Loteo y Parcelaciones.

●

Préstamos Hipotecarios y conversiones de deudas. Seguros.

CASA LIDO

M. R.

SUC. LEOPOLDO FRIEDENTHAL

NOVEDADES PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

AGUSTINAS 955 - TEL. 32196

SANTIAGO

PLAYA "LAS ROCAS DE SANTO DOMINGO"

Playa-jardín para residencias particulares y sitio renombrado por sus parajes pintorescos. Abundantes vertientes propias de agua potable y riego. — Urbanización y construcción dirigidas. — Toda clase de recursos y aprovisionamientos. — Distracciones para los señores propietarios, tanto en verano como en invierno; espléndida cancha de golf, canchas de tenis, hípica, deportes acuáticos, piscina de agua salada y cancha de aviación en construcción.

●

SANTIAGO

Agustinas 1111, Oficina 506/8
Casilla 3538 - Teléfono 89544

ROCAS SANTO DOMINGO

Casilla N.° 3, Llo-Lleo
Teléfono N.° 72, Llo-Lleo



PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS

PRESENTA A

LUCHO CORDOBA

en la Superproducción

"Memorias de un Chófer de Taxi"

Secundado por un selecto grupo de estrellas, con la actuación especial de

Rafael Frontaura

Argumento de

Gustavo Campaña

Dirigida por

Eugenio de Liguoro

el director de los grandes éxitos cómicos.

●

Distribución: BAND & SALAS

Bandera 64 - 4.º Piso - Teléfono 89672 - Santiago

ELECTROMAT, S. A.

FABRICA DE MATERIALES ELECTRICOS

Fabrica

ampolletas eléctricas

y

toda clase de material eléctrico

FABRICA:

Vicuña Mackenna 2695
Teléfono 53031

AMPOLLETAS:

Vicuña Mackenna 1680
Teléfono 53008

SECRETARIA:

Agustinas 1111, of. 717
Teléfono 64478

CASILLA 2103 - SANTIAGO



Pídala a nuestros distribuidores

PRECIO: $ 70.—

Cajón de 48 botellas

PUESTO A DOMICILIO



En constante actividad...

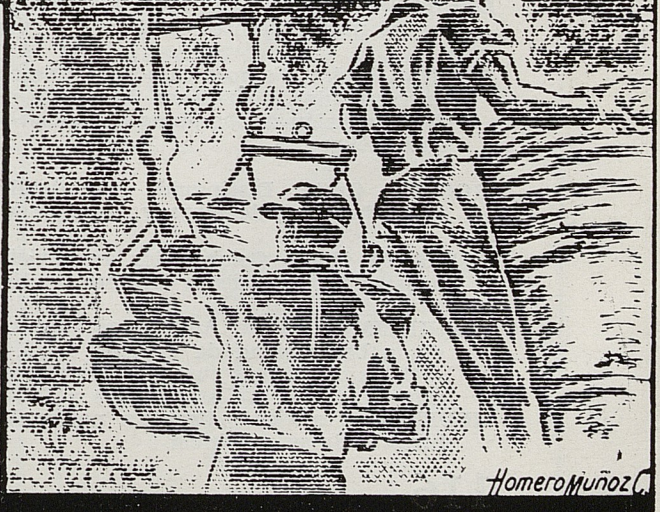
EL "SERVICIO DE ENCARGOS"

DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO

PEDIDOS DE CUALQUIER INDOLE

en la forma más rápida y segura.

Recurra Ud. a los Jefes de Estaciones, Oficinas de Informaciones, o llame al teléfono 89844, de Santiago.



Homero Muñoz C.

FERROCARRILES DEL ESTADO

NOTICIA

sobre algunas de las personas que colaboran en el presente número.

PINILLA, Norberto: Crítico. Profesor del Liceo de Aplicación. Director de los cursos de Temporada de la Universidad de Chile.

CORDOVEZ, Enrique: Investigador y geógrafo chileno. Asesor naval del Ministerio de Relaciones Exteriores. Autor de las obras "Nuestros Hidrógrafos" y "La Antártida Sudamericana".

MOLINA, Julio: Escritor. Experto en Historia Nacional. Director de la Revista "CLIO". Presidente del Centro de Historia y Ayudante del Instituto Pedagógico.

LASKI, Harold: Sociólogo, Conferenciante de Historia y Profesor de Ciencia Política. En la actualidad es el presidente del Partido Laborista Inglés. Entre sus obras se destacan: "Autoridad en el Estado Moderno" y "Defensa de la Libertad contra la Tiranía". Es periodista de fuste.

STURZO, Luigi: Sacerdote italiano, fundador del Partido Popular, que tuvo muchos partidarios antes del Golpe de Estado de Mussolini.

MARITAIN, Jacques: Filósofo francés de tendencia católica. Defendió el Bergsonismo y luego lo combatió, propagando la Neoescolástica. Profesor de Filosofía. Algunas obras: "Arte y Escolástica". "Estudios Críticos". "Descartes".

BRETON, André: Escritor francés contemporáneo, promotor del surrealismo. Autor de tres manifiestos. Vivió en México y Nueva York durante la guerra. Allí fundó algunas revistas y participó en exposiciones plásticas. Obras principales: "Nadja". "Legítima Defensa". "El Surrealismo y la Pintura".

FLORINSKY, Michael: Profesor de Economía en la Universidad de Columbia.

GUNDOLF, Friedrich: Filósofo alemán. Nació el 26 de junio de 1880 y murió el 12 de julio de 1931. Fué profesor en la Universidad de Heidelberg, habiéndose destacado como crítico e historiador de la literatura. Obras fundamentales: "Shakespeare". "Kleist". "Napoleón". "Goethe".

REYES, Salvador: Escritor y poeta. Cónsul General de Chile en París. Representante de la tendencia imaginista en la literatura chilena.

DUCHE, Jean: Crítico de artes plásticas en connotadas revistas francesas. Uno de los más brillantes exegetas de Picasso y la pintura contemporánea.

SALINAS, Pedro: Famoso catedrático de español y lenguas romances en diversas universidades americanas. Lírico de primera categoría en la España actual. Su traducción de las obras de Proust le ha conferido el prestigio de maestro en el género.

MOSTNY, Grete: Distinguida investigadora, perteneciente al Museo de Historia Nacional, de larga y paciente labor en arqueología.

HELFRITZ, Hans: Colaborador de Revista Geográfica Americana, residente en nuestro país. Músico y hombre de ciencia.

HORKHEIMER, Hans: Arqueólogo vienés. Director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Trujillo, Perú. Doctor en Filosofía y colaborador de revistas científicas europeas y americanas. En noviembre dictará un ciclo de conferencias sobre Arqueología y Cultura Precolombinas.

HEDERRA, Francisco: Cronista nacional. Talquino. Conocido divulgador de la historia de su provincia.

ANTARTICA

Panorama de la Actividad Mundial.

Trabajaron en la redacción y traducción las siguientes personas: Raúl Barrientos, Oscar Vila Labra, Julio Molina, Tito Castillo, Armando González, Diógenes Oyarzún, J. A. Morales y Gonzalo Rojas, este último como secretario de redacción.—Dibujó las viñetas Isaías Cabezón y los títulos, Fernando Saragoni.—La portada es de Mauricio Amster.—Dirigió la redacción e impresión Leopoldo Castedo.

Algunos artículos publicados en números anteriores

7

Carlo Sforza
HACIA UNA NUEVA ITALIA
Andrés Siegfried
ANVERSO Y REVERSO DE FRANCIA
Owen Latimore
LA VACA SAGRADA DEL JAPON
Hermann Rauschning
UN FINAL APOCALIPTICO
R. Tsiolkovsky
NAVEGACION INTERPLANETARIA
Leona Albertis Wasersug
EVOLUCION DE LA ANESTESIA
Alexei Tolstoi
KATIA
Desiré Defaux
CESAR FRANCK Y SU ESCUELA

(N.º 2 y 8, agotados.)

8

Ayax
ROOSEVELT
Rubén Azócar
ARCHIPIELAGO DE CHILOE
Frederick Puckle
CONVERSACIONES DE GANDHI CON JINNAH
Luigi Sturzo
EL VATICANO Y EUROPA
Pierre Blanchar
VENGO DE PARIS
C. Casamueva Vergara
EL DERECHO DE ASILO
Y LOS CRIMINALES DE GUERRA
J. R. Morales
UN ENTREMES PERUANO DEL S. XVIII
Ludwig Marcuse
HITLER Y NIETZSCHE

9

Salvador Reyes
ANTOFAGASTA, LA CIUDAD RECIA
Julio Arriagada Herrera
SALITRE Y COBRE
Thomas Mann
EL FIN
Bernardino Vila Aliaga
EL SENTIDO DE LA LIBERTAD
Julien Benda
LA PAZ Y EL IDEAL CRISTIANO
Dr. Henry C. Wallich
RELACIONES ECONOMICAS
ENTRE ESTADOS UNIDOS Y SUDAMERICA
Jack Fleischer
CONVERSION DEL REICH
A LA DEMOCRACIA
CRONOLOGIA DE LA GUERRA

10/11

Ayax
ESTA ANGOSTA FAJA
Oscar Aguilar Vidal
FUNDACION DE LA ACTUAL CIUDAD
DE CONCEPCION
Tito Castillo
SEWELL
Tomás Lago
PABLO NERUDA, TRAS EL RASTRO
DE UN PERFIL
Pierre Mabille
AMERICA Y EUROPA
Juan Larrea
¿DECADENCIA DE OCCIDENTE?
Lenka Franulic
VARIACIONES SOBRE LOS ESTADOS
UNIDOS

12

L. C.
ESTA PAZ
Tito Castillo
UNA TIERRA ARIDA
Jotabeche
VALLENAR Y COPIAPO
E. Cordovez
LA ANTARTIDA CHILENA
Claude G. Bowers
LA POLITICA Y LOS POLITICOS
Robert Salmon
EL DERECHO DE FRANCIA
Enrique Bunster
EL ASILO CONTRA LA OPRESION
Salvador Reyes
LA CALLE BERTON

13

L. C.,
LA HISTORIA
Guillermo Feliú Cruz,
SILUETA MORAL DE O'HIGGINS
Jaime Eyzaguirre,
ESPIRITU DE LA REVOLUCION
AMERICANA
Henry A. Wallace,
AMERICA, RUSIA Y EL MUNDO
Salvador Reyes,
LOS PLACERES DEL MAR
Benjamín Vicuña Mackenna,
LA MEDICINA EN LA COLONIA
Antonio de Undurraga,
POESIA Y EFIGIE DE ANTONIO
BORQUEZ SOLAR

Distribuidor exclusivo: Empresa Editora Zig-Zag - Bellavista 069 - Casilla 84-D. - Santiago de Chile.

Solicite usted los servicios de la DIC en cualquiera de sus Departamentos.

PUBLICACIONES - EXTENSION CULTURAL - TEATRO

INFORMACIONES ADMINISTRATIVAS - RADIO

CERRO SAN CRISTOBAL - ZOOLOGICO

CINE - DERECHOS DE AUTOR

TURISMO - DEPORTES

PRINTED IN CHILE

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Impreso al cuidado del Departamento de Publicaciones de la Dirección General de Informaciones y Cultura.